

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

bajo su propia bandera



cliff bradley



—Como ve, no es una tarea difícil para un hombre de su talla, y veinticinco mil dólares es una buena suma.

—En marcos alemanes. Tengo más confianza en esa moneda.

Duke Dart sabía que su advertencia iba a molestar a su interlocutor, por eso la hizo. En efecto, Flint Felton III apretó las facciones, más aún su boca delgada y su mirada fría. El era bien conocido como uno de los máximos «halcones» de su país, uno de los que brindaron con champaña de importación del más caro cuando conocieron la noticia del asesinato del presidente Kennedy, un paladín de la sangrienta intervención en el Vietnam, fervoroso partidario de Wallace, antisemita, antinegro, antiliberal, anti casi todo, especialmente todo lo que atentara al poderío de Wall Street y los grandes *trusts*, en alguno de los cuales era importante accionista y dirigente. Le gustaba autodefinirse como un «hombre de la antigua frontera» y ciertamente Se parecía a ellos en muchos detalles. Por ejemplo, en éste de venir a Londres a contratar a un mercenario para que le hiciera una faena sucia, con la absoluta certeza de que le bastaría hacer su oferta, eso sí, bien pagada, para que el elegido aceptase, satisfecho.



Cliff Bradley

Bajo su propia bandera

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1181

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2019

Título original: *Bajo su propia bandera*
Cliff Bradley, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Como ve, no es una tarea difícil para un hombre de su talla, y veinticinco mil dólares es una buena suma.

—En marcos alemanes. Tengo más confianza en esa moneda.

Duke Dart sabía que su advertencia iba a molestar a su interlocutor, por eso la hizo. En efecto, Flint Felton III apretó las facciones, más aún su boca delgada y su mirada fría. El era bien conocido como uno de los máximos «halcones» de su país, uno de los que brindaron con champaña de importación del más caro cuando conocieron la noticia del asesinato del presidente Kennedy, un paladín de la sangrienta intervención en el Vietnam, fervoroso partidario de Wallace, antisemita, antinegro, antiliberal, anti casi todo, especialmente todo lo que atentara al poderío de Wall Street y los grandes *trusts*, en alguno de los cuales era importante accionista y dirigente. Le gustaba autodefinirse como un «hombre de la antigua frontera» y ciertamente se parecía a ellos en muchos detalles. Por ejemplo, en éste de venir a Londres a contratar a un mercenario para que le hiciera una faena sucia, con la absoluta certeza de que le bastaría hacer su oferta, eso sí, bien pagada, para que el elegido aceptase, satisfecho.

—Ha sido una observación estúpida, Dart. Cobrará en marcos, francos o libras esterlinas...

—Tampoco me interesan las esterlinas. Como usted sabe, hoy día lo anglosajón está un poco en baja.

—¿Está tratando de irritarme? Le advierto que es muy fácil conseguirlo.

—Ya lo sé. Pero sólo estoy hablando de negocios con un buen conocido negociante y quiero dejar las cosas claras. Usted necesita de mí para que le haga un determinado trabajo...

—No se sobrevalore. Ahora mismo, aquí en Londres hay docenas de hombres tan buenos como usted a quienes puedo contratar.

—Si así fuera, no me habría llamado. Conoce, sin duda, mi *currículum* tan al dedillo como yo el suyo, Felton.

—¿Sabe que me bastaría con coger el teléfono para que le cancelen

el permiso de estancia y lo expulsen de este país? O para que lo metan entre rejas por una larga temporada.

—No lo hará.

—Deme una razón.

—Podría darle veinte. Sobra con la que me necesita y ambos lo sabemos.

Hubo un silencio y luego un duelo de miradas. Cedió Felton. Sólo tenía mucho dinero, mucho poder, pero como hombre no poseía la talla suficiente para sostenerle la mirada a Duke Dart.

—Basta de galleos, Dart. Lo toma o lo deja.

—Lo voy a tomar. Estoy sin blanca y tengo algunas deudas. De modo que me dará ahora diez mil...

—Pago los servicios cuando me los han hecho.

—A otro perro con ese hueso. Ya le dije que conozco su *currículum*. Yo cobro la mitad por anticipado. Me dará diez mil dólares en moneda inglesa, alemana, francesa y suiza, por partes iguales, dentro de veinticuatro horas y colocará junto a ellas cheques de viajero por cinco mil dólares a nombre mío. También un comprobante legítimo de que acaba de ingresar quince mil dólares en mi cuenta de cierto Banco suizo. Es una cuenta prácticamente a cero, se alegrarán mucho de revitalizarla.

—¿Y si me niego?

—Busque a otro.

Nuevo duelo de voluntades, con el mismo resultado. Estaban solos, en una de las habitaciones de la lujosa *suite* del Commodore que ocupaba el potentado. Un sol irrisorio penetraba por la ventana, sobre las frondas del Regent Park.

—¿Y si fracasa?

—Usted habrá perdido unos dólares y yo la piel. Bastante desigual.

—De acuerdo. Pero le advierto que como me traicione...

—Ahorre amenazas, son inútiles. Ambos nos conocemos bien.

Una vez más Flint Felton III cedió.

—Regrese mañana a esta misma hora, tendrá el dinero y las instrucciones esperándole. Una última advertencia. No hable de esto con nadie, absolutamente con nadie.

—Conozco mi oficio tan bien, al menos, como usted el suyo, señor Felton...

Este «señor» era claramente ofensivo, pero Felton se lo tragó. En

cuanto a Duke Dart, sabía al abandonar aquella *suite* que acababa de agenciarse un peligroso enemigo. En cuanto le hubiera hecho el trabajo al financiero, éste no perdería tiempo en demostrárselo.

Pero eso formaba parte de la forma de vida de Duke Dart.

Se fue a tomar una copa al *grill* del Sarrazin. Era un tipo flaco, casi calvo, de nuez salediza y bulbosa nariz, cara de gárgola y voz asmática, aire de intelectual. En pura realidad era príncipe ruso legítimo desde los lejanos días de su nacimiento, amén de otras muchas cosas.

—Tienes cara de dolerte algo, Duke. ¿Tan malo ha sido ese *tête-à-tête* con Felton?

Una de las más dolorosas características del príncipe Dmitri Pavlovitch Yeretskov era su milagrosa capacidad, su increíble posibilidad, de detectar todo aquello que de cierto interés para determinados medios sociales ocurría en la inmensa urbe. Eso le permitía sostener un tren de vida realmente muy agradable. El y Duke se conocían de antiguo.

—Es un hijo de cincuenta perras, Dmitri. Una mezcla de buitre, hiena y coyote, tú lo sabes.

—Hace tiempo. Te ha pedido que vayas a liquidar a Matt Mallowan, ¿verdad?

—¿Dónde está Mallowan ahora?

—Lo ignoro. Pero podría saberlo.

—Entonces adviértele que voy a cobrar treinta mil dólares por ir a buscarlo y llevarle a Felton la prueba de que le he dejado frío.

El príncipe esbozó una de sus aristocráticas sonrisas, mirándolo con admiración.

—Ahora sé por qué te considero admirable y me agrada ser tu amigo. ¿De veras quieres que haga eso?

—Si yo he aprendido algo en diez años de oficial de fuerzas especiales y otros tantos de «lanza libre» por todo este perro mundo, Dmitri, es a conocer a un retorcido canalla. Además, cuando Felton me avisó que deseaba verme corrí a refrescar mis conocimientos sobre su persona. Desde que abrió la boca para ofrecerme ese trabajo supe qué se propone.

—¿Y qué se propone?

—Enviarme al ataque con banderas descubiertas, hacer que se centren sobre mí las miras de cien rifles y mientras tanto el

verdadero asesino tenga el campo libre para llegar a Mallowan. Por eso he aceptado el encargo, quiero darme el placer de demostrarle a ese bastardo quién es más listo y despiadado en esta clase de partidas.

Hablaba sin variar el tono de voz, desde un par de metros de distancia no era posible entender sus palabras. Y por el aire de ambos, cualquiera diría que charlaban de cosas agradables, anodinas.

—Avisaré a un par de amigos tus intenciones, Duke. Creo que encontrarán el modo de hacérselo saber a Mallowan. ¿No será muy arriesgado?

—Yo siempre juego fuerte y voy al límite. Por eso estoy aún vivo.

—¿Te ha dicho Felton por qué desea matar a Mallowan?

—Un millón de razones verdes con la efigie de Washington, aquel idealista que no se pudo imaginar en qué iba a convertirse la tierra de hombres libres, honestos y puros con la que soñaba.

—Sólo te he dicho parte de la verdad, no la más importante para él.

—Ya lo sé. Además del dinero le robó una mujer. Es lo que no entiendo muy bien. Según mis informes Mallowan ronda los sesenta. ¿Tanto atractivo tiene?

—Es un hombre inteligente, astuto y eficaz, pero yo no diría que dotado con especiales atractivos para las damas.

—¿Sugieres que fue ella?

—Oí rumores. Joven, hermosa y con mucha personalidad. Lo que es más interesante, no he podido comprobar que el nombre y la identidad con los que se la conoce sean los suyos propios. ¿Sabes lo que denominan «nova» los astrónomos?

Duke frunció el entrecejo levemente.

—¿Quieres decir que salió de la nada?

—Digamos que estaba en algún punto del planeta, envuelta en total oscuridad. Al igual que las «novas», de repente estalló en fulgor deslumbrante. Apareció, venida de algún punto, en el lugar justo para deslumbrar a Flint Felton III, lo logró, se convirtió en su favorita, estuvo a su lado unas pocas semanas y, con la misma estallante rapidez que apareció volvió a las sombras totales..., en compañía de Mallowan, uno de los hombres de confianza de Felton, y de al menos un millón de dólares por lo visto fácilmente negociables. De eso hace cuatro meses y desde entonces Felton ha

estado gastando su dinero a manos llenas, él, tan tacaño, para poder localizarlos, después envió esbirros a asesinarlos, cuando fracasaron decidió emplear en la tarea a uno de los soldados de fortuna más notorios por sus capacidades y su buena fortuna que hoy existen, tú. Eso te dará una cierta idea de la importancia que Felton concede a esa mujer. Porque es ella la que de veras le interesa, y no Mallowan. Duke estaba escuchando con atención suma tras su apariencia casi de *spleen*, idéntica por cierto a la del príncipe.

—¿Qué naipe ocultas en la manga, Dmitri?

—Ninguno, Duke, de veras. Tú eres mi amigo, te debo demasiados favores.

—¿Estás seguro?

—¿De qué te los debo? Como que también saldrás bien de esta empresa. Tienes marcado tu destino, Duke, eso es claro y notorio. ¿Por qué piensas que te ha seleccionado Felton? Está seguro de que pasarás sobre todos los obstáculos y encontrarás a Matt Mallowan. Tan seguro como de que Mallowan sabe dónde se oculta Vera Vermont..., o como se llame en realidad esa mujer.

CAPÍTULO II

La larga y afilada mano de Flint Felton III tendió los abultados fajos de billetes sobre la mesa, también el talonario de *travellers checks*.

—Su dinero.

Duke tomó despacio uno de los fajos y pasó los dedos por los billetes, examinándolos en rápida ojeada.

—Sería estúpido marcarlos o guardar una lista de los mismos, para en un determinado momento acusarme de robo, ¿lo comprende, verdad?

Felton demostró con su reacción haberlo hecho.

—¡No le tolero insultos, Dart! Y ahora, al grano. Hay un avión que sale a medianoche para Saigón, desde París. Tómelo, aquí está ya el pasaje a su nombre y otro para el vuelo de las seis de la tarde a París. Una vez llegue a Saigón, tiene toda libertad de acción, pero exijo resultados concretos e inmediatos.

—¿Debo traerle la cabeza de Mallowan, al viejo estilo chino, o bastará con su cabellera, como hacían los colonos blancos en Estados Unidos?

—¡Basta de chirigotas imbéciles! Sabré que lo ha matado...

—O sea, que tendré espías cerca.

—No es asunto suyo. Cobra por realizar un trabajo, realízelo y nada más le debe importar ni preocupar...

Eso quería y esperaba él; pero Duke Dart opinaba de otro modo. Tomó a la salida un taxi casualmente vacío, al que guiaba un taxista de cara hosca muy capaz de espantar clientes, se retrepó en el asiento y le ordenó, pausado:

—Vamos a la esquina de Roxwall y Blackfriars, Peter. Mira si nos siguen.

El hombre que estuvo todo el tiempo dentro de un turismo a la espera de que saliese Dart del hotel le había visto subir a aquel taxi y no halló nada raro en ello; con eso ya contaba Dart.

—Viene tras de nosotros un «Austin» color grosella. Estaba estacionado enfrente del hotel.

—Deja que se confíe, luego ya sabes lo que tienes que hacer.

—Descuide, coronel.

Retrepándose en el asiento, Duke Dart sacó el sobre donde iban las esterlinas de la cartera de negocios donde las metiera, contó y separó un par de centenares de libras en billetes de cinco y diez, metiéndoselos en un bolsillo de la chaqueta, volvió el resto a la cartera y esperó. Mientras, el taxi se había metido habilidosamente por entre el tráfico de las calles céntricas marchando de modo normal.

De repente, el taxista realizó una brusca maniobra, metiéndose por delante de un autobús de dos pisos, y «peló» un semáforo por segundos, aprovechando la detención del pesado vehículo. Tres coches más atrás, en su misma fila, él que iba vigilándoles se quedó tan clavado como una piedra, sin poder hacer otra cosa sino maldecir, en el bloqueo total en que se hallaba.

Un hombre de estatura menos que mediana, edad mediana y también mediano aspecto, totalmente insignificante, estaba parado en la esquina de Roxwall y Blackfriars como si el mundo poco le importara. Pero en cuanto se detuvo el taxi a su lado y se abrió la portezuela entró en veloz actividad. Apenas treinta segundos después ya se hallaba sentado junto a Duke Dart y el vehículo de nuevo en marcha, metido en la corriente del tráfico.

—¿Todo bien?

—Sí. ¿Trae todo?

—Aquí lo tiene. Billeto de autobús hasta Folkestone, billete de transbordador a Calais, billete de tren hasta París, billete de avión París-Roma, billete de avión Roma-Bangkok. Los demás documentos están en este sobre. Cuando llegue a Bangkok vaya al King Crown, tendrá habitación reservada...

Aquel hombrecillo de apariencia insignificante era capaz de realizar milagros, siempre y cuando que se los pagaran debidamente, sobre todo, en favor de un amigo. Además, tenía la nada común cualidad de ser honrado en sus tratos, a rajatabla; por eso contaba con la confianza de muchas personas realmente importantes, aunque no figurasen en el *¿Who is Who?*

Tras guardarse lo que él le entregaba, Duke Dart le pasó su maletín.

—Quince mil dólares en moneda inglesa, alemana, francesa y suiza, y en cheques de viaje a mi nombre. He tomado doscientas libras para liquidar algunas cuentas pequeñas que no me importa se

conozcan. Todos los billetes tienen tomada la numeración, se lo advierto. Y también los cheques...

Iba a costarle mil quinientos dólares, pero antes de veinticuatro horas aquel dinero estaría, con certeza, distribuido por todo el país y si Felton trataba de jugársela iba a verse loco para conseguirlo. Los cheques de viajero recibirían idéntico tratamiento.

—Aquí están los dos pasajes. Haga que los cancelen y guárdese el dinero.

Aparte los treinta mil dólares, él había recibido aquellos pasajes y un viático para gastos de viaje montando dos mil dólares. Se los entregó también al hombrecillo y recibió mil ochocientos a cambio. Billetes totalmente neutros, moneda usada, americana, inglesa, también japonesa y francesa.

Desde el mismo instante en que Duke Dart aceptó aquella tarea había actuado como en él era habitual. Tan aprisa, tan astuta y habilidosamente, que no había modo de seguirle el rastro. Aunque, de hecho, se limitó a meterse en un teléfono público y marcar una serie de números tapando cuidadosamente con su cabeza y la palma de la mano las cifras, de tal modo que ni con potentes prismáticos ni por la cadencia del movimiento de los dedos pudieran descubrir los números que marcaba. Toda la tarea le llevó media hora escasa, luego se fue a comer. Naturalmente que a Felton le habían informado sobre sus llamadas, pero eso no importaba.

También conversó, ocasionalmente, en diversos lugares concurridos con diversos hombres y mujeres, incluidos un taxista y un *bobby*, una hermosa joven rubia con la cual cenó y bailó, un par de camareros..., todo lo que usualmente realizaba cualquier hombre de su condición y prendas personales. No hizo realmente nada sospechoso, al menos para un espía vulgar.

Y ahora estaba cosechando el fruto de todas aquellas conversaciones, personales o telefónicas.

Abandonó el taxi, que siguió camino llevándose al hombre pequeño y anodino, en una calle céntrica, caminó un poco, comprobando que habían despistado a todo posible perseguidor, cogió otro taxi y se hizo conducir no demasiado lejos, entrando en una muy moderna peluquería mixta, a la sazón bastante concurrida. Un joven y amanerado peluquero le vino al encuentro con su untuosa sonrisa.

—Buenos días, señor Dart. Pase por aquí, la cabina siete.

Aqué! era un santuario de la alta peluquería, con cabinas privadas para los clientes y todo lo que la desbordada fantasía del gremio ha inventado últimamente para embellecer a los especímenes humanos. Se debía pedir hora y todas estaban ocupadas todos los días de la semana en que se trabajaba. Los precios eran para convertirse uno en neanderthaliano.

En la cabina siete entró Duke Dart rubio, con discreta melena y totalmente rasurado, no aparentando ni uno más de treinta y cinco años, virilmente guapo, con un aire entre deportivo y militar muy atrayente. Allí le esperaban un peluquero y una manicura, o al menos eso parecían.

Salió una hora después, luciendo una bien recortada barba color cobrizo castaño, un bigote a juego y la nuca bastante aliviada de cabello, también castaño-cobrizo. Ambos, barba y cabello, ligeramente canosos. Llevaba unas antiparras de tecnócrata ocultándole toda la parte superior del rostro y representaba alguno más de cuarenta años. Su traje de aire deportivo y sus zapatos eran los mismos, no obstante. El cambio le había costado la razonable suma de veinte libras, adminículos aparte.

No salió por donde había entrado, sino por la trasera de la cabina y un pasillo a la habitación de donde los peluqueros guardaban sus cosas y por ella al portal del edificio. Una vez fuera, caminó otro poco, tomó otro taxi y se hizo llevar a determinada sastrería de Bow Street, pequeña y silenciosa como un remanso Victoriano.

De allí salió media hora más tarde con su transformación completada. Ahora vestía un traje holgado y no ciertamente impecable, ni nuevo, que a todas luces no iba a aumentar la fama de la sastrería, una camisa azul con rayitas blancas y una corbata ligeramente detonante. Además, se tocaba con una gorra de visera muy «in», dentro de tecnocratoburocrática discreción. Si Flint Felton III se lo hubiera cruzado en la acera, habría pasado por su lado sin mirarle.

En la consigna de la estación de autobuses presentó un resguardo y recibió una maleta ligeramente usada de piel de cerdo, bastante grande. Tomándola, subió poco después a uno de los autobuses que partían hacia Folkestone cargados con gente poco dada al uso de ese moderno jinete apocalíptico que es el automóvil privado y se acomodó plácidamente junto a una gruesa dama de más que

mediana edad la cual no pareció encontrar desagradable su compañía, pero tardó pocos minutos en decidir que era un hombre muy poco hablador y dejarlo en paz.

Eran las siete y media de la tarde cuando subió a bordo de un transbordador en el muelle de Folkestone, con rumbo a Calais. La tarde resultaba ventosa y bastante fría, por ello prácticamente todo el pasaje procuró acomodarse a cubierto. El se subió a la cubierta superior, hacia proa, y fue a sentarse en un punto desde donde podía vigilarla, viendo a cualquiera que hiciera algo sospechoso, cargó una pipa usada con buen tabaco, la encendió habilidosamente y se puso a fumar. Cualquiera al verle lo tomaría por un marino de vacaciones, más que avezado al mar y el viento, amigo de soledades y rumiar pensamientos.

A aquélla, hora, Flint Felton III estaría dándose a todos los diablos y maldiciendo a la camada de inútiles que tenía contratados para vigilarle. Sin ninguna duda no esperó que él actuara así, debió prepararlo todo para cercarlo de espías desde que subiera al avión en el aeropuerto londinense. Sin duda, también, tenía vigilados su alojamiento y todos los lugares por donde solía moverse desde su llegada a Londres meses atrás. Lo que no calculó, sin duda, fue que él tuviera tantos y tan buenos amigos como tenía, en todos los estamentos sociales. A él, Flint Felton, que carecía de amigos y no concebía la amistad, como no concebía el honor, la libertad y otras virtudes similares, no podía caberle en la mollera que un notorio aventurero, expulsado del ejército de su país con deshonor a raíz de un asunto turbio y desde entonces dedicado a ofrecer sus servicios al mejor postor, un soldado de fortuna, en una palabra, fuese capaz de suscitar amistades, lealtades, en gran número...

Ése es acaso el mayor defecto de los tipos como Flint Felton III, que no creen que existan virtudes ni tipos virtuosos. Un grave error que pagan a menudo muy caro.

Pero Flint Felton III le importaba poco, en realidad, a Duke Dart. Sus pensamientos se polarizaban en un hombre llamado Matt Mallowan, que tras traicionar a su jefe y robarle un millón de dólares, había ido a elegir el más descabellado de los refugios, la ciudad de Saigón, en el Vietnam. Por todo lo que de él había logrado averiguar, era un norteamericano típico de determinada subclase, uno de esos hombres que se mueven como el pez por el

agua en ese mundo amorfo, cruel, aseptizado, de las finanzas, a nivel medio y técnico. Divorciado, sin hijos, cincuentón rayando en los sesenta, aficionado al golf y a las carreras de caballos, frío, cerebro matemático...

Y a los casi sesenta años un hombre así daba la campanada..., por una mujer, jugándose todo, yéndose a un sitio absurdo..., o quizá no tanto, con su millón de dólares.

¿Qué clase de mujer había logrado tal hazaña? ¿Y por qué razones? Vera Vermont... Sonaba a protagonista de novela barata de espionaje de los años treinta...

Pero Duke Dart sentíase de lo más intrigado.

CAPÍTULO III

Than Son Nut había recibido hacía dos horas escasas una rociada de cohetes *viets* de

122 mm

y aún ardían un cuatrirreactor de viajeros alcanzado de lleno en una de las pistas, un par de hangares y una avioneta ligera, cuando el avión procedente de Bangkok aterrizó. Además llovía a cántaros, una de esas lluvias calientes del monzón sudasiático que no hay forma de describirlas adecuadamente. A todas luces el piloto del avión era un tipo que conocía su oficio, puesto que el aterrizaje se realizó sin contratiempo.

Duke Dart ya no llevaba barba ni bigote, pero seguía llevando el cabello de un tono cobre oscuro con bastantes canas, y patillas de picador de toros, cuando abandonó el avión llevando en la mano izquierda una de esas vulgarísimas bolsas de viaje y en la diestra un no menos anodino maletín de negocios. Tampoco llevaba lentes. Se cubría con una gabardina liviana y un sombrero de fieltro de tipo casi deportivo. Su apariencia no resultaba nada detonante.

Estaba seguro de que en Than Son Nut habría al menos un hombre montando guardia para identificarle a su llegada. Durante sus cinco días de estancia en la bella, tranquila, polícroma y riente capital de Tailandia había acumulado un apreciable volumen de información adicional sobre Matt Mallowan y también sobre Flint Felton, pero absolutamente poco sobre una hermosa mujer llamada en Estados Unidos Vera Vermont. Quienquiera que estuviera allí acechando su llegada tendría, sin duda, una detallada descripción física de su persona y la advertencia de que probablemente iría disfrazado. Pero a duras penas iba a identificar al hombre canoso, que cojeaba visiblemente de la pierna izquierda, tenía una cicatriz antigua cruzándole la mejilla izquierda y una gran nariz bulbosa de tipo semítico, y que pronunciaba el inglés con acusado acento germánico, con el hombre a quien le habían ordenado localizar.

A su debido tiempo, Duke Dart viose en la cola de los pasaportes. Than Son Nut aparecía como tomado militarmente y abundaba la

presencia yanqui tanto como la de los soldaditos autóctonos, aunque la mayoría de los yanquis iban de paisano. Por lo demás, en el avión de Bangkok venía una pequeña arca de Noé humana, confortable mezcla de blancos y amarillos.

Mientras esperaba turno, la mirada lenta y como miope de Duke Dart recorrió la gran sala. Descubrió al menos a una veintena de agentes secretos y tipos decididamente sospechosos, pero a nadie que le pareciera atento a su persona. De todos modos mantuvo cuidadosamente su papel.

Finalmente se vio ante un inquisitivo funcionario de aduanas vietnamita escoltado por un policía vietnamita terriblemente armado y un imparable, duro y atento yanqui de paisano, cuya mirada

gris-humo

pareció recorrerle cada pliegue de su ahora arrugada cara. El de aduanas tomó su espléndido pasaporte de la Alemania Occidental, lo abrió, le echó una ojeada muy atenta, como buscando detalles sospechosos, luego miró a Duke de reojo.

—Helmuth Schroder... —a todas luces se le enredaba el nombre teutón—. Hombre de negocios...

—*Jawohl*. Sí, sí, yo soy.

—¿Qué clase de negocios le traen a Saigón?

—Soy representante de una firma de maquinaria de precisión, la Rhorfellindustrie, de Dusseldorf. Fabricamos instrumental de máxima calidad para oficinas, clínicas...

No iban a cogerle en el menor fallo. Después de tres años en Alemania había conseguido dominar el alemán de tal modo que sólo un verdadero teutón podría notar que no lo era él. Su pasaporte era una obra de arte y el verdadero *herr* Schroder, un tipo vagamente parecido a él en complexión, estatura y color de cabellos, con una nariz y una cicatriz exactas a las que él ahora lucía, hallábase realmente dando tumbos por el sudeste de Asia como representante de aquella empresa de material de alta calidad. Más aún, los folletos y todo el material profesional que llenaban una de las dos maletas de piel de cabra, y el maletín de mano, provenía del bien surtido equipo del verdadero Schroder, hombre prudente que no le hacía ascos a un fajo de billetes de Banco ofrecidos de manera adecuada.

El interrogatorio fue duro, pero cortés, y duró algo más de lo usual. Pero él no estaba siendo una excepción. Finalmente, le sellaron el pasaporte y siguió adelante con los trámites.

Otro de aquellos pequeños hombres insolentes y curiosos, bajo la supervisión de otro yanqui estólido en apariencia, le removió de arriba abajo el contenido de sus maletas, husmeando incluso dentro de los zapatos y la maquinilla de afeitar; pero el equipaje de Duke Dart era de lo más inocuo. Tanto, que entre el cartón de cigarrillos alemanes y la botella de excelente *whisky* escocés había un conmovedor y desamparado billete de diez dólares. El modo como lo escamoteó el agente de aduanas fue digno de un cámara en primer plano. Y eso fue todo.

—Listo. A ver, el siguiente...

Como suele ocurrir en todas las revisiones de equipajes, en todos los países, el contenido de sus maletas era ahora un batiburrillo desolador. Pero Duke Dart siguió mostrando la más absoluta estolidez germana. Prensó sus pertenencias de manera metódica, cerró las maletas, todo ello sin quitar ojo a la bolsa y el maletín, porque en cuanto uno entraba en el paradisíaco Vietnam debía estar preparado para que le despojaran de los zapatos mientras caminaba, luego hizo el consabido ademán en busca de un indígena que aceptara, previo regateo, llevar sus pertenencias a uno de los carísimos taxis de Saigón.

Entonces, y no antes, el caballero oriental correctamente vestido de blanco a la manera occidental y tocado con un excelente sombrero de paja se le acercó, saludándole con un inglés realmente bueno.

—Disculpeme, señor. ¿El doctor Schroder?

—Jawohl...

—Yo soy Nguyen Khang. Escribí a usted a Rangún...

Lo que siguió fue exactamente lo que podía esperarse del primer encuentro entre dos hombres de negocios, uno alemán y otro vietnamés. Los muchos ojos que vigilaban por allí no debieron notar nada que les hiciera entrar en sospechas.

Dos diligentes y eficientes porteadores cargaron con las maletas de Duke a una señal del señor Nguyen Khang, precediendo a ambos al exterior, donde aguardaba un potente automóvil norteamericano, con chófer y todo. Aquel automóvil, y aquel chófer, igual que el señor Khang, respiraban honorabilidad.

Pero cuando Duke se encontró dentro del vehículo con su propietario una vez más se comprobó la falibilidad de las apariencias.

—Bien venido a Saigón, coronel. Hacía años que no estaba aquí...

—Aún era un héroe bastante ortodoxo. ¿Cómo andan las cosas, amigo mío?

—Podridas hasta la médula. Como vietnamés, me entristece y avergüenza decirle que ha llegado al país y la ciudad más inmorales, degenerados y desmoralizados del planeta. Como hombre de negocios me complace darle la bienvenida a la ciudad y el país más idóneos para enriquecerse a toda prisa, siempre que uno sepa jugar fuerte y correr algunos riesgos.

—Lo siento y me alegro, Khang. Usted me entiende.

—Muy bien. He tenido de tarde en tarde noticias tuyas. Se ha creado una gran fama, coronel, sin duda, muy merecida.

—También yo he sabido de usted. Se ha creado una gran fortuna, sin duda, muy merecida.

La sonrisa del vietnamés era todo un poema.

—Hubo un tiempo en el que, al igual que usted, yo tuve hermosos y puros ideales, coronel. A menudo añoro con nostalgia aquel tiempo. Ahora sólo soy un tigre en una jungla repleta de ellos. Sé defenderme y también atacar, por eso se me respeta y se me teme. Pero no me hago ilusiones, perdí lo que los cristianos llaman el paraíso. Como usted.

—Sí. Lo que falta por saber es si en verdad existe el paraíso. Bien, espero que podré disfrutar unas horas de su agradable compañía, Khang, y que nos veremos de cuando en cuando mientras permanezca aquí.

—Mi casa está siempre abierta para usted, coronel. Pero si cierta información llegada a mis oídos es verídica, no creo que tenga demasiado tiempo para dedicármelo.

Duke lo miró de reojo. Sabía muy bien con quién trataba. Nguyen Khang había sido uno de los principales autores de la caída de los hermanos Diem, un luchador duro, idealista, que odiaba a los dictadores y sus métodos. General del ejército, y muy bueno en su especialidad de ingenieros, rico por su familia, con una bella esposa y tres hijos pequeños, se lo jugó todo a la carta de la libertad e independencia de su país, que parecían representar los

norteamericanos. No tardó demasiado en probar el ingrato pan del desengaño. Envuelto por logreros y ambiciosos, traicionado por falsos amigos, desdeñado por los yanquis, a quienes resultaba incómodo con su sinceridad, idealismo y patriotismo, terminó encarcelado y vilipendiado, sin encontrar en el trance apoyo en aquéllos a quienes había querido, y creído, ayudar con su quijotismo. Cuando salió de la cárcel era otro hombre. Él Nguyen Khang de ahora, poderoso, temido, influyente, hombre de negocios que se había aprendido la lección.

—¿Puedo saber qué ha oído?

—Que ha venido a buscar a un tal Matt Mallowan para matarlo.

Duke esbozó una lenta sonrisa.

—Para ser un asunto tratado entre dos, mi viaje aquí está teniendo una publicidad extraordinaria, ¿no cree?

—Quizá a uno de los dos le interese que así sea.

—¿Qué puede decirme de Mallowan?

—No conozco a nadie de ese nombre. Tiene que usar otro. ¿Cómo es y qué ha hecho?

—Robarle un millón de dólares, y una mujer, al hombre para el que trabajaba. Un caso de abuso de confianza.

—Y usted se ha encargado de ejecutarlo...

—Por treinta mil dólares. Me pagaban mucho menos por matar hombres en Corea y otros lugares, hace tiempo. Claro que entonces yo era tonto y me conformaba con un uniforme, un poco de relumbrón y otro poco de quincalla. Les salía barato a los grandes negociantes que deciden dónde, cómo y cuándo han de hacerse las matanzas al por mayor llamadas guerras. Desde entonces he aprendido mucho, al igual que usted.

—Sí, es cierto... Y después de todo, ¿qué importa una vida humana? Al menos aquí, en Saigón, no se la damos a estas alturas; estamos muy empapados de civilización norteamericana y los del Norte también nos han educado lo suyo. Aprendimos la grande y eterna verdad de que la muerte es cosa de todos los días, pero los norteamericanos nos han enseñado de que también ella tiene precios tarifados. Uno se asegura a todo riesgo, y del pago ya se encargarán los aseguradores.

—Es una de sus grandes aportaciones a la civilización mundial. Tengo que encontrar a ese Mallowan cuanto antes, Khang.

—Si hizo lo que usted dice y vino aquí a ocultarse, no es un hombre común. En tal caso debe estar alerta. Y si lo está, él le encontrará a usted, tiene tanto interés como usted mismo en el encuentro.

—Eso me figuro. Pero, Khang, quiero ser yo quien lo encuentre. Otra cosa: ¿qué sabe usted de una mujer llamada Vera Vermont?

—Hay una de ese nombre en Saigón.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Actúa en uno de los principales locales de diversión, el Folies. Al parecer con mucho éxito...

CAPÍTULO IV

Una densa niebla formada por sudores humanos, el humo de incontables cigarrillos rubios y el olor del opio, veinte clases distintas de bebidas alcohólicas y cuarenta de perfumes de importación. Cien ramera indígenas, jóvenes, bellas y delicadas como figulinas de porcelana, algunas de ellas pertenecientes a muy honorables familias, doscientos USA *boys* de casi toda las graduaciones militares posibles, de coronel para abajo, alternando con ellas y trasegando increíbles cantidades de alcohol, algunas docenas de civiles blancos haciéndoles mal que bien la competencia, una pléyade de gráciles camareras adolescentes que en cuanto terminaran su tarca se convertirían en prostitutas. Voces ladrando en *usanglish* mezcladas con cloqueos y mayidos en el mismo idioma, con incrustaciones de francés y murmullos en vietnamés con sordina. Música de esa que los yanquis han introducido en todas partes para destrozar tímpanos y sistemas nerviosos. Ruidos de todo tipo mezclándose con ella y amalgamándola. Un *cabaret* de Saigón en plena guerra liberadora de todas las más puras esencias democráticas contra el protervo enemigo totalitario.

Duke Dart había metido sus narices en incontables pudrideros a lo largo de veintiún años de azarosa existencia. Llevaba allí quince minutos y estaba ya convencido de no haber visitado seis como aquél.

A decir verdad, todo Saigón hedía como una prostituta vieja y enferma. No era el hedor de los cadáveres pudriéndose al sol tras uno de los cruentos combates de la jungla, ni el de la miseria sin nombre de los arrabales donde se hacinaban los refugiados. Éste era de otra índole...

Hacía varios años desde su última visita. Entonces la guerra rugía por toda la hermosa y accidentada geografía vietnamita, en el mismo Saigón los atentados y los sabotajes estaban a la orden del día. Pero la ciudad, una de las más bellas, civilizadas y agradables de toda Asia, aún guardaba las formas, aún conservaba su encanto,

aún se esforzaba por mantener su dignidad, tan impregnada de cultura y costumbres francesas.

Ahora estaba podrida y lo exhibía con un cinismo procaz, abyecto, con una dura indiferencia que revolvió el estómago. Era como haber conocido, y amado, a una linda hetaira todavía con remilgos y resabios de señorita de buena familia y, años después, al volver con aquel recuerdo agradable, encontrársela tarifando sus marchitos encantos en una sórdida esquina arrabalera. Dolía un poco, si se conservaba cierta sensibilidad.

El, ahora, estaba acompañado por una de aquellas delicadas muchachas vietnamesas, menuda, sonriente, perfumada y bonita. No excedería mucho de los dieciocho años, pero ya era toda una profesional, sabía cómo tratar a un maduro cliente europeo. El licor estaba adulterado, como todo, y el precio de cada trago era como para salir de estampida. Duke había rechazado cortésmente la invitación a adquirir una partida de cigarrillos drogados y otra oferta de adolescentes, mercancía por lo visto de mucha aceptación entre los heroicos *boys*.

Acababa de salir a actuar Vera Vermont.

Su aparición fue saludada al educado estilo yanqui, o sea, con una tempestad de silbidos, aullidos y pateos. Un lego habría huido de allí de inmediato, imaginándose que aquellos energúmenos se proponían linchar *ipso facto* a la desdichada y luego pegarle fuego al local. Lo segundo tal vez se produjera, pero no lo primero, sencillamente estaban ovacionándola a su aire. Y cuando ella pidió silencio con un gesto tan amplio como su sonrisa, se callaron religiosamente.

Cualquiera sabe lo que es un cantante yanqui de música moderna, huelgan descripciones. Vera Vermont tenía voz de camionero en noche de sábado, daba la impresión de ir a comerse la «alcachofa» y no debía haber pasado por una escuela de declamación y canto ni erróneamente o por descuido. Eso sí, poseía uno de esos cuerpos largos y sinuosos, con un desarrollado busto tipo Jayne Mansfield que a cada movimiento suyo amenazaba desbordársele por encima del sujetador de encaje negro y un nalgatorio no menos prominente que resaltaba más aún el ceñidísimo vestido. Apenas si daba un paso, sin duda le resultaba difícil. Se contoneaba, parpadeaba, rotaba la popa, bamboleaba sabiamente las ubres y contaba, entre

gañidos y ronroneos, a la embelecada clientela varonil cuan triste se encontraba a solas en su cama mientras su amado Johnny se encontraba tan lejos, tan lejos, dedicado a examinar ratas amarillas trabajando de héroe. Luego ponía cara de sufrimiento para añadir que odiaba aquella separación, la cambiaba a otra de goce extático mientras se pasaba despacio una mano por las redondeces y añadía, con la voz ronca, que si ahora mismo pudiera atraparlo por su cuenta no iban a quedarle energías para coger la metralleta y volver al maldito Vietnam, terminando su gráfica aseveración con un súbito abrir los brazos y una violenta expansión del torso hacia delante que uno se maravillaba cómo no saltaban por el denso ambiente casi irrespirable los restos del sujetador y el vestido.

Desde luego aquel final tenía un efecto instantáneo, pura dinamita. Los *boys*, blancos, negros o de cualquier otra raza, pegaban cada aullido que retemblaban las paredes, pateaban, golpeaban las mesas con botellas..., y si no echaban mano a sus pistolas para apretar el gatillo era porque Saigón difería del viejo Oeste en la abundancia de MP, pero, sobre todo, de *viets*, que cualquiera sabía dónde diablos estaban esperando su oportunidad. No cabían dudas acerca de que la señorita Vera Vermont estaba teniendo un gran éxito en sus actuaciones pecho al público.

Pero Duke sí las tenía de que aquella mujer fuese la que Matt Mallowan le birló a Flint Felton III. Era una hembra buena para un fin de semana agitado, pero no para enloquecer a cualquiera. Una profesional de las tablas y el micrófono, probablemente también de otra cosa, excelente bocado para un yanqui de tipo medio, el sueño technicolor de un «GI» en el frente...

No, de ningún modo, la mujer por la que Flint Felton III se volvería loco.

Pero se llamaba, o hacía llamar en los *affiches*, Vera Vermont y se encontraba allí, en Saigón. Una coincidencia que no podía pasarse por alto.

Dejó con una excusa a su linda y menuda acompañante, yéndose hacia los lavabos. Había tanto trajín que no parecía resultar difícil escabullirse a los camerinos de artistas y visitar a la Vermont sin despertar sospechas, pero Duke Dart estaba seguro de que allí dentro debía haber ahora más de uno esperando a que un tipo alto y fornido, de la «pinta» que fuese, realizara tal intentona.

El llevaba ahora una magnífica pistola japonesa, formidable imitación mejorada, que ya es decir, de una patente alemana de mucho prestigio, debajo de la axila izquierda. No pensaba utilizarla sino en caso extremo, era partidario de resolver lo más silenciosamente posible sus controversias. Como calculó, le resultó muy fácil llegar a los camerinos de artistas sin ser molestado. A decir verdad, allí andaba, al parecer, todo manga por hombro y abundaban los visitantes de las «artistas», casi todos bien cargados de licor.

La Vermont tenía su camerino al fondo del pasillo. Por la razón que fuera, no había nadie cerca...

Duke Dart llegó y llamó con los nudillos. No tuvo respuesta. Pero pudo escuchar el ruido de una ducha allí dentro. Sin duda la Vermont estaba limpiándose la piel de miasmas y sudor, tras de su actuación.

Asió el pomo del pestillo y comprobó que la puerta se abría. Con dura sonrisa apenas esbozada, abrió y entró, firme, natural.

Un camerino totalmente femenino, totalmente revuelto. No muy grande, pero sin duda mayor de lo usual. Evidentemente la Vermont era la «estrella». A la derecha sonaba fuerte la ducha, pero un alto biombo japonés, totalmente opaco, bastante vulgar, impedía ver nada.

La sonrisa de Duke era fina y buida, había dos chispas de acero magnético en sus pupilas. Corrió suave el pestillo, cerrando, y avanzó hacia la ducha. Esperó un momento, poco, medio minuto acaso:

Y luego separó el biombo de un manotazo.

Todo fue veloz como un relámpago. La fugaz visión de un bello cuerpo femenino desnudo dentro de la pila del baño, boca arriba, de las rosas de sangre en el cuello y el pecho, desapareciendo apenas surgir al golpearlas la lluvia de la ducha...

Y el oriental con una cerbatana en la boca, agazapado, pegado mejor dicho a la pared, en el rincón, encima del tazón del retrete, como un mono.

La otra mano de Duke se movió tan veloz como un relámpago, mientras todo él saltaba con el mismo impulso a un lado. La cortinilla de plástico recibió el pequeño dardo destinado a su cara, fallándole a él por tres o cuatro centímetros.

El oriental tardó dos décimas de segundo en advertir que había fallado el golpe. Y entonces saltó, emitiendo un sonido gutural mezclado de rabia y agresividad.

Era sin duda un asesino experto. Pero había tropezado con un luchador de primera fila. Duke Dart le atrapó una muñeca al vuelo, impidiéndole golpearle en la carótida con la palma de la mano, y ayudó a su impulso, enviándolo hacia el otro extremo del camerino, dónde chocó con violencia. Aunque aturdido, el asesino demostró gran vitalidad, revolviéndose y extrayendo un agudo estilete, casi un bisturí...

Duke Dart no estaba para bromas, le pegó un golpe seco detrás de la oreja y fue bastante.

Inmediatamente procedió a desarmarlo. La cerbatana provocó curiosidad, pero se limitó a guardársela en un bolsillo, así como una cartera de piel hallada en uno de los del asesino. Éste no llevaba armas de fuego, el estilete debía ser su herramienta de trabajo, aparte un indudable conocimiento del «karate». Y trabajaba bien...

Rápido, certero y efectivo. La pobre Vera Vermont no volvería a excitar la sexualidad de los heroicos *boys* USA con sus gatunos arrumacos y sus intencionadísimas canciones. Lástima, porque desde luego tenía un cuerpo bonito, aunque probablemente ya no cumplía los treinta. Su rostro aún maquillado mostraba una expresión mezclada de asombro, horror y agonía, debió ser atacada cuando se disponía a meterse en la ducha. Desde luego el asesino entró en su camerino antes de su regreso, sorprendiéndola y cortándole el resuello con un estiletazo que le traspasó la garganta. Sin dejarla caer, demostrando fuerza poco común en un tipejo de su talla —eran condenadamente fuertes aquellos vietnameses— la metió en el baño y una vez allí la apuñaló de nuevo, tres veces en el pecho, otra en el estómago, otra en el vientre, otra encima del pubis...

Bueno, estaba endemoniadamente claro. Pero Duke Dart se las había visto en otras peores. Con una ojeada al aún inerte asesino, que estaba desmadejado sobre el diván, se le acercó, sacó su pañuelo, recogió el estilete y le practicó un par de adecuadas, incisiones, luego le pegó un largo arañazo en una mejilla, fue al cadáver de la Vermont, le partió dos uñas, tomó una de ellas y se la dejó bien colocada al asesino, de modo que no se le cayera al suelo

al incorporarse. Le volvió a meter en la mano el puño del estilete, se encaminó al retrete, subióse a él y abrió la ventana de ventilación. Como esperaba, daba a una especie de chimenea, ahora más bien oscura. Tenía las dimensiones justas para que él metiera sus anchas espaldas. Lo hizo y fue a parar a un basurero, apenas dos metros por debajo del ventanuco.

Empinándose sobre las puntas de los pies alcanzó el borde inferior del mismo, cogió la madera y encajó la ventana. Luego se preocupó por huir de aquella ratonera antes de que llegaran los que ya debían estar en camino.

CAPÍTULO V

Quien no conozca Saigón no puede imaginársela. Quien la conoce sabe que allí todo es posible, incluso lo más inverosímil; y si uno es experto en todo eso que constituye el pan nuestro de cada día de los aventureros y agentes secretos suele salir con bien de los más enrevesados apuros.

Duke Dart alcanzó a los diez minutos un callejón lóbrego y repleto de inmundicias entre paredes cochambrosas, con ventanucos cerrados en apariencia o por lo menos del todo oscuro. Empuñando su pistola se movió por él como un gato ladrón, hacia la calle que estaba a pocos metros de distancia.

Antes de salir a ella se guardó la pistola, no quería cometer errores. Y salió del callejón como si le hubieran disparado, por el mismísimo centro, en un salto de campeón olímpico.

Los dos tipos que estaban apostados, con sendos cuchillos, en ambas esquinas fallaron por eso y casi, casi, se hirieron uno al otro en el ímpetu de sus tarascadas. Con todo, quedaron fuera de acción durante un par de segundos.

Suficientes para Duke Dart. Apenas puso los pies en tierra giró sobre sí mismo, dio otro salto, éste más corto, atrapó con una mano por el cuello al asesino que tenía más cerca, antes de que reaccionara girando, le descargó un golpe fulminador en la nuca, haciéndolo desmadejarse y dejar caer su cuchillo, se lo tiró encima al segundo asesino cuando ya se le venía encima con claras intenciones de enmendar su error, de tal modo que la alevosa cuchillada encontró las carnes del compinche y no las de Duke Dart, soltó al que sujetaba, atrapó la muñeca armada del apuñalador, resistió sin dificultades excesivas los desesperados intentos de éste para libertarse y castigarlo, le retorció el brazo a la espalda haciéndolo gritar de dolor, le pegó un salvaje rodillazo en los riñones, dejándole sin resuello ni ganas de pelea y lo envió dando trompicones al interior del callejón, donde tropezó y cayó de bruces.

Luego, salió de estampida antes de que aparecieran más amigos.

No llegó muy lejos. De uno de los malditos rincones de la maldita calle surgió un hombre empuñando una pistola emitiendo un suave aviso:

—Lleva silenciador. Quédese quieto, se lo ruego.

Al menos, éste era educado. Apretando la boca, Duke obedeció.

—Vaya, veo que no me menosprecian...

—No me confunda. Nada tengo que ver con esas ratas. ¿Quiere ir hacia aquel automóvil?

—¿Quiere decirme por qué debo obedecerle?

—Usted es el coronel Dart. Debo llevarle a cierto lugar para que hable con cierta persona. Preferiría hacerlo amistosamente, créame. Pero si me fuerza a ello... le advierto que en este momento la policía está entrando ya en el Folies.

No necesitaba decírselo. Sonaban las sirenas en la calle, al otro lado de los edificios. Duke Dart se dijo que había que arriesgarse.

—Usted gana. Vamos.

Era un automóvil americano, vulgar. Un vietnamés estaba al volante, impasible. Dentro del coche no había nadie más. El hombre de la pistola se la guardó pausadamente y sacó algo.

—Quisiera que se ponga estos lentes, coronel. Pura precaución. Por favor.

Eran lentes de motorista, con los cristales del todo negros. Dart sonrió, pero obedeció. Comenzaba a gustarle la situación.

—Gracias, es muy amable cooperando. A decir verdad, su vida no corre peligro por ahora...

—Pero puede correrlo después de esa entrevista a la que se me invita, ¿verdad?

—No estoy capacitado para decírselo.

Para empezar, no era vietnamés. Su inglés resultaba demasiado bueno pero tenía un deje especial, que Duke Dart trataba ya de concretar. Era educado, pero a todas luces un experto. Le había estado esperando, luego le sabía dentro del Folies, también que iba a suceder algo en el camerino de la Vermont y calculó adecuadamente por dónde escaparía. Pero afirmaba no tener nada que ver con los dos asesinos baratos que lo esperaron a la salida del callejón. Podía ser cierto...

—¿Un cigarrillo?

—Gracias. Fumo en pipa.

—Lo sé. Y no están drogados. Usted es demasiado grande para usar trucos tan vulgares.

—Le agradezco mucho el elogio. ¿Cómo estaba tan a punto?

—Sabíamos que visitaría el Folies y trataría de entrevistar a la Vermont. También que iban a prepararle una sucia trampa para ponerlo fuera de combate, aunque no exactamente qué clase de trampa. ¿Qué ha pasado con esa mujer?

—Un mono amarillo muy peligroso y no tan astuto como imaginaba serlo le clavó un estilete en la garganta antes de que pudiera gritar, luego la metió desnuda en el baño y la cosió a puñaladas, dejándole caer el agua de la ducha encima.

—Vaya... Es un feo final para una guapa mujer. Lo siento por ella, pero el juego es fuerte.

—Ya lo he notado. Ese amarillo me esperó agazapado y faltó poco para que me clavara un dardo, supongo que de narcótico. De haber acertado, imagino que los policías, al entrar en el camerino, me habrían encontrado como aturrido, oliendo fuerte a *whisky* y con el estilete ensangrentado en la mano. El crimen sádico y brutal de un borracho, habría sido el veredicto.

—Más o menos.

—Espero que se lo carguen al verdadero culpable, con todas las agravantes. Naturalmente usted conocía la existencia del ventano en el camerino de la Vermont, la posibilidad de que mis hombres pasaran por él, la existencia de una vía de escape hacia ese callejón y todo lo demás...

—Solemos trabajar cuidadosamente y calcular todas las contingencias posibles.

—Pero no enviaron a ese mono asesino a matar a la Vermont...

—Contéstese usted mismo. ¿Habría estado yo esperándole, lo sacaría ahora del peligro?

—Admito que parece improbable.

—Quienes prepararon esa trampa deseaban liquidarlo cuanto antes. Nosotros tenemos de momento otras miras con respecto a usted. ¿Le importa si por ahora no conversamos más? Imagino que necesitará ordenar sus ideas.

Un tipo listo, con muchas horas de vuelo... Bien, a él no le importaba callar, de hecho, lo prefería. Una cosa que sin duda ignoraba su acompañante era su capacidad para advertir todos los

cambios de dirección del coche, calcular la velocidad y las distancias; formaba parte de un largo y muy concienzudo entrenamiento, pero además él estaba especialmente bien dotado. Había refrescado sobre el plano de la ciudad sus antiguos conocimientos de Saigón, por eso ahora se daba cuenta, a «grosso modo», de la dirección real en la que iban y los lugares por donde pasaban.

Cuando el automóvil se detuvo por fin, habría apostado diez contra uno a que se encontraba en el antiguo barrio residencial francés, muy cerca de la avenida de Bac Luong y poco más allá de la plaza de la pagoda de Huoc Thang. Un lugar amable en los lejanos tiempos en que Saigón era todavía uno de los más agradables lugares del mundo..., a pesar de todos los pesares.

—Hemos llegado. Por favor, no se quite los lentes.

Su acompañante salió primero y le ayudó a hacerlo como si de un invidente se tratase. Las narices de Duke Dart se impregnaron de golpe con el denso perfume de las flores del trópico. Tenía también muy desarrollado el olfato y distinguió entre aquella oleada de fragancias una no usual. Rosas...

No eran muchas las gentes de Saigón que se permitían el refinamiento de criar rosas en su jardín.

El hombre que medio lo secuestrara le tomó por el brazo y se lo llevó, por un sendero crujiente de gravilla, durante una treintena de pasos. Luego pisaron losas de piedra lisa durante otros cinco o seis pasos.

—Hay una escalinata, cuidado.

Cuatro escalones. La vivienda había tenido que ser edificada en los tranquilos tiempos de la colonia francesa.

Allí delante se abrió una puerta con suave chirrido de goznes. Del denso, húmedo y fragante aire exterior pasaron a otro mucho más fresco y menos húmedo. La puerta se cerró a sus espaldas...

—Ya puede quitarse los lentes.

Duke no se lo hizo repetir. Pero lo que vio le desilusionó en cierto sentido. Estaba en el vestíbulo de la que a todas luces fuera casa de un funcionario o comerciante francés de los días coloniales, por una serie de detalles significativos. Pero todo parecía un poco ajado, *demodé*.

El hombre que le había traído allí no era exactamente oriental. Era

un eurasiático, de tez indudablemente blanca, pero con rasgos faciales, sobre todo los ojos, mongólicos. Podría tener unos treinta y pico de años, iba correctamente rasurado, excepto un fino bigotillo negro, y sus ojos tenían un brillo duro que contrastaba fuerte con su sonrisa. Otro hombre, también blanco, más joven, casi tan alto y fuerte como el propio Duke, permanecía a la expectativa. Un «gorila», sin duda eficiente.

—Tenga la bondad de seguirme, coronel.

Duke comenzaba a sentirse intrigado. Obedeció a su *cicerone*, que caminó hacia uno de los lados del vestíbulo, entró en un corto pasillo y se detuvo ante una puerta cerrada, a la cual llamó, avisando:

—Traigo al coronel Dart.

Allí dentro una mano que debía estar alerta abrió aquella puerta, dejando paso franco. Con un ademán, aquel individuo invitó a Duke Dart a penetrar; y éste lo hizo preguntándose quién diablos actuaría con tanto melodrama para introducirlo a su presencia.

Lo supo apenas penetró en lo que a todas luces era un despacho-biblioteca de acusadísimo sabor galo, incluso con una gran fotografía del francés más grande desde Napoleón, al menos a juicio de muchos dentro y fuera de Francia.

Creía estar preparado para todo, pero resultó que no. Para lo que tenía delante, no.

Hay mujeres y mujeres. Hay bellezas y bellezas. Cada cual tiene sus gustos en la materia y todos son igual de respetables.

La que estaba sentada en un gran sillón de cuero color sangre de toro, con un cigarrillo entre los dedos y mirando fijo a Duke Dart era una «fuera de serie», en todos los conceptos y bajo cualesquiera puntos de vista.

—Buenas noches, coronel Dart. Parece sorprendido. ¿No esperaba esto?

No, no lo esperaba. Había conocido un millón de mujeres en su azarosa existencia, algunas de una belleza y un encanto excepcionales. Esta que tenía delante no se parecía a ninguna. Tan era así, que él, muy avezado a todo tipo de sorpresas, tardó casi un minuto en recuperar la ecuanimidad.

—Confieso que no —repuso mientras avanzaba, sintiendo plenamente en su hombría el brutal impacto de aquella mujer, pero

de un modo que no tenía nada de vulgar, sí de infinitamente peligroso—. Pero además, estaba convencido de haberlo visto todo en materia de belleza femenina. Estaba equivocado.

Ella sonrió. Y su sonrisa encendía la sangre de golpe. Tenía por pupilas dos esmeraldas de extraordinaria pureza, la piel suavísima, de un nácar levemente tostado. El cabello era casi negro, abundoso y brillante como seda recién lavada y oreada. Lo demás no había forma de describirlo. Uno se ahogaba mirándola y a la vez se sentía pequeño.

—Un grato cumplido, coronel. Gracias. Sabe quién soy, ¿verdad?

CAPÍTULO VI

Seguro que lo sabía... Duke Dart inspiró hondo y luego asintió, sin poder apartar los ojos de sus ojos:

—La que he venido a buscar.

Como respuesta, ella hizo un leve ademán, perfecto de ritmo y expresividad, que sacó de allí al hombre que trajera a Duke Dart y al gigante rubio, de facciones bastas, inexpresivas, que le había abierto la puerta de aquella habitación y cuyas manos provocaban escalofríos. Entonces se levantó y Duke Dart comprobó lo que ya imaginara. Era muy alta para mujer, maravillosamente proporcionada, aquel *sari* blanco y verde aumentaba su estatura, resaltaba su esbeltez, también le daba un aire regio. Y eso que sólo llevaba cuatro esmeraldas, una sobre el rotundo seno, pendiente de una cadena de platino, otra en un anillo de la mano derecha y las restantes pendientes de sus orejas, que apenas asomaban entre los abundosos cabellos.

—Me han contado muchas cosas de usted, coronel Dart. También tengo un *dossier* de su vida y milagros muy extenso. Parece ser que no han exagerado.

Su voz era lo que un hombre desearía escuchar eternamente, a la hora del amor, el descanso y la fatiga. Modulaba del todo cada palabra, extrayéndole todo su juego. Duke Dart estaba comenzando a comprender muchas cosas.

—Siempre se exagera... ¿Cómo debo llamarla? Porque sospecho que la verdadera Vera Vermont es la que acaba de pasar a mejor vida.

—Tampoco era su nombre verdadero. En realidad esa desdichada mezclaba su tarea de cantante-exhibicionista con la de espía y «gancho» para militares norteamericanos de alta graduación, tarde o temprano iba a acabar así. Ha sido usted muy veloz, efectivo y contundente, permítame felicitarle.

—¿Me tendió usted la trampa?

—No son mis métodos ni tenía por qué.

—Acabamos de llegar y está ya enterada de lo sucedido.

—Le han traído dando rodeos y mientras llegaron mis informadores.

Entre paréntesis, ahora mismo hay ocho hombres en esta casa, todos los cuales desconocen el miedo y saben pelear, aparte de serme fieles como perros porque entre otras razones están muy bien pagados. Sin embargo, usted no es mi prisionero y por ahora tampoco mi enemigo. ¿Qué va a tomar?

—Un coñac doble, si no le importa. ¿Puedo encender una pipa?

—Con toda libertad.

Ella se movió de un modo inimitable. Daba la impresión de que cuanto hacía, incluso el más nimio gesto o movimiento, no podía ser mejorado por ninguna otra mujer. También le causó a Duke Dart la impresión de estar ante una leona joven, crudelísima, segura de su fascinación y de su fuerza. O de una reina antigua, del tiempo en que ser reina era de veras importante.

Le escanció el coñac en una magnífica copa de cristal tallado y se la tendió, tomando otra para sí, del mismo botellón. Sus manos y sus brazos eran perfectos, también.

Y ni siquiera Duke Dart podía sostenerle por mucho tiempo la mirada, no sin sentir aquel endemoniado agobio de todos los sentidos y la sangre.

—Por su feliz llegada a Saigón.

Era una buena ironía, dadas las circunstancias.

—Gracias. Por mi suerte al poder conocerla.

—¿Cree de veras que es una suerte?

—Pase lo que pase, sí.

Ella bebió un sorbo de coñac, tomó uno de aquellos largos cigarrillos y lo encendió, mientras por su parte él cargaba despacio su pipa. Cada cual sabía que tenía delante a un adversario de su talla.

—¿Qué sabe de mí, coronel?

—Desoladoramente nada. Mis informadores sólo pudieron darme un puñado de datos deslabazados y al siquiera una fotografía. Usted ha sabido guardar muy bien el incógnito, señorita...

—Llámeme Nadja.

—Le cuadra el nombre. ¿Rusa?

—Mi padre lo era. Mi madre era franco-vietnamita. Soy una mestiza, como en cierto modo usted mismo.

—Me complace. Los mestizos solemos entendernos mucho mejor que los de sangre pura.

—¿Cree en la pureza de las razas, coronel?

—Como en la honradez de los políticos. O en la historia que me contó Flint Felton III.

Ella le miró fijo, un poco de soslayo. O tal vez fuera el dibujo de sus grandes ojos rasgados lo que hacía parecer que lo miraba así.

—¿Qué historia le contó?

—Que uno de sus hombres de confianza, un tranquilo y eficiente sesentón llamado Mallowan, lo había traicionado villanamente, robándole un millón de dólares y a su..., bueno, él dijo, simplemente un millón de dólares. Me sorprendió su fervoroso interés por matar a un empleado infiel, aun conociendo su avaricia, investigué por mi cuenta y salió a relucir usted.

—¿Cuánto le ha ofrecido por matar a Mallowan?

—Veinticinco mil dólares. Le saqué treinta mil.

—Y luego se escabulló muy hábilmente, desdeñando las instrucciones que él le había dado...

—¿También está enterada de eso? Sí, lo hice, me gusta actuar de acuerdo con mis propias directrices y no estaba nada seguro de poder llegar vivo aquí por la ruta que Felton III me marcó.

—Habría llegado. Es ahora cuando él hará cuanto pueda por eliminarlo. Mejor dicho, ya comenzó a hacerlo.

—¿Quiere decir que de él ha partido esa trampa del Folies?

—Usted lo ha dicho, es avaro y codicioso, pero además no resiste que lo traten con desprecio y menos aún que lo burlen. Al parecer usted ha hecho todo eso. Ahora opina que lo ha traicionado, quedándose el dinero que cobró y viniendo a ofrecerse al mejor postor. Por eso se apresuró a prepararle la bienvenida.

—Gracias por el informe. No esperaba menos de Felton III. Tendré que hacerle una visita cualquier día, porque imagino que está aquí.

—Está en

Hong-Kong.

Aquí ha enviado por delante al hombre de toda su confianza para este tipo de asuntos, un tal George Naxos.

Duke silbó quedo. Eso le interesaba.

—¿Ese griego?

—¿Le conoce?

—Muy bien. Hemos tenido un par de discusiones en el pasado y tenemos también otra cosa en común, a ambos nos expulsaron con

ignominia de dos prestigiosos ejércitos. Así que ahora trabaja para Felton III...

—Hace más de un año. Flint Felton sabe que todo lo que tiene, absolutamente todo, depende de que pueda localizarme pronto, está convencido de que Matt Mallowan y yo nos ocultamos juntos y hará lo que sea para atraparnos y recuperar lo que le arrebaté.

—¿Ese millón?

—Como de costumbre, él le mintió, coronel. Yo le he quitado doce millones de dólares en divisas fuertes que ocultaba en distintas cuentas secretas en Bancos suizos, cambiando el dinero de situación antes de que ni siquiera sospechara lo que estaba ocurriendo. Pero además me apoderé de una serie de pruebas documentales que enviadas a la Prensa de su país y otros harán que se vea ante un tribunal especial acusado de traición a su patria. Me propongo enviarlas, fotocopias de los principales documentos y los originales de algunos de menor importancia, en vísperas de la convención de su partido, donde el grupo que él y otros magnates de su laya financian y dominan van a tratar de situar en la candidatura a un «halcón» previamente comprometido a escalar brutalmente esta sucia guerra, entregando sustanciosísimos contratos de suministros de todo tipo a las cadenas de empresas que controlan ese grupo de multimillonarios.

Hablaba sin alzar el tono, con aquélla su claridad total de conceptos y palabras. Ahora, Duke Dart la escuchaba con absoluta atención.

—Diablos, ahora comprendo tanto interés...

—Mallowan era su hombre de confianza para el manejo de esos fondos secretos suyos. Yo lo volví loco y logré que me los entregara. Es un hombre duro y astuto, ambicioso y sin muchos escrúpulos. Todo fue cuestión de contrapesar debidamente el temor que sentía hacia Flint Felton.

Y ella, desde luego, contaba con recursos sobrados para conseguirlo...

—Pero hay más. Flint Felton III no me ha tenido nunca, aunque desde el principio lo intentó del modo innoble y grosero que pone en esos asuntos. Cuando comprendió su error, se enamoró de mí, si es que a los sentimientos de él se les puede denominar amor. Yo lo escarnecí a fondo huyendo con su dinero y uno de sus hombres de confianza, un cuarto de siglo más viejo que él. Jamás me lo

perdonará, aunque no se atreverá a asesinarme directamente. Para eso tiene a Naxos.

—Y yo debía servirle de ojeador...

—Más o menos. Es como siempre actúa. Lo eligió, imagino, por su fama y menospreciándolo, también forma parte de su modo de ser. No puede admitir que nadie sea su igual, menos que nadie una persona a quien cree poder comprar. Usted debería husmear aquí mi rastro, apechugar con todos los riesgos, atraer sobre sí mis contraataques. Mientras, Naxos permanecería al acecho y en la sombra, esperando a que yo me descubriera o usted me localizara. Entonces de un solo golpe se apoderarían de mi persona y lo eliminarían a usted. Un plan muy sencillo, como ve.

—Sí... —Duke Dart estaba ya terminando de dominar, no sin esfuerzos, todo lo que ella le provocaba y volvía a tener su mente de siempre—. Pero de momento le han fallado. Yo estoy aquí, en su domicilio..., si éste es su domicilio, usted se ha descubierto y aún no veo llegar al amigo Naxos.

—En estos momentos deben buscarle como locos por toda la ciudad. Su contragolpe ha sido digno de su fama y mi amigo actuó como acostumbra.

—Rápido, eficiente, cortés y discreto, transmítale mis felicitaciones. Y ahora, si le parece, hágame su oferta.

Por vez primera desde su entrada la vio desconcertarse. Sólo un instante, pero lo notó él y le provocó ancha satisfacción.

—¿Mi oferta?

—No estoy muy ducho en matemáticas, pero sé sumar dos y dos. Usted se ha tomado bastante trabajo y está corriendo ciertos riesgos para entrevistarse aquí conmigo. No soy vanidoso, pero abrigo la sospecha de que desea proponerme algo.

Ella volvió a sonreír.

—Es tal y como me lo habían descrito... En efecto, deseo hacerle una propuesta, coronel. Trabaje para mí, ayúdeme a darle su merecido a Flint Felton III y le garantizo cien mil dólares.

—Es mucho dinero. Por la décima parte podría contratar a cien asesinos profesionales en esta ciudad que liquidarían a Felton en un amén.

—No me ha entendido. No dije que quiero que lo mate. Me consta que usted no es un asesino profesional y sé por qué aceptó este

encargo de Felton.

—¿De veras? Usted es una continua caja de sorpresas, incluso sabe lo que no he dicho a nadie.

—¿Le dice algo el nombre del príncipe Dmitri Yeretskov?

Duke Dart respiró hondo. Conque era aquello...

—Un antiguo y buen amigo mío, un tipo endiablado. No me diga que tiene contactos con él.

—Su esposa era la hermana menor de mi padre.

CAPÍTULO VII

Caminar de noche por Saigón, sabiendo que se tiene detrás a una gavilla de asesinos, que la policía local anda buscando a un tipo de las señas de uno, por sospecha de asesinato, y que la policía militar del ejército de solidaridad fraterno-democrática ha recibido el «soplo» de que uno, al que la CIA tiene en su lista negra con marca relevante, está en la ciudad con identidad y pasaporte falsos para realizar espionaje y sabotajes por cuenta de los de Hanoi, eso sin contar a los escurridizos *viets*, debe ser todo un deporte de lo más tonificante. Duke Dart estaba practicándolo ahora.

No podía ni soñar con acercarse a su hotel. Desde pistolas con silenciador hasta culebras venenosas debía haber de todo esperándole allí. Pero no podía tampoco pasarse la noche deambulando por las calles, sería tentar demasiado al diablo.

Afortunadamente Saigón contaba con algunos antiguos amigos. Descartó mentalmente a todos menos cuatro. No lo traicionarían por dinero, ni por mujeres, ni por ninguno de los otros motivos que suelen convertir a los hombres en traidores. El único problema consistía en llegar al domicilio de alguno de ellos.

Y el más cercano estaba a cosa de dos kilómetros de distancia, al lado opuesto del centro de la ciudad, por donde ahora pululaban los vehículos patrulleros como las cucarachas por la cocina de una vieja casa.

De momento, se incrustó en uno de los innumerables rincones llenos de basura, ratas atrevidas, olores nauseabundos y oscuridad de la ciudad. Podía tener un par de *viets* fanáticos a diez pasos, pero eso era inevitable.

Acababan de dejarlo tirado en una callejuela transversal de la avenida Dupetit Thouars, que ya no se llamaba así, sino con un nombrecito adulatorio para los grandes amigos y proveedores de todo. Tirado metafóricamente, claro. El «factótum» de la princesa Naddeja Dolgórova era un tipo muy bien educado...

Y él estaba metido hasta el cuello en una estupenda aventura de la que deseaba conocer el final.

La sobrina del maldito Dmitri... Aquél era el naipe que guardaba en su manga y no le quiso revelar, por eso se lo encontró tan oportunamente. Y por eso le dio tanta información. Se brindó incluso... Cuando volviera a verlo iba a darle un buen puñetazo en las narices sin ninguna consideración a su edad y su título principesco.

Pero de momento tenía cosas más urgentes que realizar.

Nadja Dolgórova... El había oído la historia del príncipe Igor Alexandrovitch Dolgórov hacía bastantes años, cuando sólo era un tierno y vehemente subteniente del Regimiento Real de Toronto, una de las unidades que fueron a Dieppe, nada menos. Entonces, recién terminada la guerra, estaban de guarnición en el solar arrasado de la vieja Alemania. Un veterano de Dieppe, un capitán que se había pasado dos años y medio en un campo de concentración nazi, le contó cierta noche lluviosa en que mataban el tiempo como podían el modo como un puñado de prisioneros de guerra aliados planearon y ejecutaron una fuga del bien guardado campo. El tuvo mala suerte, recibió un balazo y lo devolvieron allí. Pero otros la tuvieron peor. Sin embargo, dos o tres lograron escabullírseles a los nazis, entre ellos el organizador de la fuga, un ruso que era teniente en la Legión Extranjera francesa, y que antes había sido príncipe en su país.

Al parecer el teniente príncipe Dolgórov era un tipo de muchas agallas y más astuto que el cuerno izquierdo de Satanás. Se llevó por delante a dos de los centinelas del campo, más tarde a un coronel alemán de ingenieros con quien cambió su uniforme, aprovechó su excelente dominio del alemán para engañar a media docenas de disciplinadísimos alemanes de diversa catalogación y se esfumó en la Alemania de los negros días de Stalingrado, sin que los sabuesos echados tras su pista pudieran atraparlo. Luego apareció en Francia, encuadrado en el *maquis*, hizo el héroe, se unió otra vez a la Legión y había terminado la guerra de comandante, entonces andaba también por Alemania cobrándose algunas viejas deudas.

Años después, y precisamente en Indochina, cuando aún era francesa, él, que ya era teniente y un poco menos ingenuo e idealista, volvió a oír hablar del comandante Dolgórov. Estaba en la Legión, desde luego, y seguía haciendo heroicidades. Por lo visto

era ciudadano francés y eso le impedía usar su antiguo título ucraniano. Incluso se lo mostraron al paso, desde la terraza de uno de aquellos estupendos cafés del Saigón colonial. Un hombre alto, de unos cuarenta años, delgado y derecho como álamo blanco o uno de los abedules de su patria de nacimiento, realmente un gran tipo que sabía llevar su uniforme...

Después vino Corea y él, Duke Dart, hizo al fin realidad sus sueños heroicos. Aún era lo bastante joven para creer en toda una sarta de magníficos embustes, hizo tantas y tan formidables estupideces que le llenaron el cuerpo de medallas y cruces, lo mencionaron tres veces en la orden del día de la fuerza expedicionaria, una en el propio Cuartel General, lo ascendieron a capitán por méritos de guerra..., y le abrieron cinco ojales de distintos tamaños en diversas partes del cuerpo, que al que va a la era a menudo, la piel le pica.

Corea lo hartó de guerras y le barrió todos los idealismos heroicos. Pero aún era un excelente soldado, disciplinado, obediente, imbuido de todo lo que le imbuyen a un joven oficial. Por eso aceptó aquella maldita misión secreta en Europa. Era tan apasionante ser cazador de espías y espía, en una pieza...

Tres años después también estaba más que harto de los servicios secretos. Le habían hecho otros dos ojales en el cuerpo, pasó las mil y una, se las vio de todos los colores, realizó las más sucias, indignas y asqueantes tareas concebibles; todo ello a la mayor gloria, le decían, de la libertad, la democracia y una serie de altisonantes dogmas. Pero a aquellas alturas él, Duke Dart, estaba ya con los ojos muy abiertos y al cabo de la calle, sabía quién se comía los solomillos de aquellos huesos que él debía roer por una paga miserable y unas palmaditas en la espalda. Por eso solicitó volver al Ejército. Y tuvieron que concedérselo cuando tiró las patas por alto a las primeras largas y negativas.

Volvió, lo ascendieron a mayor y dejaron de considerarlo un perfecto oficial, un perro fiel que muerde al que le indican sin hacer preguntas. Para comenzar lo enviaron a una indecente guarnición de tres al cuarto, a desbravar reclutas voluntarios. Tardó meses en conseguir algo mejor..., y lo mandaron a Indochina como miembro de una misión militar de la Seato que pretendía aprender lecciones de la guerra de guerrillas en la jungla según las tácticas de Giap.

Se tiró cinco meses en Saigón y apenas si pudo hacer unas cuantas

incursiones al campo abierto. A los franceses les reventaban los mirones y no se desdeñaban de hacérselo saber, eran los tiempos inmediatamente anteriores a Dien Binh Phu. Entonces volvió a oír hablar del coronel Dolgórov. Casi había completado el cupo de las heroicidades, había perdido un antebrazo y mandaba un regimiento en la Legión. De él se contaban cosas estupendas, decíase que era una pesadilla para los *viets*...

Semanas después por poco si a él, y a otros «observadores», no los atraparon en Dien Binh Phu. Tanto se asustaron por lo visto en las altas esferas que devolvieron a cada mochuelo a su olivo. A él a otra maldita guarnición sin horizontes, a pudrirse...

Y justo cuando se sentía más podrido ocurrió aquel asunto de los repuestos. Un coronel, un par de capitanes y media docena de subalternos, todos ellos de oficinas y que en su vida oyeron un silbido de bala en las orejas, estaban haciendo su agosto con el suministro de piezas de recambio y vehículos falsamente inservibles a determinados compradores civiles. Todos ellos se habían forrado cuando él tiró de la manta y descubrió el pastel. La cosa habría ido por los cauces normales, probablemente, y hubiera terminado como en otras ocasiones. Lo malo fue que uno de los capitanes era yerno de un general inspector, creyó que eso bastaría para taponarle la boca a él, Duke Dart, y se lo dijo. Tuvo que irse directo al dentista a que le pusieran un puente de oro.

Entonces el maldito general entró en el ajo. Todo el mundo sabe lo que es un ejército. Aquel general era imbécil, mezquino, retrógrado, acomodaticio y tampoco había visto jamás de cerca un puesto de combate de primera línea, pero era general, llevaba un montón de insignias que lo indicaban. Llegó, tronó, amenazó y hasta insultó, porque para eso era general y se las veía con un comandante. Pero aquel comandante estaba muy harto y le sacudió tal revés que hubieron de recomponerle las narices.

Consejo de Guerra. Le había pegado a un general siendo él sólo mayor. Era la palabra de un comandante contra la de un general. Y luego había un coronel, ya perdido, que afirmó haber recibido chantaje. Y otros, no menos perdidos al descubrirse el tinglado del que se beneficiaban, que juraron haber estado siendo presionados para que dejaran entrar a un irascible y peligroso mayor en el lucrativo negocio. Y había mucha gente furiosa porque se les había

ido al demonio el lucrativo negocio. Y el general juró, solemnemente, no haber hecho otra cosa sino armonizar, en uso de su derecho y sus atribuciones, a un subordinado, recibiendo a cambio insultos graves y un formidable puñetazo...

Seis meses de fortaleza y expulsión deshonorosa del ejército. Eran muchos contra él y lo del puñetazo a un general no lo quitaba un cóncave. Así terminó la brillante carrera de un brillante oficial y así nació Duke Dart, soldado de fortuna...

Aún había vuelto a oír el nombre de Dolgórov. Un hombre de acción, un mercenario, debe saberlo, si no todo, casi.

Se enteró un día. A consecuencia de un asunto ingrato y oscuro, el general de brigada Dolgórov, en situación de retirado, se había pegado un tiro. Al parecer estaba implicado en la desaparición de ciertas obras de arte pertenecientes al botín de los nazis, oficialmente destruidas, durante el tiempo que anduvo formando parte de una de las numerosas comisiones de todo lo comisionable en la Alemania recién aniquilada. Se echó tierra muy pronto al asunto, a la postre él era un héroe...

Por entonces Duke Dart sentía muy escasa simpatía hacia los generales, aunque él mismo había sido nombrado coronel por el flamante Presidente de una flamantísima república africana en plena ebullición postparto. Olvidó el *affaire* muy pronto.

Y ahora la mismísima hija de Dolgórov, la más hermosa, fascinante y peligrosa de cuantas mujeres se había tropezado en su vida, acababa de contratarlo por cien mil dólares para que le pusiera a Flint Felton III en sus manos, porque Flint Felton III era, según ella, el hombre que pudo haber probado la inocencia de su padre en aquel viejo y feo asunto, pero no lo hizo, no le dio la gana, simplemente; y cuando el general príncipe Dolgórov le advirtió que iba a defender su honor como gato panza arriba, contestó enviándole a un par de asesinos que lo suicidaron honorablemente, apoderándose de paso de las pruebas que el general tenía sobre la real y muy concreta participación del propio Flint Felton III, por entonces distinguido oficial del Estado Mayor sin haber oído un tiro en su vida, cómoda y adecuadamente instalado en un puesto clave del mando de las fuerzas americanas de ocupación, en el *affaire*. En complicidad con ciertos nazis muy afines a él en todos los sentidos y otros ocupantes de su misma calaña había preparado y puesto en

marcha un estupendo «puente aéreo» que en pocos meses volatilizó algunos centenares de obras maestras del arte europeo, piezas espléndidamente pagadas por los coleccionistas americanos, en su inmensa mayoría conocedores de que estaban adquiriendo objetos robados, cosa que, naturalmente, les tenía sin cuidado, puesto que los habían robado en la podrida y degenerada Europa, arrebatándoselos, estaban seguros, a los depredadores del Ejército Rojo.

Habían sido muchos; pero muchos, millones de dólares los que el negocio proporcionó; suficientes para comprar conciencias hasta de congresistas y jefes militares para los cuales, a decir verdad, todo aquello era legítimo botín de guerra. Además, la mentalidad romano-púnica de Felton y Cía. se limitaba a realizar una vez más el conocido lema de su pueblo: *Business are business...*

Y ahora, el *business* de él, Dulce Dart, consistía en darle un buen disgusto a Flint Felton III, ganándose con ello cien mil dólares. Mira por dónde, aquella tarea le gustaba.

CAPÍTULO VIII

Para cazar a un zorro viejo hacen falta perros y cazadores veteranos... A lo largo de dos larguísimas horas, Duke Dart esquivó a nueve patrulleros de la MP, dos de la policía indígena, cinco patrullas de registro, al menos tres comandos *viets* y un número indeterminado de asesinos, ladrones y otra gente de malvivir perteneciente al estamento civil. Para ello debió dejar sucesivamente fuera de combate a uno de los últimos, a un fornido cabo negro de «marines» y a un tipejo drogado de dañinas intenciones, que resultó el más difícil de eliminar y al que debió romper el cuello para acabar con el asunto, tras recibir un arañazo de su navaja automática. No podría decir que se tratara de un apacible paseo.

Pero por fin llegó donde quería. Cuando llamó a aquella puerta, en un tranquilo y silencioso barrio residencial se sentía como Ulises al abrir los ojos en la playa de Feakia.

Quien le abrió no era exactamente Nausica, pero tampoco Polífemo. Antes, al oír su nombre, habían emitido una ahogada exclamación tras de la puerta. Y ahora, tras hacerle entrar, lo miraba como si no creyese a la evidencia de sus ojos.

—¿De veras eres tú?

Ella andaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero incluso en *deshabillé* resultaba muy agradable de contemplar. Evidentemente euroasiática, cosa muy normal en Saigón porque ya se sabe lo poco racistas que son los franceses en materia amorosa. Duke Dart no la veía desde su última estancia en Saigón, la encontró un poquitín ajada, pero se abstuvo de decírselo. Después de todo, nunca está de más la galantería cuando uno necesita cobijo.

—Hola, Suzy. Estás adorable, como siempre. ¿Podrías albergarme por esta noche?

—Y por todas las noches que quieras. ¿Cuándo has llegado y quién te persigue? Esa cara no es la tuya. ¿Te has hecho cirugía facial?

Ya se sabe, cuando una mujer rompe a hacer preguntas parece una

ametralladora en manos de un recluta.

—Simple maquillaje, pero muy bueno. Llegué ayer y me persigue demasiada gente para mi gusto, pero sé que aquí no me van a buscar. Sólo necesito tu hospitalidad por unas horas, no quiero comprometerte.

Ella lo miraba de un modo muy interesante.

—¿Estás herido?

—No exactamente. Un tipo loco o drogado creyó que podría acogerme y robarme, me rasguñó.

—Ven a la cocina.

Antes de curarle, la, en efecto, insignificante herida sirvióle un vaso de excelente coñac francés. El olor de su cuerpo era un grato afrodisíaco.

—Esto no es nada para ti...

—Ya te lo he dicho. ¿Cómo te va la vida, Suzy? Espero que bien.

—¿Tú sabes cómo es ahora Saigón?

—Algo he visto. Una letrina.

—La peor del mundo. Aquí todo el mundo está desmoralizado, *cherí*, comenzando por el gobierno, y no digamos los yanquis. ¿Te acuerdas de Dien Binh Phu? Entonces nosotros, los franceses caímos muy bajo, se dijo que nuestro ejército no era sino un montón de cobardes dirigido por incompetentes. Tú sabes que no es verdad, pero entonces eso se dijo, aquí y fuera de aquí. Se airearon alegremente los fallos del mando militar, los fracasos y errores de la administración, el orgullo, la vanidad, la ceguera de los colonos y funcionarios... Sí, los franceses éramos una pandilla de *salauds*, de fantoches engreídos y estúpidos... Y los yanquis, que nos negaron adrede la aviación que necesitábamos sabiendo de que la necesitábamos, que propiciaron Dien Binh Phu porque ellos eran los paladines de todas las libertades, no fueron quienes menos cruelmente se burlaron de nuestra ineficacia militar y administrativa, mientras se apresuraban a suplantarnos, convencidos de que les bastaría con un puñado de instructores militares para meter en cintura a los *viets* del Sur y listos para apoderarse económicamente de nuestro país. De esto hace bastantes años, Duke. Liquidaron a los Diem, que sabían lo que se hacían y mantenían bien la situación, porque se negaron a convertirse en lacayos del procónsul yanqui y marionetas de los grandes *trusts*,

eligieron a un fantoche uniformado tras otro para suplantarles y enviaron unos miles de «asesores técnicos» para el ejército. Ensayaron aquí la misma fórmula que desde hace siglo y medio han venido utilizando con éxito en la América del Sur. Y ya ves el resultado: Sangre, destrucción, miseria, degradación, llanto y matanzas, medio millón de soldados yanquis arrasando el país y comportándose como un elefante atacado por hormigas rojas, fracasos tras fracasos de sus magníficamente equipadas tropas de primera línea, diez años de matanza indiscriminada y continua, un pueblo que ha perdido la fe en todo y se ha vuelto capaz de todo para sobrevivir y arriba, en el norte, otro pueblo, y un verdadero gobierno, que cada día tienen más moral, más odio, más fuerza, acumuladas, que no cederán nunca y están dejando al mundo boquiabierto en esta nueva versión de la historia de David y Goliath. Ahora nos toca reír, sonreír mejor dicho, a los franceses...

Ya se sabe que el francés es el pueblo más «chauvinista» de la tierra. Y no hay francés más francés que un mestizo. Suzy Dorsay, hija de un alto funcionario francés, casado con otra mujer que no su madre, y de una saigonesa, legitimada después que el padre, ya divorciado y abandonado por sus hijos legítimos, se acordó de ella para vengarse de ellos, sentíase más francesa que De Gaulle, por cierto su ídolo. Además, Suzy había sido amiga íntima de generales, altos funcionarios coloniales y ricos plantadores, todos franceses, naturalmente. Tenía dos hijos, de distintos padres, estudiando en colegios caros franceses, estaba divorciada de un hombre que fue muy rico allá en el Norte y se quedó sin un franco antiguo después que el tío Ho plantó su asiento en Hanoi, había tenido una vida muy intensa, conocía a todo Saigón, o sea a todo el que en Saigón valía la pena de conocer, y odiaba de todo corazón a los yanquis. Duke, que se sabía al dedillo la estupenda y aleccionadora historia de la generosa ayuda norteamericana al Vietnam la dejó explayarse, porque la conocía, mientras apuraba despacio su coñac.

—Bueno, ya estás listo. ¿Muy cansado?

—Lo justo.

—Te advierto que sólo tengo una cama disponible, la mía. Y que suelo cobrar la pensión. Por anticipado.

Seguía siendo Suzy... Sonriendo, Duke se levantó y asintió, tomándola por la barbilla, mirándola risueño a los ojos.

—Será un gran placer pagarte, gatita...

Cuando despertó estaba solo en el amplio y confortable lecho de Suzy Dorsay. Ella apareció casi enseguida, muy compuesta y muy guapa. Ya se sabe que la mayoría de las mujeres, tras determinado tipo de *tête-à-tête*, resplandecen como la tierra en verano luego de una benéfica lluvia. Le traía en persona una bandeja con ese tipo de desayuno que las mujeres agradecidas llevan al hombre que merece su agradecimiento, también el periódico.

—Hola, tigre. ¿Descansado?

—Ju, jum... Guapa de veras. ¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde. Y ya oyes lo que cae. ¿Qué tal tu apetito?

Caía una lluvia apretada, violenta. Y también otra cosa.

—Intachable. ¿Dónde son los truenos?

—Hacia Cholón. Los *viets* están desde hace un par de horas haciendo sonar su música. Ahora ocurre dos de cada tres días.

Le plantó la bandeja sobre los muslos y le dio un beso sabio, separándose despacio para que viera lo que venía en la primera página del periódico, doblado de manera adecuada. Duke lo vio y se dijo que Suzy seguía siendo muy lista, estando muy bien informada.

—Pobre mujer, ha tenido un mal fin. Dicen que era muy buena actuando.

—Cantaba como un cargador borracho, pero se movía como Marilyn y tenía unas protuberancias muy sugestivas. Un conjunto de lo más explosivo para los USA *boys*.

Ya había leído el circunstanciado relato de los hechos. La policía, alertada por una llamada anónima, había encontrado en su camerino del Folies a la cantante americana Vera Vermont, desnuda en el baño y cosida a puñaladas. Al parecer se trataba del crimen de un drogado, había sido detenido un notorio delincuente saigónés en el momento en que trataba de escapar del camerino, huyendo por la ventana. Lo habían detenido drásticamente, cosiéndolo a balazos.

—Estabas allí anoche, ¿verdad? Se te describe bastante bien, vas a tener que cambiar tu maquillaje.

Se le describía bastante bien. La policía buscaba a un hombre blanco, de alta estatura y ligeramente cojo de la pierna izquierda, al que habían visto entrar en el camerino de la interfecta poco después de que ella terminara una de sus actuaciones cara al público y apenas diez minutos antes de que la policía recibiera el aviso

anónimo...

—El plan era que se me encontrara, drogado o borracho, pero medio inconsciente, junto a esa pobre mujer. Con mis antecedentes, ya te puedes imaginar lo que me habría ocurrido. Pero me escabullí, no sin apuros.

Suzy se sentó a los pies de la cama, mirándole fijo mientras se ponía mantequilla en una tostada.

—Siempre estás metido en líos gordos, Duke. ¿De qué se trata ahora?

—De mucho dinero, de una presunta venganza, de presuntos celos rabiosos, de traiciones..., de todo. ¿Te dice algo el nombre del coronel Dolgórov?

Suzy respingó y emitió un leve silbido excitado.

—¿El príncipe? Claro que me dice. Le conocí muy bien, era amigo de mi padre.

—Creo que tuvo una hija o dos, con una vietnamita, ¿es así?

—Bueno, ella era franco-vietnamita, como yo, pero al revés. El padre era el príncipe Duong, un potentado de Hanoi, dueño de medio Tonkín, francófilo; la madre una señorita de la baja aristocracia francesa, cuyo padre tenía aquí un puesto en la Administración. La conocí, aunque era mucho mayor que yo, naturalmente, estuvieron a menudo en mi casa... Tuvieron en efecto dos hijas y un hijo, el hijo murió en Argelia, como oficial de la Legión, una de las hijas falleció de pocos años. La otra, Nadja, era una de las muchachas más bellas y distinguidas, con más personalidad, que yo haya conocido. Sólo tenía catorce o quince años cuando los Dolgórov marcharon a Francia, pero ya entonces volvía locos a los hombres; ahora debe andar por los veinticinco y ser una maravillosa mujer... ¿La conoces tú?

Suzy era mujer, después de todo. Pero Duke Dart sabía cómo tratarla.

—No. Pero tengo el encargo de dar con ella. Y sé que está en Saigón.

Suzy pareció dar por buena su respuesta.

—¿Algo referente a la muerte de su padre?

—¿Qué sabes tú de eso?

—Lo que todo el mundo. Lo metieron en un feo asunto de robo de objetos de arte, después de terminar la guerra. El era un experto,

imagínate, los Dolgórov poseían media Ucrania antes de la revolución y el padre del coronel gastó sumas inmensas en coleccionar todo tipo de obras de arte. Bueno, Dolgórov murió de general, pero aquí todos le conocen aún por «el coronel», es una muletilla.

—¿Qué tal hombre era?

—En cierto modo se te parecía, salvo que tú no eres un aristócrata de rancia estirpe. Valiente sin alharacas, duro como el acero, magnífico conocedor de los hombres y de las mujeres, un jefe militar nato, astuto como el diablo, especialista en lucha de guerrillas, en trucos militares. Todo un hombre, todo un caballero. Bebía como un cosaco y nunca se le vio borracho, amaba como un tigre y no lo dominó nunca una mujer, tenía un exagerado concepto del honor, precisamente por ser, como decía, un hombre que había perdido a su patria y se había ganado otra a pulso, con su sangre... Ya sé que dijeron que estaba complicado en ese robo de obras de arte, pero aquí nadie se lo creyó. El coronel príncipe Dolgórov se había criado en un palacio de las *Mil y una noches*, repleto de tesoros artísticos, su padre tuvo la previsión de colocar fuertes sumas en Bancos de París, Londres, Suiza y Roma para sus adquisiciones de obras de arte y cuando la revolución estalló, y lo asesinaron, los hijos no tuvieron dificultades en recuperar esas sumas una vez salieron de Rusia, les bastaron para llevar una existencia más que cómoda. El coronel Dolgórov despreciaba al dinero y a los negociantes, Duke; jamás se habría asociado a una gavilla de ladrones de obras de arte para ganar unos cuantos millones. Sin duda lo enredaron en el asunto sin él advertirlo y cuando se vio complicado, y se disponía a descubrir la verdad, lo suicidaron. ¿Para qué quieres encontrar a su hija? No creo que esté en Saigón, yo lo sabría si hubiera regresado, aquí aún quedan muchos de los antiguos amigos de su padre y ella sabe que nadie cree esa historia de su complicidad en tal robo.

—Pues debería estar aquí. Quién me ha pagado treinta mil dólares para que la encuentre así lo afirmó y debía tener razones para saberlo. Y los que anoche trataron de quitarme de en medio tan drásticamente sin duda saben a qué he venido, pero no quieren que la encuentre. ¿Me harías un señalado favor?

—Sabes que sí. Pero me lo tendrás que pagar...

—En esa moneda, siempre me tendrás dispuesto, gatita. Averigúame dónde está la princesa Dolgórov, pero de modo que no se sospeche por qué te interesas en saberlo.

—Descuida, ya me conoces. Si está en Saigón, esta misma noche lo sabré.

—Otra cosa. Esta cara ya no me sirve y a estas horas debo tener a medio Saigón buscando a un alemán cojo que representa cuarenta y tantos años. Así que voy a cambiar de cara y de todo lo demás. Necesitaré...

CAPÍTULO IX

«Si quieres pasar desapercibido en la China, disfrazate de chino».

Y si uno quería pasar desapercibido en Saigón, no pudiendo por distintas razones disfrazarse de vietnamés, la solución más sencilla era ponerse un uniforme de campaña

U. S. A.

Para un antiguo mayor de las fuerzas armadas canadienses, posteriormente soldado de fortuna, hacerse pasar por un oficial era un juego de niños.

Y Suzy, como casi todas las mujeres, entendía de maquillajes. Conseguir un uniforme de oficial de las fuerzas norteamericanas de cooperación resultaba en Saigón mucho más fácil que librarse de las bandadas de mendigos.

Cuando reapareció en la calle, a última hora de la tarde y mientras se desflecaba la lluvia sobre la ciudad, con los ecos del furioso combate hacia Cholon apagándose lentamente, Duke Dart era la vera efigie de uno de esos apabullantes mandos militares que presentan las películas de propaganda yanquis. Embutido en un impecable uniforme, con las estrellas de coronel y las insignias de la Caballería, un par de pasadores al lado izquierdo del pecho y en la manga correspondiente los indicadores de cinco heridas en combate, una vieja cicatriz hacia la oreja, izquierda, discretamente visible, cabellos de un rojo muy oscuro y un recortado bigote muy militar, ni el más suspicaz de los MP o de los diez mil y un agente de la CIA dispersos por Saigón hubiera abrigado dudas acerca de que estaba ante un *dur de durs*, un jefe de hombres.

Avanzó pisando firme por las maltrechas aceras. Una pareja de MP armados poderosamente, y acompañados por otros dos policías militares sudvietnamitas, que doblaron la próxima acera, apenas necesitaron una mirada a su rostro para saludarlo a su paso. Ellos bien sabían que había oficiales y oficiales...

Las calles saigonesas aparecían llenas de una abigarrada multitud. Allí había de todo, pero absolutamente de todo. Al parecer, los *viets* se habían infiltrado durante la noche hasta el mismísimo centro de

Cholón y al mediodía volaron simultáneamente un depósito de armamento gubernamental, un edificio oficial, un camión cargado de yanquis con permiso, un cuartel de rangers... La fantasía vietnamesa era fulgurante y frondosa, lo sabía cualquiera; pero que hubo «fregado» durante unas horas, de eso no cabían dudas y un par de altas humaredas hacia Cholón lo demostraban.

Duke Dart era muy audaz, pero también muy prudente. Mezclando hábil y certero ambas cualidades había sobrevivido. De modo que se exhibió lo justo para poder llegar adonde quería sin complicaciones.

El Jugar estaba en pleno centro, al lado mismo del bulevar Le Loi, en una de sus calles transversales. Un moderno edificio de oficinas idéntico a lo que se alza en cualquier ciudad del planeta para tales menesteres, pura arquitectura utilitaria *made in USA*, un cajón de cemento y vidrios, horripilante pegote estético que abofeteaba la sensibilidad en medio de edificios de un decadente estilo colonial y otros deliciosamente vulgares dentro de la típica arquitectura vietnamesa. La calle era un hervidero de gentes de todos los pelajes posibles, la mayoría de ellas atrafagadas en la eterna consecución de unas piastras, los ruidos tan crispadores como en cualquier otro lugar del centro de una ciudad que había perdido el silencio y la paz.

A un coronel USA, y menos tan alto, fuerte y marcial, no se le cerraba el paso en Saigón como no fuera de un balazo en una emboscada. En aquel edificio se albergaban veintidós empresas dedicadas a todo lo dedicable en la amplia gama de los negocios, lo que suponía algunos cientos de hombres y mujeres convenientemente atrafagados y faltos de corrección, otra costumbre yanqui a la que los saigones parecían haberse asimilado. Duke llegó al cuarto piso, dobló a la izquierda, abrió la puerta de la oficina de Naichi Importing Co. y se encaró con una linda vietnamesa de sonrisa en flor, metida tras una máquina japonesa de escribir, un intercomunicador japonés y una centralilla telefónica del mismo origen.

—Quiero ver al señor Saburo Isaka. Soy el coronel Dart.

La linda telefonista cloqueó una respuesta amable, pulsó un botón del intercomunicador y comunicó a alguien sus deseos. Mientras, Duke Dart examinó la amplia oficina con aire acondicionado y

ventanillas de plástico donde una docena de *geishas* y media de hombres laboraban de ese modo consciente y concienzudo que los orientales ponen en su trabajo. Aquélla era una muestra brillante de cómo los japoneses han llegado a colocarse en la punta de cabeza de las naciones desarrolladas, con técnicas ligeramente futuristas.

No debió esperar mucho tiempo. Una secretaria estupenda, japonesa, vino a su encuentro con esplendorosa sonrisa y lo saludó llena de cortesía, invitándole a acompañarle, lo precedió hasta una puerta sobre la cual campeaba el consabido rótulo, en inglés, francés, vietnamés y japonés, la abrió y, con leve inclinación de cabeza, le dejó el paso libre.

Allí dentro hallábase un japonés trajeado a estilo occidental, con un terno impecable. Era un hombre de cualquier edad entre los cuarenta y los cincuenta, de rostro y mirada impasibles, que apenas se cerró la puerta trocáronse en decididamente amistoso mientras se levantaba y tendía su mano a su visitante.

—Es usted decididamente muy audaz, coronel. Ponerse ese uniforme para circular por Saigón cuando andan buscándole como traillas de alanos...

Su inglés era impecable. Mientras estrechaba la diestra del señor Isaka, Duke Dart le contestó pausado:

—*Audaces fortuna juvat*, amigo Saburo. Un viejo y verídico axioma que casi nunca falla. Así que ya conoce mi pequeña odisea...

—Me preguntaba cuándo iba a venir a contarme los detalles. Ha dado esquinazo muy hábilmente a sus perseguidores, pero para usted Saigón es en estos momentos el peor de los lugares del mundo. Aunque supongo que no lo ignora y no le importa demasiado.

Escuchó atentamente la información que Duke le dio de lo ocurrido desde su llegada al Folies la noche anterior, mientras fumaba despacio un excelente cigarro importado. Hubo un tiempo en que el señor Saburo Isaka llevó con legítimo orgullo el uniforme del ejército nipón. Educado en Europa, brillante oficial, antianglosajón y nacionalista, el señor Isaka hizo toda la campaña de Filipinas, luego la de Birmania, distinguiéndose en muchas ocasiones. Al terminar la guerra los norteamericanos lo metieron en una cárcel y lo tuvieron unos meses encerrado en vejatorias condiciones. Cuando lo soltaron volvió a la vida civil. Al poco tiempo era uno de los

hombres clave en una importante industria, pero los yanquis le pusieron el veto y no pudo ascender adonde por méritos debía llegar. Entonces se despidió y fundó su propia empresa. Ahora tenía una central en Osaka, sucursales en doce importantes ciudades niponas y en veinte países. La de Saigón le costó establecerla, pero lo había conseguido. Los yanquis hacía tiempo que decidieron olvidarse diplomáticamente de los por ellos considerados criminales de guerra, máxime cuando tales criminales se habían convertido en importantes hombres de negocios, con sólidas conexiones en el Gobierno y las fuerzas armadas de su país y de los propios USA. *Business are Business...*

Pero el otro brillante oficial y ahora influyente hombre de empresa guardaba, muy en lo profundo de su corazón, un rencor indomable hacia los yanquis, por otra parte bien justificado; eso sí, lo guardaba muy cuidadosamente y pocos eran quienes lo sabían, uno de ellos Duke Dart. Tampoco muchos estaban enterados de que actuaba en cierto modo como «proveedor técnico» del Servicio Secreto nipón, agente de enlace oficioso e ilegal entre los altos intereses de su patria y la China Roja, el Vietnam rojo, la Corea roja...

Duke Dart había conocido su presencia en Saigón por su amigo Nguyen Khang. Existía una «mafia» de individuos a quienes por unas u otras razones reventaba el imperialismo político-industrial yanqui, su colosal hipocresía y su inveterada afición a incrustar sus modos de vida y pensamiento a todo tipo de gentes que cayeran bajo su férula, aunque los tales sentaran a la idiosincrasia de los presuntos catecúmenos como un chaqué de ceremonia a un cazador de cabezas dayako. Aquella especie de masonería antiyanqui había ido cohesionándose a lo largo de un cuarto de siglo y ya era una fuerza con la que los propios yanquis tenían que contar, sus principales miembros eran gente muy fuerte en muchos campos y actividades, últimamente iban dándoles disgustos en cadena a los mandamases del Pentágono, la Casa Blanca y Wall Street. Duke Dart pertenecía a aquella comunidad cripto-antiyanqui desde sus días coreanos.

—Y ésa es la historia. Pensaba visitarle antes, como le indiqué en mi llamada telefónica de ayer, pero no me ha sido posible. De todos modos aquí me tiene.

—Ha hecho bien en venir. Y en cierto sentido es una suerte para

usted mi presencia en Saigón. Como le dije, llegué para realizar una inspección de nuestro negocio, que había flojeado algo en los últimos meses.

—Sao uro, necesito saber cuál es la verdadera situación. Usted la conoce, usted es mi amigo, usted sabe que fío en usted y que puede fiar en mí. Vamos al grano.

El japonés esbozó una sonrisa leve. Sus negros ojos no se apartaban del rostro de Duke. Debía haber mandado de algún modo a un aviso, porque llamaron a otra puerta y, al dar el permiso, entró la espléndida secretaria con una magnífica bandeja de laca sobre la cual venía un primoroso servicio de té. La secretaria era seguida por otra damita no menos bella, moderna y sonriente, que portaba todo lo restante del servicio. Entre ambas aderezaron una mesita baja, luego se retiraron como vinieron. Oriente...

—Tomaremos un poco de té... Hay un viejo proverbio nipón que dice: «El que quiere llegar pronto a la cima del monte debe emprender con parsimonia la ascensión». Es un sabio proverbio, usted lo sabe.

Duke Dart lo sabía.

El té era exquisito, y las pastas, y el licor de arroz perfumado con pétalos de flores en maceración. Ellos eran hombres importantes tratando de un asunto importante.

—Duke, usted fue elegido por Flint Felton III para que le sirviera de batidor en una caza que mucho le importa llevar a buen fin. ¿Le dijo él por qué lo eligió?

—Lo que me dijo me sonó a falso. Todo lo que me dijo.

—Y probablemente lo era. Alguien le sugirió el nombre de usted, que no conocía, haciéndole creer que usted, por dinero, era capaz de cualquier cosa. Los informes que obtuvo le confirmaron tal indicación.

—O sea, que he estado siendo teledirigido. ¿Maquinaria nipona?

—No. Esto viene de lejos. Usted ya conoce a la princesa Dolgórov, sé que anoche estuvo conversando con ella por su iniciativa, puesto que su hombre de confianza, Igor Daskoi, lo invitó a visitarla cuando escapaba a toda prisa del Folies. No me lo ha dicho...

—Lamento mi estúpido error. Pero normalmente no menciono mis entrevistas con mujeres, compéndalo.

—Ésa no fue una entrevista galante. Ella lo ha contratado para que

le lleve a Felton.

Duke hizo una leve mueca. Y dijo, suave:

—¿Cómo diablos se ha enterado? No me diga que la bellísima princesa trabaja para el Servicio Secreto nipón.

—No. Pero sí tiene acciones de la Naichi. Más concretamente, nosotros financiamos su empresa.

La cosa se iba enredando que daba gusto... Duke se comió un pastelillo masticándolo despacio y luego tomó un sorbo de té. Isaka añadió, en el mismo tono impersonal, suave:

—Ella le contó su versión de la historia...

—¿Quiere decir que me mintió?

—No exactamente. Es una mujer singular, en todos los sentidos. Yo la admiro mucho, pero a veces me da un poco de miedo. Me fascina, doy gracias a que continúo razonablemente enamorado de mi esposa y a mis cincuenta años cumplidos, pero usted ya la conoce, huelga lo que le diga.

—Siga hablándome de ella.

—También lo afectó su seducción... No me sorprende. Y debo decir que a ella le ha causado un profundo efecto con sola su entrevista de anoche. Más del que gusta de admitir.

Era toda una noticia, que hizo bullir la sangre a Duke Dart. Procuró no demostrarlo demasiado.

—Tampoco me sorprende, usted es ese tipo de hombre que atrae con fuerza a casi todas las mujeres, en especial a las muy femeninas y apasionadas. Elia lo es en extremo, pero también fría y cerebral cuando lo desea, o necesita. Una mezcla muy explosiva y difícilísima de manejar...

Isaka bebió un poco de licor de arroz y siguió.

Adoraba a su padre, lo veneraba, sentíase orgullosa de ser su hija. Tenía dieciocho años cuando lo asesinaron, enlodando su reputación y haciéndole pasar por un suicida cobarde. Usted sabe que hay dos clases de suicidas. El general príncipe Dolgórov debió de ser un hombre de gran valía, por todo lo que de él conozco, así que comprendo los sentimientos de su hija...

»Hace un tiempo, en ocasión de uno de mis viajes a Europa, ella me visitó en París. A decir verdad, nos conocimos en casa de unos amigos comunes, que por lo visto le habían contado sobre mis verdaderos sentimientos hacia los norteamericanos. El caso es que

me solicitó una entrevista privada y, como comprenderá, no se la negué. En el curso de la misma me contó su historia, me habló de su padre... Llevaba años planeando su venganza, más para ejecutarla necesitaba un dinero del que no disponía. Me ofreció un negocio descabellado, pero fascinante.

—Participación en lo que le quitara a ella a Flin Felton III, a cambio de que usted financiara su aventura.

—Exacto. Acepté, entre otras razones porque conozco personalmente a Flint Felton. Él lo debe ignorar, pero yo sé que fue uno de los que presionaron a su Gobierno de entonces para que el me forzara a abandonar la gerencia de las empresas Hogale, basándose en que yo era un antiguo criminal de guerra, pero de hecho porque temían nuestra competencia en los mercados de su propio país y el resto del mundo. Más tarde, el grupo Felton-Bulwark sostuvo una feroz pugna para cerrarme el camino en Sudamérica. Naturalmente, eso lo sabía ya la princesa Dolgórova, fue sobre seguro.

—¿Quién me eligió para este juego, Saburo?

—El tío de ella, el príncipe Yeretskov. Aseguró que usted era el más indicado para el trabajo. Cuando ella, a quien su tío ya le había hablado de usted, me dio su nombre, estuve de acuerdo.

Así que el maldito condenado pillastre...

—Era preciso que usted nada supiera de momento, dejarle actuar a su aire, en eso coincidimos Yeretskov y yo. Se le pasó a Felton a su debido tiempo el informe adecuado y picó la camada. Usted, como nada sabía, actuó como esperábamos. Y ahora Felton está en camino hacia aquí, llegará mañana, para dirigir no sólo la captura de Nadja Dolgórova, cuya conexión conmigo ignora, sino la caza de usted, convencido de que es un simple pillo sin escrúpulos y que lo ha traicionado tras coger su dinero. Se le ha hecho creer así.

—Magnífico. ¿Puedo saber por qué todo esto?

—Nadja Dolgórova quiere aniquilar a Felton. No físicamente, sino de un modo más completo y efectivo. Él tiene que admitir de modo inequívoco que en

194 547

planeó, organizó y realizó el robo de infinitas obras de arte valiosas, incluso de primera categoría, de las previamente robadas por los nazis en todos los países ocupados y después ocultadas en

numerosos lugares secretos. El volumen de tales operaciones fue calculado, a «grosso modo», cuando hace años se realizó la investigación, por cierto rápidamente neutralizada merced a fuertes presiones, en más de cien millones de dólares, de los cuales Felton, que entonces sólo era el hijo de un importante agente de bolsa casado con la hermana de un senador republicano, debió embolsarse alrededor de una veintena. Las investigaciones de Nadja, y los documentos que ha conseguido sustraer de los lugares secretos donde Felton los conservaba como armas de presión contra algunos muy importantes personajes, parecen indicar que se obtuvieron cerca de doscientos millones de ese saqueo criminal de obras de arte, de las cuales sólo una pequeña parte fueron recuperados más tarde por sus propietarios legítimos o en su defecto por los países de donde en principio fueron «requisados». En el negocio se enriquecieron una serie de individuos, algunos de los cuales son hoy gente influyente y poderosa, pero además un montón, de compradores de mala fe, ricos e influyentes, quedaron comprometidos por sus adquisiciones clandestinas. Todos ellos, naturalmente, formaron una red muy sólida de complicidades para impedir que el tinglado saliera al descubierto, lo consiguieron cuando se descubrió el *affaire*. Y cuando alguien se volvió peligroso, por lo que podía contar o probar, como en el caso del general príncipe Dolgórov, lo eliminaron sin escrúpulos. Felton dio la orden y pagó a los asesinos.

—Ya. Continúe.

—Una vez todo listo, el plan se ejecutó sin un fallo. Nadja apareció en los Estados Unidos bajo el nombre de Vera Vermont, que tomó precisamente de esa artista asesinada anoche, al saber de ella durante una gira por Europa. Provista de una documentación a prueba de inspecciones, le resultó fácil hacerse la encontradiza con Felton en un lugar y en una forma que no le hicieran sospechar. Felton es enamorado, está muy pagado de sus éxitos presuntos como Don Juan, también es retorcido, receloso y fatuo, como usted sabe. Y ha conocido a Nadja. No le costó nada volverlo loco, llevarlo de cabeza, cegarlo de pasión. Felton no logró sus favores, eso lo colocó en el paroxismo erótico. De ahí a lograr de él una serie de concesiones, de confidencias, había un paso. Mientras, Nadja «trabajó» al hombre de confianza de Felton, Matt Mallowan,

mientras nosotros acopiábamos pruebas de una serie de milagros y milagritos suyos que podían costarle muy caros si los llegaban a conocer Felton y las autoridades norteamericanas. A su debido tiempo Nadja lo puso entre la espada y la pared. Tampoco resultó difícil convencerlo para que cambiase de bando, riesgos por riesgos Nadja le ofrecía la última pasión... Le entregó las claves de los depósitos secretos de Felton y una serie de documentos muy comprometedores contra su patrón. Nadja me hizo llegar las primeras, mis agentes «limpiaron» todos los escondrijos de Felton el mismo día y a la misma hora en que ella y Mallowan escapaban a bordo de un avión preparado para sacarlos de Estados Unidos. Y cuando Felton descubrió lo que ocurría sólo pudo desesperarse y maldecir...

CAPÍTULO X

Ahora Duke Dart ya tenía encajadas las piezas del *puzle*, al menos eso parecía. Saburo Isaka no necesitaba mentirle, se conocía de antiguo.

—Contarle todo desde el principio, Duke, habría sido razonable, pero usted no es un hombre razonable, en eso coincidimos el príncipe Yeretskov y yo. A usted le agrada ir contra la corriente, descifrar enigmas, hacer lo inesperado. Así que decidimos dejarle la iniciativa hasta ver el cariz que tomaba su actuación. Debo decir que no se ha desviado gran cosa de lo calculado.

Y porque aquel endemoniado nipón, más el otro endemoniado ruso, le conocían bien, ahora no podía enfadarse demasiado con ellos, puesto que le proporcionaron no sólo una estupenda diversión, el placer de hacerle la pascua a Flint Felton III, el de ajustarle las cuentas a George Naxos, la seguridad de embolsarse ciento veinticinco mil dólares limpios cuando la fiesta terminara..., y conocer a Nadja, princesa Dolgórova. Lo último era lo principal, aunque maldito si le gustaba tener que admitirlo.

El y Saburo Isaka salieron juntos de las oficinas de la Naichi con la escolta del nipón a discreta distancia, juntos subieron a su magnífico automóvil negro y juntos recorrieron unas cuantas calles. En un momento determinado, y aprovechando un semáforo en rojo, Duke Dart abandonó aquel vehículo y se escabulló entre la multitud.

Un poco más allá había parado un *jeep* militar, con un cabo y un soldado USA matando el tiempo al modo clásico. Ambos soldados, cambiaron velozmente de actitud al ponerseles delante aquel impresionante coronel.

—Veo que están holgazaneando, soldados. Bien, les daré un poco de trabajo. Necesito trasladarme al Cuartel General, ustedes me van a llevar.

Incluso en el ejército USA un cabo no puede plantarle cara a un coronel negándose a cumplir sus deseos con alegatos no muy llenos de base. Poco después, Duke Dart iba rígidamente sentado en la

trasera del *jeep* por el bulevar Le Loi, hacia el Cuartel General de las fuerzas de ayuda amistosa. Ni el cabo ni el soldado, en el asiento delantero, ni nadie de quienes veíanles pasar, abrigaban la menor duda sobre su personalidad.

Tampoco pareció abrirlas nadie en el Cuartel General. Los doscientos mil y pico burócratas de uniforme que andaban por allí ayudando a ganarles la guerra a los *viets* vieron a un impresionante coronel con cara de partírsela al primero que lo mirara torcido y evitaron darle motivos para que se metiera con ellos. Sabían por experiencia que tipos así eran de lo más peligrosos y solían sentir un sádico placer en reclutar soldados de oficina y emboscados de todo tipo para llevarlos a conocer a fondo las malditas selvas vietnamitas, cosa a la que todos ellos temían y odiaban por igual. Si uno sabía organizarse, aquella guerra era pistonuda, pero si tenía la mala pata de tropezarse con un hueso, uno iba frito...

En una de las oficinas del tercer piso, Duke encontró a un mayor muy petulante y seguro de sí mismo, con una estupenda secretaria nativa a la que no estaba precisamente haciéndole redactar informes oficiales. Mientras ella procuraba bajarse la minifalda a toda prisa con una mano y con la otra devolver sus muy bonitos senos al amparo de la liviana blusa, el mayor trató de mantener el tipo farfullando algo sobre el deber de llamar a las puertas... Le cayó encima una tronada que lo dejó temblando, y sólo era el comienzo de la fiesta. Duke Dart hizo salir a la preciosa secretaria y sin más preámbulos atrapó al irritado, desconcertado e inquieto mayor por la guerrera con una mano mientras con la otra sacaba algo que le plantó ante las narices.

—No sólo es usted un sucio tenorio de vía estrecha, sino un asqueroso ladrón, un pillo barato y un hijo de cincuenta perras. Antes de que abra la boca y se gane una parte de lo que merece, échele a esto una ojeada.

El mayor obedeció y se puso pálido. Porque aquello que le estaba enseñando Duke Dart era para él algo así como las palabras de fuego que vio el rey Baltasar en su festín.

Ocurría que el mayor aumentaba sustanciosamente sus ingresos legales mediante el trasiego de parte de lo guardado en los depósitos de la Intendencia a determinados almacenes privadísimos desde donde, a su vez, pasaban a oíros negociantes que con todo

ello contribuían a aumentar el nivel de vida del pueblo vietnamita, naturalmente a cambio de la debida remuneración. En su descargo podía decirse que como él hacían muchos otros, pues oficialmente la CIA calculaba en un diez por ciento de los suministros del ejército expedicionario lo que se «filtraba» por diez mil y una grieta; periodistas yanquis malintencionados y comunistoides afirmaban en sus periódicos y en la televisión que era al menos el doble. Casi a diario era atrapado algún uniformado saqueador de depósitos militares, desde oficiales a soldados rasos, pero no había modo de cortar la sangría. Simplemente, *business are business* y ya se sabe lo que eso significa para un yanqui. La guerra era la guerra, aquel podrido país una podrida basura y uno no había venido aquí por su gusto, sino a la fuerza, lo menos que podía hacer era buscarle el beneficio. Además, se daban tantísimas facilidades...

Duke Dart acababa de obtener aquel papelito de manos de Isaka, así como una sustanciosa información acerca de aquel mayor tan aficionado a las chicas hermosas. No le dio tiempo ni a respirar.

—Te huele el pescuezo a pólvora, amiguito. No, no hablo del consejo de guerra, eso es una filfa. Llevas cuatro meses estafando y traicionando a quienes te han dado la oportunidad de llevar la vida que no te mereces y debes saber cómo se paga eso, ¿verdad, preciosidad?

El mayor sabía que otros más fuertes y poderosos que él andaba pescando en el revuelto río vietnamés. Y que muy a menudo, en efecto, jefes y oficiales aparecían perfectamente muertos en cualquier infecto agujero de Saigón. Se achacaba la cosa a los *viets* y asunto concluido, pero...

Se llegó muy aprisa a un acuerdo.

—Te vienes conmigo ahora mismo, en tu coche oficial y con cuatro hombres de tu confianza, quiero decir que no van a abrir la boca para contar lo que no deben, pero apretarán el gatillo en cuanto se les ordene, sin hacer preguntas ni objeciones. Te doy diez minutos para reunirlos.

El mayor mostró una celeridad digna de encomio. Aquel coronel le había metido el resuello en el cuerpo y lo único que quería era salir con bien del aprieto en que estaba metido.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Cuanto menos sepas menos riesgos habrá de que te enredas con

tus propios errores. Hay un tipo en alguna parte que debe morir de modo fulminante e inmediato. Cuando él muera, tú podrás dormir tranquilo, siempre y cuando no vuelvas a las andadas. Pero si mi nombre aparece mezclado en este asunto, el pedazo mayor que van a encontrar de ti podrá ponérselo tu guapa secretaria dentro de esa costosa sortija que luce, como dije y recuerdo, ¿entendido?

Diez minutos más tarde abandonaba el Cuartel General en compañía del muy inquieto y nervioso mayor y se encontraba en el exterior con cuatro ejemplares del ejército expedicionario difíciles de mejorar. Tres blancos y un negro, como ahora está de moda. Todos cuatro miraron a Duke Dart de modo significativo, pero él les hizo tragar saliva.

—¿Trajeron lo ordenado?

Un musculoso sargento con cara de bestia le dijo que sí. Tenían un automóvil militar, y un *jeep*, esperándoles. El primer vehículo era el utilizado oficialmente por el muy atribulado mayor.

Duke Dart se los llevó a prudente distancia, luego ordenó detenerse y reunió al inquieto grupo en la acera. Fue tan contundente como un látigo.

—Todos vosotros sois un puñado de hijos de perra dignos del pelotón de fusilamiento, pero vais a tener la oportunidad de resolver vuestro problema sin terminar en Ah Lau y en una compañía disciplinaria. Ahora os pondréis los brazaletes y los cascos de la MP, los arneses y cogeréis las armas, asegurándoos de que están bien cargadas y en buen funcionamiento. Después vamos a ir todos a un determinado lugar donde unos hombres se meterán en una bonita trampa. Esos hombres son tan peligrosos como tigres y cada uno de ellos vale por todos vosotros con un arma en la mano, su jefe por veinte de vosotros; pero son civiles y no esperarán de ningún modo vérselas con una patrulla militar, de modo que ahí tenéis vuestra ventaja. A mi orden, los vais a acribillar antes de que puedan sacar sus pistolas y enviaros al infierno. Terminada la tarea, os esfumaréis, ocultaréis todo el material utilizado y volveréis a vuestras ocupaciones habituales, volviéndoos mudos como tumbas. Sólo os haré a todos un último aviso: Un fallo, por pequeño que sea, y moriréis como perros. La más leve flojera de lengua en adelante, y ni el demonio padre os salvará. ¿Entendido?

Claro que lo entendieron. Se les notaba en las caras. Cada uno de

aquellos bigardos debía tener sobre la conciencia la suficiente carga de granujadas como para hacerle hacer horas extraordinarias a un confesor, en el absurdo supuesto de que las hubieran querido confesar. Y al igual que el mayor, estaban convencidísimos de vérselas con un tipo demasiado duro para ellos, además de ser un coronel. Habían sido descubiertas sus fechorías, estaban en las manos de quienes podían pulverizarlos de un papirotazo y se les daba opción a demostrar lo buenos chicos, lo recuperables, que eran encargándoles una fea operación de limpieza tal vez contra agentes secretos comunistas, tal vez —lo más probable— contra hampones que estorbaban. Una vez realizado el trabajito, todos ellos iban a estar tan bien ensillados y embriados que en adelante se guardarían muy mucho de meterse en iniciativas.

Duke Dart conocía a la perfección la psicología de aquellos soldados de retaguardia, ladrones de pertrechos militares, frecuentadores de garitos y prostíbulos, viciosos, desmoralizados y cobardes. Cuando Isaka le facilitó los medios para acogotar al mayor donjuanesco hizo unas preguntas, Isaka las transmitió por un teléfono en nipón y las respuestas llegaron enseguida; como suponía el mayor disponía de un «comando» especializado...

Ahora aquél «comando» iba a servirle a él para una de sus audacísimas y contundentes jugadas de ataque. A aquellas horas, Georges Naxos, el frío y despiadado ex agente secreto griego, después «lanza libre», asesino cuyas hazañas, de uniforme o sin él, habían hecho temblar a gentes en los cuatro rincones del planeta y que ahora se encontraba en Saigón al servicio de Flint Felton III, esperando su oportunidad para, cazar a Duke Dart, habría recibido un «soplo» de lo mejorcito y podría contrastarlo. Si él conocía a Naxos, en cuanto tuviese la certeza razonable de que el «soplo» era bueno se apresuraría a ir a determinado lugar en compañía de algunos sicarios... Había que admitir que Saburo Isaka trabajaba muy bien, con esa milimétrica perfección a que nos tiene habituados la competitiva industria nipona.

Ésta era una simple partida de ajedrez y él, en ella, el caballo. Naxos podía ser otro caballo, o tal vez sólo un alfil. Duke Dart ya conocía a la reina propia, también al rey. Y al rey enemigo. Al parecer, sólo había una reina en aquel tablero...

Al lento y bello atardecer, las calles saigonesas hierven, de

costumbre, como todas las de las ciudades orientales. Pero Saigón, ahora, era distinta a todas...

Duke Dart hizo detener el coche del mayor en la orilla de una acera muy repleta y transitada, a corta distancia del comienzo de una callejuela. Al *jeep* lo envió al lado opuesto de la bocacalle. Ahora los cuatro bigardos del mayor lucían sendos cascos y brazaletes de la MP, el cabo y dos de ellos se apearon, armados con pistolas livianas y metralletas. Era tan normal ver a los MP por todas partes que nadie se fijó en ellos, al menos no lo pareció. Pero Duke Dart sabía que muchos les miraban. Sin duda habría cerca ahora mismo una o dos docenas de *viets* preguntándose qué hacían ellos allí y si merecía la pena de echarles un par de granadas de mano. Mientras no decidieran que sí...

CAPÍTULO XI

Apenas diez minutos después de su llegada, un automóvil grande, que venía despacio, apareció en la calle y fue a estacionarse cerca del *jeep*, militar. Instantáneamente, Duke Dart se alertó.

De aquel vehículo salieron cuatro hombres. Dos eran indudablemente vietnameses, pero los dos restantes blancos. Miraron a los falsos MP con cierta desconfianza, luego el más bajo de los blancos dijo algo y todos cuatro avanzaron hacia el callejón, entrando en él.

Duke Dart estaba sintiendo ahora una cierta exultancia de cazador.

—Ahí les tenemos —dijo al mayor, mientras sacaba su magnífica pistola de reglamento, regalo de Suzy Orsay, y comprobaba que seguía en perfecto uso. El mayor tragó saliva con esfuerzo. Estaba pálido.

—¿Tengo... tengo que ir yo...?

—A mi lado y con la pistola preparada. Afuera.

Salieron a la acera y avanzaron, separando mendigos y transeúntes, hacia la esquina del callejón. Los falsos MP les habían visto ya, el que se encontraba al volante del *jeep* salió también, con su correspondiente metralleta...

Todos se reunieron a la entrada. Los cinco soldaditos de retaguardia estaban de lo más nerviosos, Duke se dijo que permanecería a sus espaldas, eran capaces de herirse unos a otros.

—Tenéis las instrucciones. Adelante y mucho ojo.

Aquella era una de tantas calles saigonesas. Sólo que quizá un poco más sucia y sórdida. Su anchura, no mayor de cinco metros, apenas si permitía pasar vehículos de cierto tonelaje. Estaba tan abundosa de gentes como la que ellos acababan de abandonar.

Duke Dart sabía que en aquellos momentos Naxos y sus asesinos se encontraban en el interior de una abacería situada en los bajos de la tercera casa a la izquierda, buscándole a él en el fumadero de opio de la trastienda, donde cierto marinero holandés iba a darles un chasco cuando Naxos le viera bien la cara. Saldría furioso por la falsa alarma...

Como imaginó, uno de los sicarios vietnameses se encontraba en la tienda, manteniendo manos arriba al propietario y su joven ayudante. Al oír entrar a los soldados se volvió veloz, vio los cascos blancos y las metralletas, hizo una mueca muy expresiva, soltó la pistola y alzó él mismo las manos, cloqueando en mal inglés que se rendía.

Duke hizo que lo colocaran cara a los estantes, y con un gesto de cabeza les indicó la puerta al abacero y su ayudante, que salieron veloces, silenciosos. Siempre con gestos, colocó a sus hombres en semicírculo ante la entrada al interior de la tienda y al nerviosísimo mayor en el centro. Él se puso a un lado, pistola en mano. Quería un efecto dramático para la última escena de la azarosa vida del aventurero griego Georges Naxos.

En la tienda había dos bombillas asmáticas y cubiertas de polvo, de la calle apenas si entraba ya luz. Pasaron dos minutos, que al mayor y sus compinches debieron parecerles larguísimos.

Luego salió Naxos, seguido por sus sicarios.

Todos tres empuñaban excelentes automáticas provistas de sendos silenciadores, armas de profesionales, y venían claramente contrariados. George Naxos incluso tenía facciones agradables, muy morenas, el cabello oscuro, un negro bigote rectilíneo sobre la boca brutal, voraz, dos ojos como puntas de daga de obsidiana.

Se detuvo en seco al descubrir a los MP y el nerviosismo comandante, desde el fondo Duke vio su momentáneo desconcierto. También los sicarios, un tipo rubio, decididamente yanqui, fornido, aún joven, y un vietnamés con cara de rata, vacilaron. No esperaban aquello, no apretaron los gatillos.

—¡Tiren las pistolas! —aulló el mayor, nerviosísimo—. ¡Vamos, rápido!

Naxos vaciló. Se veía que nada le gustaba aquello. Pero tenía delante a un oficial y cuatro MP con metralletas apuntándoles, disparar habría sido mortalmente estúpido... Abrió la mano y dejó caer el arma. Aún no había visto a Duke, casi oculto tras un montón de mercaderías a su izquierda. Los otros le imitaron.

Entonces Duke salió a plena luz, hablándole suave:

—Hola, Naxos.

Entonces el griego supo cuál era la verdad. Giró como picado por un escorpión, mientras se le dilataba la mirada y se le crispaban las

facciones.

—¡Tú...!

—Sí. ¡Fuego!

Era un milagro que los soldados de retaguardia no hubieran disparado aún, pero lo hicieron ahora sin vacilar. Ellos, después de todo, cumplían órdenes, en el peor de los casos.

George Naxos y sus sicarios recibieron las ráfagas de proyectiles casi a bocajarro, fueron prácticamente cortados, segados, por ellos, empujados en confuso montón contra la puerta y las estanterías, cayeron al suelo ensangrentados y los ahora alucinados soldados aún siguieron disparándoles. El mayor estaba tan blanco como papel y temblaba como un azogado.

—¡Basta! —aulló Duke Dart. Y le obedecieron en el acto—. ¡Afuera, rápidos!

Aún le obedecieron más aprisa, apretujándose para salir a la calle, que se había vaciado de gentes con una velocidad no menos pasmosa al sonar allí dentro la zarabanda de disparos.

Duke se demoró adrede, echó una última mirada al sangriento montón de carne y salió tranquilo, frío, al callejón, viendo cómo los otros perdían el culo corriendo hacia la cercana esquina sin pararse a mirar a sus espaldas. Con fría sonrisa, movió sus largas piernas en dirección opuesta, alcanzó el recodo de la calleja y los perdió de vista.

Entonces se guardó la pistola. La calleja formaba casi una S y luego salía a otra calle más importante. Ahora sólo unos pocos mendigos, falsos no verdaderas, estaban a la vista, pero en todos los agujeros de los edificios oídos inquietos o curiosos mirábanle pasar veloz, empuñando su automática. Sin duda, los propietarios de aquellos ojos opinaban que los *viets* acababan de hacer de las suyas y aquel alto coronel yanqui corría por su vida. Era bueno concederles cierto regocijo, pobres gentes...

El mayor y sus pillos ya debían estar poniendo pies en polvorosa. Probablemente el mayor comenzaba a preguntarse dónde se habría metido él, pero de todos modos no iba a demorarse allí esperándolo, a riesgo de que lo atrapara la verdadera MP y lo pusieran en un buen aprieto. Huiría, estaba muy asustado, para cuando comenzara a tranquilizarse y reflexionar lo único que podría hacer sería coserse la boca. Cuando descubriera que ningún coronel de su traza andaba

por Saigón, comenzaría a comprender, pero creería que simplemente alguien lo metió en una endemoniada trampa para en adelante tenerlo bien atrapado. Cuanto a los cuatro ejecutores de aquel mini San Valentín, una vez se les pasara el susto de lo hecho iban a maldecir mucho, pero se volverían como tumbas. Y el asunto traería de cabeza a bastante gente hasta que se identificara a Naxos. Entonces ya estaría terminada la partida.

Salió sin novedad a la otra calle, pero antes se guardó la pistola. Con paso elástico, pero normal, avanzó cosa de cincuenta metros, luego abrió la portezuela de un automóvil bastante discreto que allí se encontraba estacionado, pero ya con el motor en marcha, y sonrió a su bella conductora:

—A casa, Suzy. Tengo que quitarme aprisa este disfraz.

Era ya noche cerrada cuando volvió a la calle. Noche cerrada y tranquila, con la maldita lluvia volviendo a machacar la ciudad, una bendición para quien, como él, no tenía ningún interés en ser reconocido.

Ahora vestía un traje claro, como los habitualmente utilizados por los europeos afincados en Saigón, tocándose con un sombrero de ala ancha, también blanco, pero de una paja especialmente tratada. Naturalmente, se cubría con un impermeable.

Acababa de abonarle a Suzy sus servicios al grato modo entre ambos, convenido y sentíase reconfortado por la excelente cena que ella le sirvió, regada con no menos excelente vino francés. A decir verdad, sentíase a gusto y no le remordía nada la conciencia por haber enviado al infierno a George Naxos y otros tres asesinos. En la guerra, como en la guerra...

Y él iba a seguir haciendo jugadas de las suyas. Suzy le demostró que no fanfarroneaba al decirle que tenía muchos y muy buenos amigos en Saigón, también los medios de averiguar lo que le interesase. Le había proporcionado una valiosa información que cambiaba un tanto la posición de las piezas del *puzle*...

Encontrar un taxi vacío en Saigón, de noche, con lluvia y todo lo demás, eso no lo consiguen sino los elegidos, de los dioses. Probablemente él era uno, puesto que llegó justo a tiempo de ganarles la mano a otros ocho clientes cuando uno de tales taxis se detuvo casi ante sus narices, dejando salir al inevitable soldado amigo —en aquel caso un teniente— en compañía de la inevitable

muchacha en flor, ambos camino del inevitable lecho. Cuando paseó la mirada en redondo y flexionó un poco los músculos, los demás candidatos al taxi prefirieron cedérselo...

—Al Neoyorkian.

Allá donde ponen la planta, los yanquis procuran trasplantar un injerto del *american way of Ufe*, es bien sabido. El Neoyorkian era una de esas muestras. Veinte pisos de cemento, acero y cristal en forma exactamente cúbica y tan falta de imaginación como un tendero, exactamente idéntico a otros seis millones quinientos ochenta y cuatro mil noventa y cuatro edificios modernos inspirados en Manhattan y alzados para horror de todos los amantes de la estética al voleo por todas las geografías. Por dentro, exactamente todo aquello que el yanqui medio considera cifra y compendio del *american way of life*, incluidos camareros, camareras, limpiabotas y demás, denigrantes servicios efectuados por los indígenas del país. Allí los precios eran para americanos, pero abundaban los indígenas, todos ellos altos oficiales de las Fuerzas Armadas o altos funcionarios de la Administración, también grandes negociantes. Casi cada hombre llevaba al lado una linda muchacha vietnamesa, pero en cambio no se veían esas caballunas mujeres de edad mediana o más que mediana tan habituales en hoteles idénticos en cualquier otro país. Ventajas de la guerra, que convertían a Saigón en paraíso para hombres bien provistos de dólares.

Nadie le preguntó a Duke Dart qué hacía allí. Por su parte, entró como si fuera un antiguo cliente, se fue derecho a los ascensores y subió al piso decimoquinto de un tirón.

El piso decimoquinto era silencioso y lujoso, como que se reservaba para visitantes de fuste. Aparte dos policías del hotel, curiosamente uniformados, en los pasillos solía siempre haber unos individuos de paisano que no despintaban. Todos ellos tenían unos modales muy rudos con los desconocidos.

—¿Adónde va usted?

—A ver a Flint Felton III, me está esperando. Soy Matt Mallowan.

Aparte el aplomo de que siempre hacía gala, su estatura, su complexión, su mirada y su acento solían poner respeto incluso a los muy duros hombres de la CIA y los Servicios Secretos yanquis. Le habían mirado de arriba abajo, pero no le hicieron ponerse cara a la

pared para cachearlo. Simplemente le mandaron esperar y uno fue a avisarle a Felton su presencia. Iba a darle una bonita sorpresa... Volvió enseguida, con cara de circunstancias.

—Acompáñeme.

Un tipo que parecía salido de una película de gangsters abrió la puerta, examinó a Duke en atenta ojeada y se mostró desconcertado.

—Usted no es Mallowan...

—Seguro. Pero Felton sabe muy bien quién soy. Apártate.

Por un instante pareció que allí iba a haber gresca. Pero entonces sonó la voz de Flint Felton III desde dentro:

—Déjale pasar.

CAPÍTULO XII

El Felton de Saigón difería de modo perceptible del de Londres. Sin duda producto de los acontecimientos. Estaba más frío, más reconcentrado, menos desdeñoso y prepotente. Y en sus ojos se mezclaban el recelo, el interés, al rencor.

—Confieso que no esperé volver a verle, Dart. Y no sé si es un temerario, un idiota o un granuja desaprensivo que cree tener una baza lo bastante grande en las manos para permitirse el lujo de ser insolente.

—No suelo ser ninguna de las tres cosas, Felton —le contestó despacio Dart—. Simplemente cobré un dinero por hacer un trabajo y procuro ganármelo.

Se achicaron las pupilas de Felton. Incluso pareció encogerse.

—¿Quiere decirme que ha matado a Mallowan?

—Aún no. Pero sí sé dónde está ahora mismo, cómo llegar hasta él y todo lo demás que necesito. También sé con quién está.

Lo último lo dijo de modo incisivo. Flint Felton acusó el golpe.

—¿A qué se refiere?

—A la bellísima y fascinadora mujer que usaba un nombre increíble, que lo volvió a usted loco y después le birló un puñado de millones utilizando a Mallowan como ganzúa. ¿Esperaba que no lo descubriera? Debieron informarle sobre mí en una agencia de detectives baratos de Nueva York.

Felton parecía estar recibiendo bofetadas, pero se dominaba. Duke Dart creía saber por qué.

—Sí, es posible que me informaran mal sobre usted... ¿Qué más sabe?

—Lo suficiente para elevar mi precio. Un cuarto de millón.

—¡Está usted loco! Por ese dinero puedo...

—Sé lo que puede y lo que no puede. No se haga ilusiones, Felton. No vine a ponerme en sus manos haciéndome cuentas de lechera. ¿Tratamos el negocio a mi manera o damos por terminada nuestra relación?

Su desdén, y dureza parecieron mellar el ánimo del potentado. Sin

duda estaba tragando mucha quina, pero sin duda, también, ya conocía lo sucedido a su perro de presa griego horas antes y no se sentía nada seguro, ni siquiera aquí, en su bien guardado refugio rodeado de «gorilas». Fue a beber un trago demasiado largo, encendió un cigarro con chupadas demasiado rápidas... Finalmente, sin apenas mirarlo, invitó:

—Siéntese.

El permaneció de pie. Era pueril.

—De modo que quiere un cuarto de millón por matar a Mallowan...

—Y por decirle a usted dónde se encuentra ahora la princesa Dolgórova. Es un precio muy ajustado, Felton, usted lo sabe.

—¿Y qué es lo que sabe usted?

—Podemos hablar de cierto contrabando de obras de arte requisadas y ocultadas por los nazis durante la guerra, entre las que había Rembrandts, Goyas, Picassos, Velázquez y otras firmas así. Unos doscientos millones de dólares en pinturas, esculturas, orfebrería, porcelanas y menudencias por el estilo que de la vieja y destrozada Europa pasaron a manos de numerosos coleccionistas yanquis adinerados y nada escrupulosos. Un sistema muy antiguo de apropiarse cultura quien no la posee, desde los romanos hasta lord Elgin estuvo muy en boga y tenía buena Prensa. Pero hoy día ya no ocurre así, como usted sabe.

Felton rumió sus palabras. Ahora no se podía leer nada en sus ojos.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Bastante, según mis informes. Usted organizó el negocio y con él cimentó su fortuna. Hay quien dice que ganó una veintena de millones limpios, otros que algo menos. Hoy día su fortuna personal se calcula en unos cien millones y controla empresas que en Wall Street valen mil millones. Pero si llega a descubrirse su negocio de entonces iba a sufrir muchos quebrantos, imagino. Un miserable cuarto de millón no es nada, comparado con eso.

—¿Y quién me garantiza su silencio, si acepto el trato?

—Mi palabra de honor. Y mi historial. Ambos son mucho más limpios que los suyos, Felton, y ya ve, estoy dispuesto a aceptarle la promesa de que una vez terminado nuestro negocio no contratará a un asesino profesional para liquidarme.

Aquello era, más que un insulto, un sangriento sarcasmo. Pero Felton III lo encajó también. Fue a sentarse y se quiso envolver en

humo. Duke Dart se imaginó sentado ante un chagal con ínfulas y fuerza de tigre.

—No suelo cometer dos veces el mismo error. Usted ha matado esta tarde a George Naxos...

—Ni siquiera sabía que estaba en Saigón. ¿De veras ha muerto?

—Déjelo estar. De acuerdo, tendrá ese dinero cuando me haya entregado a Mallowan y a la princesa...

—No. Ya conoce mi sistema.

—¡Escuche...!

—Escuche usted, y con toda calma. La información que tengo me valdrá más de un cuarto de millón si se la vendo a cualquiera de sus mucho y muy importantes enemigos, le consta...

—No viviría para disfrutarlo...

—Probablemente sí, más que usted. Pero, aunque le resulte difícil de creer tengo mi código y a él me atengo. Acepté el trabajo que me ofreció, cobré por él un anticipo y eso me ata. Si acepta mis condiciones, todo irá bien, yo he de cumplir mi parte y se acabó. Si no las acepta, me consideraré desligado, de todo compromiso. Creo que es razonable.

Flint Felton probó de nuevo no tener talla para enfrentársele. Rumió, sin duda, muchas ideas, pero también dejó que se le notara en los ojos. Finalmente cedió.

—De acuerdo. Pero comprenderá que no dispongo aquí de esa suma...

—Un hombre como usted ha de poder reunir un cuarto de millón con tanta facilidad como yo veinte dólares para pagar una deuda de juego. Reúnalos, en la misma forma que los del pago anterior. Vendré a recogerlos mañana a primera hora y luego le indicaré cómo podrá atrapar a esa pareja sin riesgos para usted. También le acompañaré hasta allí y le pegaré dos tiros en su nombre a Mallowan, pero no intervendré entre usted y la princesa Dolgórova. Yo no asesino a mujeres por ningún precio.

—No quiero que muera, la necesito viva.

Lo dijo de un modo que agrió algo en el estómago de Duke Dart. Luego se levantó, como dando por terminada la entrevista. Pero Duke aún tenía algo que decirle.

—Juegue limpio en adelante, Felton. Ganaremos todos.

Sabía muy bien que el multimillonario no iba a hacerlo, pero no

estaba de más darle la impresión de que él le creía capaz de ello. Nadie le molestó a la salida. Los tipos duros lo miraron muy fijo y eso pareció ser todo.

En el mismo vestíbulo, tres de aquellos duros tipos lo abordaron en una maniobra impecable. Duke Dart esbozó apenas una sonrisa. Había contado con tal contingencia, de modo que se quedó muy tranquilo.

Mientras dos se le ponían a los costados, el otro le habló seco, a media voz:

—Sin trucos, Dart. Tenemos que hablarle, síganos.

—Cuando se identifiquen, con mucho gusto.

Debían conocerle, o tener al menos buenos informes de él. El que le hablaba sacó algo del bolsillo, una carterita que Duke Dart había visto ya muchas veces y sabía no era posible falsificar.

—Servicio de Seguridad Militar. Conoce el modelo, ¿verdad?

Un coche discreto aguardaba fuera. Entró entre dos de aquellos gorilas y el otro se sentó delante, con el conductor. Duke Dart inició una conversación, pero fue como si hablara a sordos. Eso sí, estaban muy alerta a toda posible intentona suya.

Lo llevaron a los aledaños del Neoyorkian, al edificio superprotegido que cobijaba los servicios de la CIA y del MSSH, y poco después estaba delante de un viejo conocido. Aldrin Dowland, uno de los más eficaces hombres de la CIA y también uno de los tipos más duros que Duke Dart se había tropezado en toda su carrera.

—Hola, Dart —fue su saludo, tan amistoso como una pedrada en un ojo—. Cayó en nuestras manos, al fin...

—Si me dice de qué se me acusa, sabré por qué he caído en sus manos.

—Entrada ilegal en el país, para comenzar...

Sonriendo, Duke le cortó:

—¿Puedo mostrarle mis documentos? Nunca sería tan estúpido que hiciera algo así en un país como éste, estando ustedes dominándolo.

A todas luces Dowland no esperaba aquello.

—Démelos.

Examinó el pasaporte legítimo de Duke Dart como si buscara en él la clave para ganar la guerra. Pero los cuños oficiales allí estampados, incluso el del día anterior en Than Son Nuth, eran

totalmente legítimos. Nguyen Khang tenía dinero y amigos, medios de moverse muy aprisa. En cuanto al pasaporte, había efectuado un periplo muy cuidadoso, pasando por los equipajes de tres hombres y recibiendo sellos muy legítimos en varios consulados, con fechas cuidadosamente espaciadas que cubrían eficazmente todo el trayecto y todo el tiempo. Eso era algo que ni siquiera la CIA podía contristar.

—Como puede ver, mi visado de entrada en este país ha sido concedido en el consulado de Yokohama, lleva la firma del propio cónsul. Mi contravisa fue asimismo concedida igualmente por la autoridad vietnamesa. Poseo un permiso de estancia valedero para una visita de siete días, a comenzar desde ayer a las siete y media de la tarde.

El hombre del SIM estaba furioso, pero no lo demostró.

—Hemos cometido un error con usted, Dart, lo admito. Otra vez lo menospreciamos.

—Eso sucede con los mejores alguna vez. ¿Me devuelve mi pasaporte y mi permiso de estadía?

—No hay prisa. Antes contestaré a algunas preguntas.

—¿Estoy detenido?

—Sólo para interrogatorio. De él depende. No me pedirá un abogado, y sus derechos...

—Podría hacerlo, y solicitar a mi Embajada. Pero no merece la pena. Creo que esta charla no me impedirá llegar a tiempo de tomar el aperitivo en casa de mi anfitrión, el hombre que me ha invitado a pasar unos días en su casa para examinar juntos los progresos de la democracia en este país y las brillantes victorias del poderoso ejército norteamericano sobre esos despreciables *viets*.

Sabía que eso iba a dolerle a su interlocutor. Le dolió.

—Le gusta jugar con fuego, ¿eh? Pues puede que esta vez se queme. ¿Quién es su amigo?

—Un antiguo general vietnamés, hoy día importante y respetado hombre de negocios, demasiado bien relacionado, demasiado fuerte, para que ustedes vayan a molestarlo sin antes pedir a Whashington vía libre.

—Nguyen Khang... Sí, tiene una fuerte posición y no es amigo nuestro, lo sabemos. De modo que vino a conspirar con él...

—Somos antiguos amigos y nos une cierta comunidad profesional,

también de ideales. Por cierto, esta noche seremos cuatro a la mesa. El señor Saburo Isaka, presidente de la Naich Importing Co. de Osaka, como, sin duda, usted sabe ahora en Saigón inspeccionando su sucursal vietnamesas, y el señor Horst Grüber aún más conocido de ustedes, otro antiguo soldado convertido en potentado del mundo de los negocios. Ya sabe que también ellos pesan lo suyo.

La cara del hombre de la CIA era impenetrable.

—Sé que son tan proamericanos como Khang y usted mismo. ¿A qué ha ido a visitar a Felton?

—Pregúnteselo a él. Tengo entendido que está en muy buenas relaciones con ustedes.

—Se lo pregunto a usted. Baila muy bien en el filo de la navaja, Dart, es un experto; pero no se exceda.

—De acuerdo. Se trata de un gran negocio, de ésos donde bailan muchos millones. Y ya sabe, *business are business*. A mí se me encargó el papel de coordinador, espero obtener una sustanciosa remuneración y, si todo sale a medida de mis esperanzas, tal vez decida dedicarme a los negocios. Se gana mucho más, y con muchos menos riesgos, que como «lanza libre», casi tanto como consiguen determinados tipos aquí, en Saigón, trapicheando al por mayor con suministros militares y cosas por el estilo ante las narices de policías de todo tipo y agentes especiales dedicados a molestar a pacíficos hombres de negocios o turistas de paso.

Sabía que jugaba en las astas del toro y que el toro bufaba de rabia midiendo el punto donde le gustaría cornearlo. Pero ésa era la sal de la vida.

—¿Qué me dice de Vera Vermont?

—¿Vera Vermont? No tengo ni idea de id que me habla. ¿Quién es, alguna de sus espías baratas?

—Déjelo. Tampoco sabe nada de lo ocurrido a George Naxos...

—¿El escorpión griego? ¿Le ha ocurrido algo? Espero que sea realmente malo.

—Ha sido bastante malo. Unos hombres disfrazados de MP, con un par de oficiales, los ametrallaron hace algunas horas en una abacería cerca de la Tuah Thien Road. Un pequeño San Valentín.

—Vaya... Pues no ha sido un mal fin para Naxos.

—Uno de los disfrazados de oficiales llevaba insignias de coronel, era muy alto y fuerte. Le vieron huir, después del crimen, en

dirección opuesta a sus cómplices y entrar en un automóvil que, sin duda, estaba esperándole. Lo conducía una mujer.

—Muy espectacular. ¿A qué hora ocurrió ese incidente?

—Alrededor de las cinco.

—A esa hora me encontraba en el domicilio de mi amigo Khang, en agradable reunión con él, la señorita Suzy Orsay, persona muy conocida en Saigón, y dos personas más, también de intachable prestigio. Puede comprobarlo cuando guste.

—Ya me imagino que habrá cerrado bien sus defensas. Pero esta vez lo vamos a cazar, Dart, se lo juro. Será un placer meterlo entre rejas por veinte años...

—Lamento no poder concedérselo. Me gusta tanto la libertad que, ya ve, siempre he rechazado todas las ofertas de su país para garantizármela. ¿Me da por fin mi pasaporte? Un hombre de negocios y muy pacífico, como lo soy ahora, no puede ir por la calle sin él.

El agente de la CIA vaciló. Estaba rabioso, pero dándose cuenta de haber fallado el golpe. Eso significaba que antes de veinticuatro horas o él, Dulce Dart, había salido del Vietnam, o ellos iban a proporcionarle cobijo en tierra vietnamesa para *in aeternam*.

Pero acabó tendiéndoselo, mirándole a los ojos.

—Tómelo y márchese, Dart. Le deseo mucha suerte en su negocio, de veras.

Ahora ya sabía Duke Dart a qué atenerse. Y no pudo evitar el sentir un leve escalofrío.

CAPÍTULO XIII

Sólo podía hacer una cosa, la que hizo: irse derecho a casa de Nguyen Khang.

Su amigo escuchó atento sus explicaciones, luego esbozó una lenta sonrisa.

—No se preocupe, Dart. Desde que ocurrió lo del Folies estoy preparado para toda contingencia. Acomódese y concédame diez minutos.

Le prepararon un baño perfumado y una linda, pero también experta muchacha vietnamesa le relajó los músculos con un masaje tonificante por demás. Cuando volvió a reunirse con su anfitrión éste le dio noticias:

—Todo resuelto. Saburo Isaka vendrá a cenar dentro de media hora, también el señor Grüber. La CIA y la policía de Thieu mantiene mi teléfono controlado, pero creen que lo ignoro. Les dejo esa creencia, haciéndoles escuchar de vez en cuando conversaciones de las cuales no pueden sacar mucho partido, y para mis contactos especiales utilizo un sistema que por ahora aún no han logrado descubrir. También avisé a la señorita Dorsay. Ésta va a ser a la vez una pugna de fuerzas y una carrera contra reloj, coronel. Y ahora sí se juega la cabeza.

Eso lo sabía Duke Dart como nadie. Únicamente moviéndose como el rayo, haciendo lo más absurdo y, por tanto, inesperado, podría dar jaque mate al equipo que Aldrin Dowland ya habría lanzado sobre su rastro. Y aún así las probabilidades quedarían equilibradas.

—¿Cómo puedo salir de aquí sin que la CIA lo des cubra, para regresar dentro de una hora?

Khang lo miró con fijeza.

—¿Es necesario?

—Absolutamente.

—Sígame.

Todas las ciudades tienen dos tipos de calles, unas por encima y otras por debajo del subsuelo. Las segundas, sólo las conocen los empleados de las empresas de servicios públicos y los hampones. En

Saigón, además, el *viet*, verdadero dueño y señor de las alcantarillas.

—No llegaría lejos yéndose solo. Ni la policía, ni las fuerzas especiales, ni los hombres de la CIA, ni nadie, absolutamente nadie, en Saigón, osaría darse un paseo por el alcantarillado no tratándose de una gran operación de limpieza, de esas que los *viets* conocen antes de que se pongan en marcha...

Pero Nguyen Khang, que era un anticomunista convencido, tenía conexiones con el

Viet-Minh.

Cosas que suelen suceder en toda guerra civil donde mete sus narices un país extranjero y poderoso.

Aquellos tres individuos podrían ser cualquier cosa, desde estudiantes a campesinos, pasando por ladrones o mendigos, pero eran guerrilleros. Vestidos con andrajos, utilizaban un armamento de gran calidad, salido de los depósitos norteamericanos. Metralletas, rifles automáticos, pistolas, granadas de mano..., lo mejorcito. Sus rostros demacrados resultaban tan expresivos como pedruscos, ninguno sobrepasaría los veinticinco años. Eran la pesadilla de los que parecían dominar la ciudad porque pisaban fuerte allí arriba. Escucharon atentamente a Nguyen Khang, luego colocaron a Duke Dart entre ellos y se lo llevaron a sus dominios.

Duke Dart entendía suficiente vietnamés para, con el francés que conocen casi todos los saigoneses mejor o peor, entenderse con aquel inquietante trío. Sólo les dio las gracias por su ayuda y les dijo, concretamente, a dónde quería llegar. Le escucharon silenciosos y atentos, tino se puso en vanguardia, los dos restantes a su espalda, y avanzaron.

Por la vetusta y en parte arruinada red de alcantarillas de Saigón, dominio compartido de las ratas y los *viets*, donde los guerreros de arriba entraban sólo cuando no les quedaba otro remedio y donde jamás habían podido capturar a un solo *viet*; donde muchos, pero muchos, USA *boys* había terminado una noche de orgía y amor con la garganta sajada de un solo tajo y flotando entre inmundicias mientras las voraces y feroces ratas, grandes como gatos, se banquetaban con sus bien nutridos cuerpos.

Fue un viaje en verdad alucinante. La potente linterna eléctrica del que abría marcha y las que empuñaban sus compañeros eran

absolutamente necesarias para mantener a raya a los escuadrones de ratas, que aun así demostraban una insolencia de lo más agresiva. De vez en cuando, inesperadamente, surgían más *viets* en cualquier encrucijada, cambiaban unas rápidas palabras con el guía del grupo, miraban fijo a Duke, luego dejaban paso franco. Duke Dart sabía que aquellos hombres eran los más formidables ingenieros militares del mundo, termitas humanas, capaces de excavar sus refugios en los lugares más inverosímiles en un tiempo asombrosamente corto y camuflarlos de tal forma que sólo por suerte..., o mala suerte, podían ser descubiertos. Entre la red de alcantarillas y galerías de servicio del subsuelo saigones vivían miles de aquellos guerrilleros en refugios increíblemente bien acondicionados, provistos de agua potable y alimentos suficientes, de munición y armamento de primera clase. Centenares, tal vez miles, de galerías y pozos de intercomunicación por los cuales sólo sus delgados y ágiles cuerpos podían escurrirse, indetectables por los mejores y más sofisticados aparatos de búsqueda yanquis, les permitía escabullirse en las mismas narices del enemigo, salir a la superficie cuándo y dónde les daba la gana, contando además con la complicidad, activa o tácita, de la inmensa mayoría de la población, dar sus famosos y efectivos golpes y volver a esconderse en sus nidos de ratas antes de que el enemigo pudiera organizar su contraataque.

Al cabo de un tiempo que le pareció a Duke mucho más largo de lo que había sido realmente, sus acompañantes se detuvieron, al pie de una escalerilla de hierro mohoso y resbaladizo. Habían llegado.

Duke les dio las gracias de nuevo, subió tras el jefe de ellos, que salió de descubierta, y volvió a respirar el aire húmedo de la calle desierta bajo la lluvia. Estaba en pleno barrio residencial, a cosa de una milla en línea recta del domicilio de Nguyen Khang, un lugar donde en los apacibles días de la colonia francesa residían los altos funcionarios coloniales y los potentados de Saigón. Delante de uno de los hermosos edificios que aquellas gentes edificaron para disfrutarlos, cercado, como todos, por una alta tapia.

Una tapia, para unos *viets*, era un juego. Para Duke Dart igual. Tardaron cinco minutos en encontrarse los cuatro dentro del jardín, sin hacer más ruido que lagartijas. Había un bien disimulado alambre conectado, sin duda, a un sistema de alarma, pero se

trataba de un sistema viejo, inutilizarlo fue otra broma.

También había dos perros policías, de una raza tonkinesa muy apreciada. Y también lo sabía Duke Dart, se lo advirtió a los *viets* y éstos resolvieron el asunto sin mayores dificultades. Los perros eran realmente buenos, una lástima darles muerte. Cuando atacaron, silenciosos y mortíferos, fueron puestos fuera de combate porque cada uno de ellos tenía a dos enemigos enfrente y eso no lo pudieron superar.

Con todo, no quedaba vía libre, eso también lo sabía Duke Dart. Pero tanto él como sus compañeros sabían cómo afrontar aquel tipo de dificultades. El tipo fornido armado con una formidable pistola que montaba guardia en el exterior de la casa se encontró de repente con un rifle en los riñones, otro en las narices y, antes de que pudiera reaccionar, alguien aún más alto y fuerte que él se le puso al lado y lo mandó a dormir con un golpe que sólo cráneos muy duros podían aguantar sin fracturarse.

Duke Dart tenía su plan muy bien ideado. Dejó a uno de los *viets* abajo, de guardia, y forzó sin demasiadas dificultades una de las puertas, la trasera, del edificio, luego ambos se introdujeron en la casa.

Era una hermosa casa aquélla. Gracias a eso, y a que no se esperaba precisamente su visita, Duke y sus dos aliados ocasionales alcanzaron la planta superior sin novedad. Dos veces, no obstante, debieron ocultarse a toda prisa para no ser descubiertos por gente de la que andaba por allí, bastante tranquila.

Y luego Duke vio delante suyo a quien deseaba precisamente ver.

Estaba fumando un buen cigarro, cómodamente arrellanado en excelente sillón, con una copa y un botellón de magnífico *whisky* añejo al alcance de la mano y unos periódicos de su país al lado, leyendo uno de ellos. Al abrirse despacio la puerta miró sin recelo, luego pegó un respingo y se quedó de lo más quietecito.

Duke entró y tras él el jefe de sus acompañantes, que se echó veloz a un lado, con su metralleta alistada. El propio Duke empuñaba una magnífica pistola con la cual apuntaba al ocupante de aquella habitación, al que saludó con suavidad:

—Hola Mallowan.

Matt Mallowan palideció intensamente, le entró un tic nervioso y se pasó la lengua por los labios, tragando saliva con esfuerzo antes de

graznar:

—¿Quién..., quién es usted?

—Me conocen en muchos lugares como el coronel Duke Dart. Su antiguo patrón me ha pagado treinta mil dólares para que le lleve su cabeza.

Mallowan parecía estar viendo la mismísima cabeza de Medusa. Se puso a trasudar copiosamente, se desencajó.

—¿Me... va a asesinar...? Nadja dijo...

—Dijo que me había contratado para que yo le entregaba vivo a Felton. Una cosa no excluye la otra. Sin embargo, voy a hacerle una proposición.

—¿Qué... proposición...?

—Salve su pellejo colaborando conmigo. Ante todo, levántese y acérquese. Sin hacer ruido ni hacerse demasiadas ilusiones, su vida, amigo, está en el filo de la navaja.

Su tono, y la presencia del *viêt*, eran demasiado expresivos. Mallowan obedeció. Si no se estaba ensuciando en los calzones poco le faltaba. No era lo que se dice un héroe.

—Escuche, yo...

—Calle. Dese la vuelta.

Ni siquiera utilizó la pistola. Bastó con un buen golpe detrás de la oreja para que Mallowan se derrumbara.

Impidiéndole caer, se guardó la pistola y lo condujo a una silla, sentándolo allí, se arrodilló, se lo cargó a la espalda y salió con él de la habitación, precedido por uno de los *viêts* y seguido por el otro.

El camino de retorno hasta el muro no revistió ninguna dificultad. Aquellos guerrilleros tenían agilidad de monos y una fuerza poco común. Los casi ochenta kilos de Mallowan inerte pasaron por encima del muro como sí tal cosa, aunque es cierto que lo dejaron caer como un saco a la acera.

Duke Dart tenía medio trabajo hecho. Dio media vuelta y volvió a meterse en la casa.

Nadie se había dado cuenta de nada todavía. Tanto el guardián del jardín como los perros permanecían en el limbo. Volvió a llover fuerte. En quince o veinte minutos no quedarían ni rastros de su paso por el jardín.

Las suelas de sus zapatos eran de gomaespuma, a pesar de sus

noventa y tantos kilos de peso —hueso y músculos— no producía ningún ruido, además se movía con felina agilidad. Cuando alguien llegó desde algún punto, sin duda, realizando una ronda, no tuvo tiempo de descubrirlo, ya estaba pegado tras uno de esos grandes jarrones indochinos de porcelana vítrea que suelen plantarse con flores. Además, el interior de la casa estaba en la penumbra.

Pero aquel tipo recelaba algo, Duke lo notó. El suyo no era un avance normal. Y Duke Dart no quería que le estropearan la fiesta, de modo que le saltó encima de repente, sacudiéndole un golpe corto al mentón, uno de esos puñetazos en frío que hasta pueden matar a un hombre.

No lo mató, pero pareció alzarlo en vilo. El tipo emitió un gruñido, se fue para atrás y cayó de rodillas. Antes de que rodara al suelo y provocara algún estropicio, Duke Dart lo atrapó con una mano y remató su obra con un acertado golpe de karate.

Dejándolo donde cayó, siguió adelante, hasta la puerta por debajo de la cual salía luz. La abrió, entró con rapidez y saludó con naturalidad a la mujer que acababa de alzar la mirada de lo que estaba examinando:

—Buenas noches, princesa. Sin duda es usted la mujer más fascinadora del mundo, a cualquier hora y en cualquier ocasión.

CAPÍTULO XIV

A todas luces, ella había sido sorprendida. Emitió una leve exclamación entrecortada y se puso rígida. Estaba guapísima, en efecto, e incluso más humanizada, más cálidamente fascinadora en su momentáneo desconcierto.

—¡Usted...!

Con leve sonrisa, y peleando ferozmente contra la instantánea emoción que ella le provocaba al verla de nuevo, Duke Dart cerró a su espalda y avanzó, sin quitarle ojo. Notó el primero de documentos que tenía sobre la mesa de despacho de estilo colonial francés, uno de los cuales sujetaban sus manos magníficas con una leve crispación.

—Espero que no le disguste demasiado mi intromisión, princesa. Era para mí indispensable hablarle.

Ya estaba ella recuperando el autodomínio. Qué mujer... Respiró hondo. En sus ojos había una mal velada admiración, mucho recelo, cierta irritación, desafío y algunas otras cosas, todo ello perceptible para un hombre tan avezado a tratar hembras y tan alerta como Duke Dart.

—¿Cómo ha entrado? Había un hombre y dos perros *chiao* en el jardín.

—Descansan bajo la lluvia. No, no los he matado. Ni tampoco al otro que rondaba por dentro de la casa, simplemente descansan.

Ella volvió a suspirar hondo. Apenas si Duke Dart podía sustraerse al embrujo de su espléndida belleza. Y no quería que ella lo notara demasiado.

—No sé cómo ha podido descubrir mi alojamiento, coronel...

—Fue sencillo. Tengo muy desarrollados los instintos y no bastó con las precauciones que adoptó su cortés *factótum* Igor Daskoi. También tengo algunos buenos amigos, en Saigón, que me ayudaron a localizarla.

—Está corriendo, y haciéndome correr, muchos riesgos, coronel Dart. Podía haber esperado 5 mañana para transmitirme lo que quisiera por Igor.

Ya era la princesa Dolgórova, la mujer segura de sí misma y de su dominio sobre cualquier hombre. Duke Dart meneó la cabeza.

—No, princesa. Como sabe muy bien, desde que la dejé he llevado una vida muy agitada. Ahora mismo tengo a todo el mundo en Saigón tras de mí, incluyendo a la CIA, que acaba de marcarme con tinta roja el lugar del corazón; he de darme mucha prisa para terminar este negocio.

—Habló con Felton. Eso fue un error, él lo denunció...

—No pudo, no le di tiempo. Fue usted quien lo hizo, princesa.

Ella enrigideció, le centellearon las esmeraldas de sus ojos y apretó la boca, engallando el gesto de un modo inimitable. Pero Duke Dart no varió ni un ápice su actitud, ni su tono.

—Fue usted también quien ordenó a Igor apostar dos asesinos baratos a la salida de la callejuela a espaldas del Folies. No estaba del todo convencida de los informes de su tío y de Isaka, ¿verdad?

Ella era difícil de vencer, mucho. Esbozó una sonrisa que era cual trompada de elefante para la sensibilidad de cualquier hombre.

—Cometí un error, coronel, lo admito. Usted excede, incluso, a esos informes.

—Suelo hacerlo —admitió a su vez Duke con absoluta inmodestia

—. ¿Por qué me ha echado encima a los sabuesos de la CIA?

—En eso se engaña, no he sido yo. Y si no fue Felton, como usted asegura, no lo comprendo...

Era sincera. De repente, Duke Dart supo que era sincera, también lo deslumbró una idea súbita, que le hizo emitir un silbido corto, excitado, el cual provocó a su vez un parpadeo intrigado a la princesa.

—¿Qué sucede?

—Una de mis locas ideas, un pálpito... Dígame, princesa, ¿tiene total confianza en su amigo Matt Mallowan?

Ella acusó el golpe tardando diez segundos acaso en contestar y llenando de recelosa cautela su mirada.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Sea muy sincera. De veras, de su respuesta depende mucho.

—Mallowan es casi tan despreciable como Felton, un perfecto granuja de segunda fila, un resentido, codicioso e inmoral.

¿Contesta eso a su pregunta?

Ahora, Duke Dart estaba sacando su pipa y su tabaco, con absoluto

desenfado. Le repicaban cascabeles en el cerebro.

—También es un cobarde y probablemente ha dejado de confiar en que algún día usted le conceda el honor de ser su amante...

Ella tenía ahora una curiosa actitud.

—Se lo dije en cuanto obtuve lo que de él necesitaba —repuso seca—. Un hombre así... ¿Quiere explicarme, coronel...?

—Con mucho gusto, princesa. Usted cree tener bien sujeto a su rueda a Mallowan, simplemente porque él es como es y debe tener un miedo cervical a la venganza de su antiguo patrón... Permítame decirle, Nadja, que jamás se debe menospreciar a nadie, es un error que se paga caro a menudo.

Ella estaba muy alerta, mucho. Súbitamente inquieta.

—¿A qué se refiere?

—A que ha menospreciado a Mallowan, a fuerza de sentirse segura de sí misma y un poco heroína de novela. Usted e Isaka planearon atraer a Felton a Saigón para tenderle aquí una trampa realmente mortal y usted consumir su venganza por lo que Felton le hizo a su padre; pero no le contaron nada a Mallowan...

—No tenía por qué saberlo. Era incluso contraproducente.

—Pero se ha enterado. De algún modo, se ha enterado. Y al enterarse hizo sus propias cuentas. Del zorro sólo se pueden esperar zorrerías, Nadja. Mallowan se las ha arreglado para establecer contacto con Felton y ofrecerle la recuperación de sus documentos secretos y su dinero, amén de a usted, a cambio, claro está, del perdón para todos sus pecados. Aquí dentro, Nadja, no sólo tiene usted a un traidor, sino posiblemente a dos: Mallowan y el tipo que se ha encargado de transmitir sus mensajes a Felton..., o a la CIA. Apostaría a que sé quién es.

—¿Quién?

—Anoche nos abrió la puerta un tipo joven y fuerte...

—Se llama Connors, es inglés y fue contratado en

Hong-Kong

por Igor hace dos meses, tiene un historial impecable.

—La CIA es muy experta en fabricar historiales impecables para sus hombres, Nadja. Y, sin duda, la CIA se puso en movimiento apenas se enteraron de que usted poseía un lote de documentos capaces de hacer estallar el escándalo del año en su país, poniendo en la picota pública a uno de sus más conspicuos hombres de negocios y a sólo

usted, que debe haberlos repasado muy a menudo esos documentos, sabe, con Felton, cuantos hombres importantes en diversos campos de la sociedad USA amigos de adquirir obras de arte robadas. Ellos, Nadja, cobran un sueldo para proteger, en lo posible, la buena reputación de su país ante el resto del mundo y, antipatías aparte, trabajaban muy bien, aunque a veces fallen como cualquier hijo de madre.

Ella estaba ahora profundamente pensativa.

—Así que Connors es un agente de la CIA...

—Apostaría una oreja. Anoche me vio aquí, ató cabos y transmitió la información en cuanto tuvo una oportunidad. ¿Es el que andaba por el jardín?

—Sí...

—Me alegro del golpe que le aticé. Su jefe me ha hecho pasar un mal rato esta tarde y me ha obligado a variar de plan sobre la marcha. Pero usted tampoco se ha fiado de mí, Nadja. Y eso me duele, va a tener que pagarlo.

Ella se acercó.

—¿A qué se refiere?

—No lo olvide, soy un *condottiero*, un soldado de fortuna. Todo Jo arreglo mediante dinero. Quiero medio millón para seguir prestándole mi ayuda.

Ella pareció desconcertada. Y disgustada. Luego se volvió fría como hielo viejo. Latía un fino, insoportable, desprecio en su voz.

—Si sólo busca dinero, no es el hombre que me dijeron, coronel.

—No se preocupe por eso. Medio millón, y sin trucos, ya ve que no valen conmigo.

—¿Por qué debo aceptar?

—Entre otras razones porque soy el único que puede sacarla de este atolladero. La CIA conoce muy bien su escondite, sin duda, también Felton. Le apuesto ese medio millón contra la docena que le birló a Felton a que no la dejan escapar de Saigón, a que antes de que termine esta noche vienen a buscarla para ponerla a buen recaudo en los pocos confortables calabozos privados de la CIA y a disposición de Felton.

Ella estaba sopesando aquella posibilidad. Sin miedo, pero también sin ilusiones. Se mordió un labio..., y le miró de reojo.

—¿Está tratando de asustarme?

—No la creo fácil de asustar. Me pregunto, en cambio, si será capaz de darse un paseo por las alcantarillas de Saigón. Hay millones de ratas, gordas como gatos y feroces como tigres.

Esta vez sí rompió sus defensas.

—¿A qué se refiere?

—A que nos marchamos en cuanto se haya cambiado de ropas poniéndose otras más adecuadas para ese viaje. Desde hace unos minutos todos los poros de mi piel me están indicando que se acerca el peligro. Y el único lugar en esta ciudad donde nunca entrarán Aldrin Dowland y sus hombres de noche es justo la red de alcantarillas. Para animarla, le diré que ya anda por ellas nuestro amigo Mallowan.

Nadja Dolgórova respingó.

—¿Ha hecho eso?

—Siempre hago lo que nadie espera que realice, Nadja. Es una de las claves de mis éxitos.

Ella se quedó mirándole con gran fijeza. Y la suya era una mirada que ningún hombre, ni siquiera Duke Dart, podía resistir largo tiempo. El debió recurrir a una finta para evitar lo casi inevitable.

Si sigue mirándome así un minuto más se me va a derretir el corazón y entonces adiós vida. Del pobre Duke Dart sólo quedarán los recuerdos de sus viejas hazañas y un loco de amores imposibles.

Lentamente, algo cambió allí, en las maravillosas pupilas esmeralda. Se tornaron intensamente cálidas. Y a Duke Dart se le secaron las fauces mientras le hervía de golpe la sangre.

Pero sólo fue un instante. Nadja Dolgórova sonrió, comenzó a recoger papeles y otros documentos, desvió a ellos la mirada y dijo, grave:

—Deme quince minutos, luego nos marcharemos.

CAPÍTULO XV

Era excepcional en todo. Justos quince minutos después estaba de nuevo a su lado, vestida con una blusa camisera, unos pantalones varoniles, unas botas a la vez livianas y sólidas. También llevaba, en bandolera, una gran cartera de piel. Así vestida, francamente, erizaba el vello.

—Cuando usted quiera, coronel.

Cuando Duke Dart pegaba, pegaba. Igor Daskoi aún dormía el sueño de los justos donde lo dejara tendido. Y en el jardín, empapado de lluvia, Connors, el probable agente de la CIA, continuaba inerte a pesar del tiempo transcurrido desde que le atizaron.

Esta vez no hubo que saltar tapias, Nadja Dolgórova abrió la cancela por su propia mano. Continuaba lloviendo con fuerza y una bruma lechosa se pegaba a todo, difuminándolo, el silencio era total. Podía haber cien emboscados cerca, pero no había posibilidades de saberlo.

Antes de salir de la casa, Nadja se había puesto una gabardina blanca con capucha, parecía un fantasma moviéndose ligera junto a Duke. Llegaron a la boca de la alcantarilla y él se inclinó, asiendo la pesada trampa de hierro, alzándola y separándola.

—Comience a bajar, pero tenga mucho cuidado, los barrotes están resbaladizos.

Cuando ella hubo descendido lo bastante, la imitó, colocando de nuevo la trampilla en su sitio. En el mismo instante que lo hizo, abajo se encendió una linterna eléctrica.

Los *viets* tenían al bueno de Mallowan, más muerto que vivo, allí abajo. Cuando vio a la princesa, Mallowan abrió la boca como para hablarle, pero la mirada de ella se la cerró de golpe. Por su parte, Nadja se mantenía fría y segura de sí, habló a los *viets* en excelente vietnamés y ellos parecieron al tiempo complacidos e impresionados. Duke entendió lo suficiente para saber que les había preguntando, al antiguo estilo, por sus padres y parientes, agradeciéndoles su solicitud en ayudaría. Desde luego conocía la psicología de los vietnameses, cualquiera que fuese su color

político.

El viaje de retorno fue un calco del efectuado por Duke Dart a solas con los *viets*. Sin duda se había pasado el aviso, porque no les detuvieron como a la ida, aunque acá y allá guerrilleros impasibles les miraron pasar intercambiando breves saludos con los que les llevaban.

En el punto donde comenzó el desagradable, pero necesario, periplo se encontraba Nguyen Khang en compañía de un hombre delgado, joven, a todas luces un jefe de guerrillas, y otro tres *viets* igual de armados que los que les habían escoltado. Khang saludó con suma cortesía a Nadja.

—Bienvenida, princesa. Permítame presentarle a mi sobrino, Nguyen Vo...

Así suele ocurrir en las guerras civiles. El oficial *viet* era hijo de una hermana de Khang y responsable de todo aquel sector. Conociendo la capacidad militar del propio Khang, uno ya no podía sorprenderse mucho de los constantes fracasos de quienes trataban de erradicar a los guerrilleros del subsuelo saigónés.

Cuando Mallowan vio que iban a llevárselo solo los guerrilleros se puso frenético. Resultó muy fácil hacerle hablar.

En efecto, había actuado como imaginara Duke Dart, pero no por su iniciativa. Había sido Connors, efectivamente un agente de la CIA, quien actuó de enlace entre él y Felton a través de Dowland. El juego era algo más complicado, la CIA deseaba apoderarse de los documentos secretos de Felton para librar de chantajes a cuatro o cinco individuos actualmente muy influyentes con la Administración y, de paso, contar con una bonita mordaza para el propio Felton, volviéndolo un dócil colaborador. Lo que de ninguna manera deseaba era que los documentos vieran la luz pública. Él debía facilitar la recuperación de los mismos en el momento en que la CIA diese el golpe contra el alojamiento secreto de la princesa Dolgórova. Le habían dicho que a ella se limitarían a expulsarla del país, le habían garantizado impunidad...

Cuando le hubieron vuelto del revés, se lo dejaron a los *viets*. Ya no servía para nada y entre las ratas estaría adecuadamente instalado. Ni siquiera iban a matarlo, dentro de algún tiempo aparecería en cualquier aldea del delta, sin la menor idea de por dónde anduvo y sin poder contar nada a nadie sobre su odisea.

—Es despreciable —fue la despedida de Nadja; y ella sabía cómo nadie darle toda su valía a un calificativo—. No quiero verle más. Luego preguntó si podría tomar una ducha. Había demostrado nervios de acero durante el viaje subterráneo, muy pocas mujeres, lo habrían resistido.

Khang hizo que una de sus sirvientes la condujera al baño perfumado que, según él, ya tenía esperándola. A Duke se lo llevó a otro, para que se quitara con una buena ducha elapestoso olor de las alcantarillas.

—Estaba en lo cierto, tienen programado un *raid* a la casa de la princesa para las dos en punto de la madrugada. Por aquí nadie vino, pero hay media docena de espías, con aparatos especiales, vigilando mi domicilio, Isaka y el señor Grüber están con mi esposa y con la señorita Dorsay...

Todo el propio *raid* de Duke Dart había durado exactamente hora y media, eran la una y escasos minutos de la madrugada.

En el comedor de Khang, su esposa y Suzy Dorsay entretenían a los invitados. *Herr* Grüber había sido coronel de blindados, tenía las Hojas de Roble y otro montón de condecoraciones, le faltaba el ojo izquierdo y conservaba todo su aire marcial, aunque ahora, a sus cincuenta y seis años, tras cinco de presidio por criminal de guerra, se hubiera convertido en amo virtual de una potente red de fábricas de instrumental de alta precisión para la electrónica, la cirugía y otras ciencias modernas de mucho porvenir. Duke Dart había tenido ocasión una vez, hacía muchos años, de ayudar al orgulloso y abatido coronel alemán en algo muy privado, muy patético. *Herr* Grüber nunca lo había olvidado. Ahora le estrechó con fuerza la mano mientras su ojo sano centelleaba.

—Usted siempre viviendo la vida que a nosotros ya no nos es posible, pero que nunca dejamos de añorar. Cuando supe que estaba en Saigón y me necesitaba para una coartada me apresuré a venir, sin imaginarme que era para pasar una velada tan grata con damas tan encantadoras.

El coronel Grüber había sido tibiamente nazi y fanáticamente soldado de primera línea, bastante racista también. *Herr* Grüber había padecido mucho, maduró psicológicamente y ya no sentía prejuicios raciales, había aprendido que existe una comunidad espiritual capaz de unir, por sobre diferencias de piel y lugar de

nacimiento, a seres humanos de orígenes dispares en una fraternidad mucho más fuerte que la de la lengua o la sangre. Duke debió informar sobre lo sucedido y lo hizo de forma concisa. Terminaba su informe cuando entró Nadja Dolgórova.

Fue como cuando tras lóbrega noche brota el brillante sol. Aquella mujer resplandecía, simplemente, sin necesidad de adornos adicionales. Se había puesto el traje tradicional de las mujeres vietnamesas de elevada cuna, uno de los pertenecientes a la esposa de Khang, y lucía las mismas escasas joyas de costumbre, que ya le viera Duke Dart la noche anterior. Su porte era regio y, a la vez, su sonrisa eliminaba toda rigidez o frialdad. Saludó a la esposa de Khang en vietnamés, cordialmente, agradeciéndole su hospitalidad de acuerdo al viejo estilo, y a Suzy de un modo exquisitamente francés, en francés puro.

—La recuerdo de cuando venía a nuestra casa. Era tan vivaz, alegre y bonita que me daba envidia, luego soñaba con ser como usted cuando fuese mujer.

Suzy no se quedó corta en sus propios elogios. *Herr* Grüber tampoco, a su manera.

—Su padre era un gran soldado, princesa. Permítale a un viejo soldado alemán expresar el placer que siente al conocerla...

Sentado entre Nadja y Suzy, Duke Dart se dijo, plácidamente, que así era la vida del guerrero. Fugaces momentos de felicidad total y placentera entre turbonadas de acción y peligro...

La reunión se prolongó exactamente hasta las tres de la madrugada. Se trataba a la vez de una reunión de negocios y una fiesta social, había que demostrárselo a los sufridos hombres de la CIA apostados a todo alrededor de la casa con sus potentes artilugios de espionaje ultramoderno.

A las tres en punto, el señor Isaka y *herr* Grüber abandonaron la casa del señor Khang de manera bien ostensible, en sus potentes automóviles. Afortunadamente no había toque de queda. De ese modo, los hombres de la CIA pudieron ver perfectamente la alta figura de Duke Dart junto al propietario de la casa, despidiendo a los dos hombres de negocios invitados a la cena y a la bien conocida, en los medios sociales, señorita Orsay, a quien el señor Grüber conducía galantemente a su domicilio.

—Estarán rabiosos, pero no pueden ni imaginarse cómo diablos

pude arreglármelas para salir de aquí, llevarme a la princesa y a Mallowan y regresar, sin ellos advertirlo. Mientras Dowland se rompe los cascos tratando de entenderlo yo dormiré cuatro o cinco horas, me hacen mucha falta.

—Tiene su cama preparada.

Al volver al comedor ya no encontraron a las damas. Khang hizo un comentario suave.

—Es la mujer más maravillosa que he conocido, coronel. Demasiado fascinadora y perfecta, abruma.

—Sí, eso es cierto. Y que no hay modo de escabullirse a su magia...

Ella no había querido hablarle ahora. Bien, quizá así fuese mejor. Estaba cansado, necesitaba dormir algunas horas, aún le quedaba el rabo por desollar. Luego...

Se desnudó totalmente y se tiró en el cómodo lecho. El aire acondicionado era una delicia, sobre todo, recordando el paseo por las alcantarillas...

Las alcantarillas de Saigón... La idea le llegó lentamente, casi furtiva, entre las brumas del sueño. Y se durmió acariciándola, pero también acariciando mentalmente a la bellísima, fascinadora, Nadja, princesa Dolgórova...

Después de todo, él era un hombre muy normal.

CAPÍTULO XVI

La princesa no se había levantado aún cuando Duke Dart fue a desayunar. Cuatro horas de sueño dormido de un tirón, una ducha fría y un masaje lo habían puesto como nuevo, devoró el sustancioso desayuno y luego se puso en movimiento, volviendo a campear.

Lo que esperaba que sucediera acaeció cuando esperaba. Le cerraron el paso doscientos metros más allá de la puerta de la casa de Khang. Esta vez, Dowland estaba realmente sombrío.

—No sé cómo lo ha hecho, Dart, pero lo averiguaré. Y si es lo que imagino le va a costar muy caro.

Estaban dentro del coche, discreto y grande, adonde le habían hecho entrar. Con ellos, sólo el conductor. Pero había otros dos vehículos y, por todas partes, MP unidos a policías y soldados vietnameses.

—Vamos a registrar las alcantarillas de todo este sector. Probablemente no hallaremos nada, pero si encuentro una conexión entre la casa de su amigo Khang y el sistema de alcantarillado, les garantizo a ambos una larga temporada de silencio, la suya mucho más larga que la de él.

—Está demasiado nervioso, Dowland. No sé de qué me habla, se lo repito, y no puede probar que yo me haya movido anoche del domicilio de mi amigo, me consta que habrá mantenido a algunos de sus hombres vigilándolo durante toda la noche. Estuve de pie hasta las tres, me acosté y dormí profundamente porque tengo tranquila la conciencia. Usted, en cambio, parece no haber dormido...

Le dejaron marchar. No podían hacer otra cosa, porque al birlarles la pieza en sus mismísimas narices les impedía acribillarlo a balazos, o meterlo en un calabozo especial para darle un trato de favor hasta que se ablandase o reventara. Dowland, como todos los de su clase, odiaba el fracaso, más aún verse puesto en ridículo. No se lo iba a perdonar, pero no cometería más errores ni, daría patinazos. Y como no podía conocer sus propios planes, ni iba a

descubrir tampoco el pasadizo secreto entre la casa de Khang y la red del alcantarillado...

Entró en el Neoyorkian pisando firme, tomó un teléfono y pidió comunicación con la *suite* de Felton. El mismo le contestó. Y su voz sonaba tensa.

—Suba...

La escena en el piso decimoquinto era idéntica a la de la tarde anterior, pero ahora nadie le cerró, el paso ni le hicieron preguntas. Flint Felton III tenía mala cara, estaba envuelto en un batín y olía a loción cara, carísima.

—¿Dónde están Mallowan y Nadja Dolgórova? —Fue su saludo, rasgando las palabras. Tranquilo y frío, Duke respondió:

—Le dije que jugara limpio en adelante, Felton. ¿Por qué no lo ha hecho?

Ahora el financiero tenía un tic nervioso. Vaya...

—Yo no mando a los de la CIA. Dowland lleva su propio juego...

—Lo sé. Y que no es muy bueno para usted. ¿Mi dinero?

Felton pareció ir a insultarlo. Pero lo que hizo fue acercarse a la mesa y abrir el maletín grande de negocios que allí había; estaba lleno de fajos de billetes de Banco, moneda fuerte de varios países.

—Aquí lo tiene. Puede contarlos.

—No es necesario, fío en su palabra. Ahora, por favor, fírmeme esto.

Felton se sobresaltó.

—¿Qué es?

—Léalo. Se trata de un simple recibo por mí comisión de intermediario en las negociaciones entre usted y los señores Grüber e Isaka. Ya ellos estamparon sus firmas junto a la mía, sólo falta la suya.

Felton estaba muy receloso ahora.

—¿Qué demonios se propone, Duke? No voy a firmar...

—Firmará, o despídase de ver nunca a lo que busca, y a la princesa. No quiero que me detengan en la calle acusándome de robo. Vamos. Felton se dio cuenta de que no se podía zafar. Firmó, a regañadientes, y Duke se guardó de nuevo el original y dos de las copias.

—Así está mejor. Cuando me marche adviértaselo a su amigo Dowland. Y esté preparado, lo llamaré por teléfono a las doce en

punto, dándole instrucciones.

—No me gusta...

—Escúcheme, Felton, se acabaron sus iniciativas, si quiere a la princesa y a Mallowan, a esos documentos y al dinero que le birlaron tendrá que bailar a mi son o no habrá baile. A las doce en punto recibirá mi aviso y mis instrucciones, sígalas a rajatabla y procure que Dowland no le siga, porque entonces muchas cosas se van a estropear.

Después de todo lo que había sucedido últimamente, Flint Felton tal vez decidiría que le era más conveniente ceder, confiar en el soldado de fortuna al que ya estaba muy arrepentido de haber contratado y en cuyas manos en cierto modo se encontraba. Duke Dart abrigaba una razonable seguridad en que así iba a suceder, pero de todos modos había tomado sus medidas.

Apenas abandonó el ascensor en la planta noble del edificio se encaminó directamente al bar, donde a pesar de lo temprano de la hora había ya algunos clientes, incluyendo periodistas de dos o tres nacionalidades. También dos hombres de Dowland y *herr* Grüber tomándose despacio un gran vaso de leche fría y esterilizada.

—Este antro está repleto de hombres de la CIA, coronel. ¿Logró que le firmara el recibo?

—No tenía otra opción. Aquí tiene su copia y la de Isaka. Espero que me vean entregárselas y que Felton no se demore en avisarle a Dowland.

—Aquí le tiene.

En efecto, Dowland llegaba con cara de dolerle el estómago. Pero en cuanto reconoció al alemán se volvió duro e impenetrable.

—Dios los cría y ellos se juntan —fue su saludo—. Sigue dando golpes certeros, Dart, pero no olvide el viejo refrán acerca del cántaro y la fuente.

—Jamás lo olvido, Dowland. ¿Le hace un trago?

—Sentaría muy mal a mi úlcera. Vamos a tenerle esto en cuenta, *herr* ex coronel Grüber. Y créame, tenemos muy buena memoria.

—Ya lo sé, señor Dowland. Pero ni soy fácil de amedrentar ni veo la razón para sus amenazas. Tengo una empresa y muy próspera, hago negocios en todas partes y con todo tipo de gente, — lo único que me importa es la ganancia que puedo conseguir, una filosofía que aprendí precisamente de ustedes, los norteamericanos. *Business are*

business, ni más ni menos. Los problemas imperialistas de su país y de los magnates de Wall Street no me incumben, eso es todo.

—Ya... Bien, supongo que no pensará ir por Saigón con todo ese dinero, Dart...

—Me propongo ingresarlo inmediatamente. Tal vez usted acceda a proporcionarme una escolta para evitarme el riesgo de robo, hay demasiado granuja suelto por Saigón.

Lo que Dowland contestó no suele transcribirse literalmente, sino en las obras literarias norteamericanas. Lógico.

Duke Dart, acompañado por *herr* Grüber, marchó del Newyorkian directamente a la sucursal del Banco de Osaka en Saigón, se fue derecho a una de las ventanillas y solicitó cortésmente de un correctísimo empleado que aceptara recibir un cuarto de millón de dólares en billetes de Banco de países económicamente fuertes, el Japón incluido, transfiriéndolos a la cuenta corriente que el señor Saburo Isaka, presidente de la Naichi Exporting Co., tenía abierta en la central del Banco. El correctísimo funcionario escuchó muy atento, pidió permiso para hablar con su superior, volvió al cabo de tres minutos con otro japonés de más edad y no menos bien educado, hubo un breve intercambio de cortesías y el cuarto de millón de dólares quedó a buen recaudo en la caja fuerte del Banco, a cambio de un recibo debidamente firmado y sellado que Duke Dart se guardó en su bolsillo.

Poco después, *herr* Grüber le dejaba ante la puerta de la casa de Nguyen Khang.

—Espero, amigo mío, que su negocio termine bien y pronto. Yo debo regresar a Alemania mañana mismo, pero si me necesita sólo tiene que decírmelo, pospondré mi viaje.

—Confío en hallarme fuera de Saigón, y de este país, antes de que anochezca mañana, Grüber. De todos modos...

Nguyen Khang tenía noticias que darle.

—Están registrando todo el subsuelo alrededor de esta casa. También vino un destacamento de policía, con tres agentes secretos de Thieu provistos de una orden de registro. Naturalmente, no encontraron lo que buscaban. Por mi parte ya he puesto en marcha mi protesta por el atropello, aunque no pienso llevarla demasiado lejos, pues daría lugar a mayores sospechas. Espero que siga saliéndole todo tan bien como hasta ahora.

—No me puedo quejar. Pero están rabiosos. Sin embargo, creo que esta vez Felton dará de lado a la CIA para tratar de arreglarlo a su modo. ¿Dónde está la princesa?

—Donde nunca, podrán encontrarla esos estúpidos. Supongo que desea reunirse con ella.

Duke Dart lo deseaba muy de veras, por diversas razones, Siguió a Nguyen Khang y pudo comprobar que su amigo era, en efecto, un formidable ingeniero, que no fanfarroneaba al afirmar que nunca los policías, ni siquiera los agentes de la CIA, iban a descubrir su vía de comunicación con los *viets*. Simplemente, para ello habrían necesitado desmontar todos los cimientos de su morada, tan sólidos como un *bunker* y contruidos con materiales que rechazaban, neutralizándolos, los más sofisticados medios de detección de agujeros y pasadizos secretos.

Nadja Dolgórova estaba de nuevo vestida de excursionista. Su mirada le envió una pregunta que él contestó con una sonrisa.

—Creo que he logrado hacer picar a Felton el anzuelo. Podemos irnos ya.

A las diez y media de aquella mañana, él y la princesa se encontraban confortablemente instalados en uno de los edificios del bulevar Le Loi, a muy corta distancia de la Embajada americana y casi frente a uno de los numerosos cuarteles de la policía sudvietnamita. Habían llegado allí siguiendo una tortuosa red de pasadizos termitescos y en varias ocasiones casi habrían podido tocar con la mano a los soldados, policías y agentes especiales que con más miedo que eficacia andaban registrando la red del alcantarillado del sector cercano al domicilio de Khang. El propio sobrino de Khang estaba ahora con ellos.

—Haré llegar ese aviso a Felton III con mucho gusto. En cuanto llegue y lo capturemos, mis hombres lanzarán ese ataque contra el cuartel y detonarán un par de cargas de explosivos en plena calle. Tendrán demasiada tarea durante la media hora siguiente para poder ponerse a buscar al señor Felton III...

Duke Dart ya sabía que la princesa y el señor Isaka habían logrado la valiosa colaboración de los *viets* para su negocio privado, gracias a la intercesión de Khang el precio había sido elevado, sin duda; pero iba a pagarlo el propio dinero de Felton III. No dejaba de ser justicia, dado lo mucho que Felton III había hecho para que su país,

mejor dicho su Gobierno, ayudara al de Saigón.

—Sólo nos queda esperar...

—Sí.

—Está nerviosa, aunque no tiene nervios. Durante mucho tiempo ha tejido su tela de araña para atrapar en ella al asesino de su padre, al que difamó su reputación, y ahora que va a vengarlo, que tiene la venganza en las manos, se siente presa de miedos de toda índole, ¿verdad?

Ella lo miró con intensa fijeza.

—También es usted buen psicólogo, al parecer... En efecto, estoy nerviosa. Ese loco plan suyo podría fallar, Felton III no se ha fiado jamás de nadie y no irá a hacerlo ahora de usted, después de todo lo ocurrido...

—Vendrá.

—¿Cómo está tan seguro? Ya, su reconocida buena suerte... Pero la suerte falla a veces. Hubiera sido mejor seguir adelante con mi propio plan.

—A estas horas, usted estaría en poder de la CIA y lo habría perdido todo. Precisamente mi temeraria forma de actuar, mi inveterada inclinación a tomar en cuenta las inspiraciones más descabelladas, a realizar aquello que parece más insensato, es lo que muy a menudo me da el éxito. Y no olvide que espero hacerme rico de una vez por todas.

Ella le miró de soslayo, una extraña mirada.

—Usted me desconcierta, coronel. A veces estoy totalmente segura de la clase de individuo que es y justo entonces hace o dice algo que destroza mi seguridad.

—Viniendo de usted, es un magnífico cumplido...

Veinte minutos después, él que vigilaba la bulliciosa y superconcurrida calle con su mirada de halcón, dijo, complacido, suave:

—Aquí le tenemos.

Nadja Dolgórova saltó literalmente de su asiento y corrió a su lado, mirando ansiosa y tensa.

—¿Dónde?

—Ahí, frente al cuartel. Y como esperaba, con buena escolta. Deséeme suerte en los próximos diez minutos, Nadja, y su venganza estará lista.

Flint Felton III había recibido el mensaje mucho antes de lo esperado y cuando apenas si tenía preparada su propia trampa. De nuevo maniobrado por Duke Dart, hizo lo único que podía hacer, enviar un aviso a Dowland, ordenar a los cuatro tipos de pelo en pecho especialmente contratados para servirle de guardaespaldas que le siguieron tras armarse hasta los dientes, unir a ellos dos más que montaban guardia en la calle, montar todos en sendos automóviles y partir hacia el lugar de la cita.

Estaba ansioso por terminar, no quería que Dowland se le adelantara. Tenía que verse de nuevo frente a frente con la mujer que lo humilló como hombre enloqueciéndolo de deseos, jugando con él a su placer, negándole su amor y sus abrazos, para después robarle doce millones de dólares y un montón de documentos que eran su escudo y su coraza, poniéndose fuera de su alcance y uniendo a todo aquello el *Inri* de fugarse con el traidor de Mallowan. Deseaba dar muerte a Mallowan con sus propias manos, pero a ella, a Nadja Dolgórova, no quería, no, matarla. Iba a sacarla inmediatamente de Saigón a bordo de su avión especial, listo para despegar en Than Son Nuth, y se la llevaría a su finca de recreo en las Hawai, donde gozaría mucho, muchísimo, haciéndole todo lo que desde que ella le robó había soñado hacerle. La hija de aquel estúpido y altanero príncipe ruso convertido en general francés, que osó cruzarle la cara a bofetadas y amenazarlo con matarlo a palos, como si él fuera un *mujik*... Eran idénticos, pero no supo verlo. Bien, había hecho morir al padre, lo desacreditó a fondo, y ahora la hija...

No se atrevía a confesarse que estaba enamorado de ella y por eso deseaba humillarla y destruir su fiero orgullo, convertirla en su esclava. Él era así.

A Duke Dart le guardaba también su merecido. Aquel estúpido endemoniado aventurero era mucho más peligroso, en todos los sentidos, de lo que en un principio creyó..., le hicieron creer. Lo había probado, pero a la postre, como casi todos los de su ralea, tenía un fallo típico, que iba a servirle para cobrarle la deuda con créditos. Que le entregara a Nadja y a Mallowan, luego recibiría en pago una ráfaga de proyectiles en la tripa, sobre la marcha, antes de que pudiera impedirlo con alguna de sus jugadas audaces y faltas de lógica. Nadie iba a llorar su muerte ni le pedirían cuentas por ella.

Dowland tendría que aguantarse, llegaría demasiado tarde. Le diría que Dart volvió a mentirle y trató de meterlo en una trampa para sacarle más dinero, que uno de sus guardaespaldas se le anticipó, pero que de Nadja Dolgórova no había ni rastro. Los cadáveres de Dart y Mallowan no podrían contar la verdad. Y él era Flint Felton III, demasiado poderoso, amigo personal del jefe de la CIA..., aunque el jefe de la CIA en persona hubiera instado a sus hombres para que se apoderasen de aquellos documentos.

Examinó el lugar con recelosa atención desde dentro del coche. Una casa muy vulgar, de cuatro pisos... Pero delante de un cuartel de la policía, cerca de la Embajada americana... Había por allí docenas de soldados vietnameses y también americanos, la MP. Parecía que Duke Dart jugaba limpio. Tanto mejor...

Dejó el coche y atravesó la calle despacio, con sus «gorilas» protegiéndole discretamente. Entonces vio aparecer a Duke Dart en la puerta de aquella tienda de apariencia inofensiva a más no poder. Respirando fuerte, fue derecho a él. Sus «gorilas», todos, llevaban las pistolas empuñadas en los bolsillos de sus holgadas chaquetas y uno de ellos, además, un maletín de violinista que guardaba una metralleta.

Duke Dart vio todo aquel despliegue y sonrió. El pez picaba.

Se enfrentaron en la acera.

—Me dijo al mediodía...

—Anticipé la hora. Ya veo que viene resguardado.

—Tomo mis precauciones. Pruébeme que la tiene.

Despacio, Duke sacó algo del bolsillo. Sabía que estaban apuntándole al menos cuatro automáticas en semicírculo.

—Supongo que lo reconocerá.

Era uno de los documentos, no el más importante, desde luego, de los que guardaba en su escondrijo secreto. Aquello borró las dudas de Felton III.

—¿Dónde están?

—Dentro. Sígame.

Entraron en la tienda, donde un hombre de edad mediana, impasible, y dos jóvenes, tal vez sus hijos, les miraron como si no existieran. Había otros dos hombres más, clientes sin duda, adquiriendo objetos, que tampoco les miraron apenas. Todos vietnameses, naturalmente. Flint Felton sí les miró, receloso, pero

Duke Dart calmó su recelo sobre la marcha:

—Han cobrado buen dinero para servir de tapadera, son seguros. Por aquí.

—Burke, Jones, pasen delante. Usted, Dart, entre los dos.

Duke esbozó una sonrisa. Justo lo que esperaba...

El llamado Burke sacó, la metralleta del estuche velozmente, la empuñó y penetró en vanguardia. Duke fue tras él, sin dejar su irónica sonrisa, con Jones pegándole a los riñones su pistola. Felton entró detrás de Jones y los restantes «gorilas» se dispusieron a cerrar la marcha.

Todo sucedió en diez segundos escasos. El pasillo más allá de la puerta sólo permitía ir en fila india, daban a ella otras puertas del todo cerradas en apariencia, una a cada lado y tenía unos tres metros de longitud. Cuando Burke llegó al fondo dio un paso rápido adelante, en la pésimamente alumbrada habitación interior, e inició la acción de cubrirla con su arma, pero en el mismo instante le saltaron por derecha e izquierda, recibió al tiempo una puñalada encima del codo derecho, que le hizo abrir los dedos en vez de apretar el gatillo, y otra por debajo de la axila izquierda, tan certera que le partió el corazón.

Al tiempo, Duke movió su codo hacia atrás con medido impacto, girando y golpeando la pistola que le apuntaba al riñón. Una fracción de segundo antes había sonado la única exclamación de agonía de Burke y se abrió la puerta a nivel de Jones, saliendo por ella un cuchillo que se le clavó al «gorila» en la garganta.

Los dos de retaguardia estaban aún entrando en el pasillo cuando a sus espaldas oyeron la clara conminación en inglés.

—¡Las manos arriba!

Súbitamente paralizados, volvieron la cara y vieron que los dos «clientes» y los «hijos» del comerciante empuñaban sendas metralletas de fabricación yanqui, con las cuales les apuntaban a la espalda. No estaban locos, obedecieron rechinando los dientes...

Flint Felton III estaba de golpe y porrazo en una situación como jamás creyó verse, cegado por su inmensa egolatría. Cuando vio echarse de costado al tipo ante él, y al cuchillo que vibraba clavado en su garganta, quedó súbitamente paralizado. Antes de que pudiera reaccionar, Duke Dart había desarmado al agonizante Jones y lo hacía caer contra la pared, mientras apuntaba a Felton III con la

pistola que acababa de capturar y una dura sonrisa cargada de ironía:

—Tranquilo, Felton. O eres hombre muerto.

Un instante después, los dos tipos que cerraban marcha estaban desarmados y echados a un costado de la tienda, Flint Felton III, súbitamente muerto de miedo, iba contra su voluntad hacia delante, pasando sobre el cuerpo de sus guardaespaldas, y comprendía todo el peligro de su situación...

Lo primero que se le ocurrió fue insultar ferozmente a Duke Dart. Éste le cortó los insultos con un formidable revés que le reventó boca y narices, lo atrapó de un puñado, le hizo girar, mareado por el bofetón, y lo llevó a empujones hacia otra puertecilla en la trastienda, mientras los viets retrocedían a la tienda.

En el mismo momento en que Flint Felton III penetraba en la pequeña habitación donde lo esperaba la princesa Dolgórova en compañía de cuatro menudos y poderosamente armados *viets*, en la calle sonó una formidable explosión hacia la esquina a la derecha del edificio, que lanzó por los aires un surtidor de metralla y restos de una patrulla de soldados sudvietnamitas malhadadamente para ellos pasando en aquel momento por allí. Como un eco de aquella, otra brutal explosión deshizo un pequeño automóvil en la esquina opuesta y casi de inmediato restallaron las ametralladoras de mano, mientras comenzaban a estallar morterazos sobre el edificio del cuartel. Dos de aquellas ráfagas dieron cumplida cuenta de los «gorilas» supervivientes de Felton III, mientras allí fuera la avenida se convertía en un pandemónium formidable...

Pero a Flint Felton III ya no le importaba aquello. Se veía delante de la mujer a quien más deseaba, odiaba y temía, sabiéndose en sus manos. Y se derrumbó bajo su mirada orgullosa y cruel, la de Duke Dart, desdeñosa y un tanto indiferente, las de los impasibles guerrilleros...

—Bien, princesa, cumplo mi palabra. Aquí lo tiene.

—Sí... —ella no quitaba ojo a Felton III. Y era la suya una terrible mirada, la de una reina contemplando a un sucio y despreciable traidor—. Se lo agradezco mucho, coronel.

Luego avanzó dos pasos y aún abrumó más a Flint Felton III. Su voz lo azotó, tan clara y vibrante que subía por sobre el brutal ruido del combate en la calle.

—Había pensado darte la muerte por mis propias manos, Felton. También planeé hacer que confesaras todos tus crímenes y canalladas ante periodistas de tu país que te detestan, entregándoles los documentos que los pruebas para que fuesen publicados. Pensé darte mil muertes... y no se me ocurrió el castigo mejor, aunque lo tenía ante los ojos.

Hizo una breve pausa y añadió:

—No ensuciaré mis manos contigo, Felton. Asesinaste a mi padre, enlodaste su reputación, y yo veneraba, amaba, a mi padre hasta un punto que no podrías ni imaginarte. Nosotros somos príncipes, tú solo eres un perro cobarde y ladrón, un asesino... ¡Llévaoelo!

Los cuatro *viets* avanzaron al unísono a aquella imperiosa orden en vietnamés, cogieron a Flint Felton III y, a pesar de su súbita desesperada resistencia entremezclada de maldiciones, sollozos, chillidos..., lo arrastraron hacia un oscuro y estrecho pasadizo. Cuando él se lo puso difícil le atizaron dejándolo inconsciente, dos lo cargaron y se fueron con él.

Quedaron cara a cara Duke Dart y la princesa. Ella estaba pálida, le refulgían los ojos como esmeraldas recién pulidas.

—Tenía usted razón —dijo—. Sólo es una rata, con las ratas estará bien.

—Sí —repuso él, haciendo un leve gesto de cabeza—. Pero nosotros no somos ratas y tampoco nos va ni nos viene en esa zarabanda de ahí fuera. De modo que apresurémonos.

Lo dijo y le tendió la mano. Ella pareció vacilar, luego, respirando fuerte, la tomó. Y se metieron por el mismo lóbrego pasadizo que los *viets* con Flint Felton III.

Cuando Flint Felton III despertó le pareció que era noche cerrada. Luego recordó qué le había sucedido y comenzó a sudar de miedo. Tardó cinco minutos en comprender que estaba dentro de una especie de tumba donde ni podía alzarse ni tenderse, debiendo estar acurrucado y con las rodillas en el mentón. Creyó que lo habían enterrado vivo y se le pusieron los pelos de punta, comenzó a chillar, a pedir auxilio, a sollozar...

Se abrió una puertecilla, apareció una luz, una cara impenetrable de oriental y la punta de una bayoneta, que le pinchó, haciéndole aullar, oyó unas palabras para él ininteligibles y la cara, la luz y la puerta desaparecieron.

Volvió a gritar y volvió a repetirse el resultado. A la de tres, Flint Felton lo entendió y se quedó quieto.

Más tarde le dieron un plato de bazofia repugnante. Pero estaba tan hambriento que comió, y bebió el agua no menos repugnante. Poco después, se abrió de nuevo la puertecilla y le obligaron a salir, a gatas.

Se encontró ante un pequeño grupo de amarillos, para él tan idénticos como hechos a troquel. Les aulló, les suplicó, los maldijo, sollozó, injurió..., hasta convencerse de que todo era inútil. Le dejaron desgañitarse, lo cogieron y a empujones y culatazos le obligaron a caminar. Más tarde a reptar por lo que parecían madrigueras de alimañas, pasando por lugares en su abyecto terror el millonario no acertó a comprender qué eran realmente. Y de pronto se encontró en medio de una gran alcantarilla, adonde lo habían echado de un rudo empujón en la oscuridad. Tragó un agua inmundicia repleta de inmundicias que le revolvió de golpe el estómago, haciéndole vomitar, se incorporó como pudo, dándole violentas arcadas y pudo ver cómo sus verdugos, sonrientes como demonios amarillos, le contemplaban a la luz de un par de linternas recién encendidas. Deslumbrado, no vio más. Luego uno de los amarillos dejó un viejo farol encendido en el reborde de la cloaca y dando media vuelta desaparecieron por el negro túnel que siguieran con él hasta allí.

Flint Felton III pugnó desesperadamente por salir de aquel arroyo apestoso que le llegaba a las rodillas. Tardó en lograrlo algunos minutos, se sentó en el resbaladizo borde y, a la luz débil del viejo farol de aceite, miró a su alrededor.

Entonces vio a las ratas. Grandes, negras, feroces, asquerosas. Las había sentido ya, pero en su ansia ciega por salir de la cloaca no las vio ni comprendió lo que eran. Pero allí estaban, mirándole con sus ojillos salvajes...

Y Flint Felton III abominaba de las ratas, les tenía un pánico cerval. Las raías le crispaban como a las mujeres, más aún, era un miedo patológico el que les tenía desde que siendo muy chico quedó atrapado en un desván y vio a algunas, mucho más pequeñas y apacibles, merodeando junto a él...

Una patrulla mixta, de las varias que llevaban cuarenta y ocho horas metidas en el subsuelo buscándolo, azuzadas por la CIA, lo

encontró en mi rincón de la red. Las ratas le habían mordido cruelmente, pero estaba vivo. Sólo que no iba a servirles de mucho ni a los de la CIA ni a nadie, porque se había vuelto loco de remate. Loco de terror.

* * *

En un lugar en donde no entraban ni los sudvietnamitas ni los norteamericanos, un helicóptero estaba posado en un pequeño claro de la selva, a cosa de veinticinco kilómetros al sudeste de Saigón. Era de noche, casi madrugada. El aparato se encontraba listo para partir hacia determinado punto de la costa donde aguardaba una embarcación indígena que más tarde abordaría a un carguero en ruta hacia el Japón, recién salido del Mekong tras permanecer unos días atracado en los muelles saigoneses descargando sus productos nipones.

Al pie del aparato, a unos cuantos pasos, volvieron a mirarse a los ojos Duke Dart y la princesa Nadja Dolgórova.

—Buena suerte, coronel. Recibirá su dinero cuando llegue al Japón.

—Un momento. Aún no hemos terminado.

Ella se acercó.

—¿Qué quieres decir?

—He subido mi precio. Mucho, de un modo temerario, insolente, pero ya sabe que yo soy así. Lo he subido al máximo posible. Pero no sé si usted, Nadja Dolgórova, se atreverá a discutirlo conmigo.

Hubo un silencio bastante largo. No había luna, sólo nubes bajas y aire muy húmedo, de vez en cuando ramalazos de lluvia. Estaban cara a cara, pero no se las podían ver. Habían llegado hasta allí por inverosímiles caminos, ella iba a marcharse, él seguiría con el Vietkong hasta Camboya y procuraría escabullirse por allí al ancho mundo, aquél había sido el trato. Y ahora se salía con aquello...

La voz de la princesa Dolgórova volvió a sonar. Pausada, clara, pero con una entonación muy distinta a lo en ella usual.

—Usted no nos conoce a los Dolgórova, Duke Dart. Suba al helicóptero y vamos a discutir sus insolentes y temerarias ambiciones.

Entonces Duke Dart, soldado de fortuna, supo que había encontrado la horma de su zapato. Y se sintió muy, pero que muy feliz.

FIN



Cliff Bradley nació en España.

La persona oculta detrás de Cliff Bradley no es otra que Jesús Navarro Carrión-Cervera.

Junto con José Mallorquí, Jesús Navarro Carrión-Cervera ha sido uno de los más activos autores de literatura pulp que trabajaron en el medio cinematográfico.

Según los datos recogidos en la imdb, Navarro participó directamente en el guion de media docena de films, a los que hay que añadir la traslación de al menos dos de sus bolsilibros a la gran pantalla. La popular base de datos le acredita igualmente como autor de diálogos adicionales para la mítica «La noche del terror ciego», primera entrega de la célebre Tetralogía de los Templarios de Amando de Ossorio, aunque yo al menos no he podido verificar esta información. En el aspecto literario, publicaría más de quinientas novelitas entre 1947 y 1985, con sus distintos seudónimos (Cliff Bradley, John Palmer, Jeff Lassiter y Jess McCarr en el western y en el género policiaco y como Jesús Carrión o Jesús Navarro en la novela romántica).

Jeff Lassiter fue el seudónimo que empleaba habitualmente en las colecciones FBI y Agente Federal, ambas de Rollán, mientras que

Cliff Bradley fue el alias empleado en Bruguera en las colecciones servicio secreto y punto rojo.

De terror escribió un buen número de novelas para esa terror (Editorial andina) y Terror Rollán, siempre como Jeff Lassiter. Para Selección Terror de Bruguera no escribió curiosamente ninguna.

Utilizó los

ALIAS:

- Cliff Bradley.
- Jeff Lassiter.
- Jess mcCarr.
- Jesús Carrión.
- Jesús Navarro.
- John Palmer.